



Universidad de Granada
Departamento de Psicología Evolutiva y de la Educación

TESIS DOCTORAL

**DESEMPLEO: ESTUDIO LONGITUDINAL DE SUS EFECTOS
EN EL TRABAJADOR Y LA FAMILIA**

Doctorando:

D. Juan Manuel Núñez Caballero

Directora:

Dra. M. Carmen Pichardo Martínez

Granada, 2015

Editor: Universidad de Granada. Tesis Doctorales

Autor: Juan Manuel Núñez Caballero

ISBN: 978-84-9125-463-8

URI: <http://hdl.handle.net/10481/42156>

El doctorando Juan Manuel Núñez Caballero y la directora de la tesis M. Carmen Pichardo Martínez, profesora Titular de Universidad del Departamento de Psicología Evolutiva y de la Educación, garantizamos, al firmar esta tesis doctoral titulada Desempleo: estudio longitudinal de sus efectos en el trabajador y la familia, que el trabajo ha sido realizado por el doctorando bajo la dirección de los directores de la tesis y hasta donde nuestro conocimiento alcanza, en la realización del trabajo, se han respetado los derechos de otros autores a ser citados, cuando se han utilizado sus resultados o publicaciones.

Granada, 6 de noviembre de 2015

Director/es de la Tesis



Fdo.: M. Carmen Pichardo Martínez

Doctorando



Fdo.: Juan Manuel Núñez Caballero

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar quiero expresar mi agradecimiento a la directora de mi tesis, la doctora M. Carmen Pichardo Martínez, por su dedicación, por aguantarme, por su guía y orientación y, sobre todo, por animarme a terminarla cuando más desanimado estaba.

A todo el personal de las oficinas del Inem-Sae por su colaboración en la toma de datos, permitiéndome pasar tiempo entrevistando a los desempleados.

A todas las personas, empleadas y desempleadas, que se mostraron dispuestas, en todo momento, a contestar a los cuestionarios, tanto personalmente, como por internet o por teléfono.

A las empresas que me permitieron recoger información entre su personal.

A Otto, un antiguo amigo, que me ayudo con la tediosa tarea de rellenar la base de datos.

A Miriam, por su ayuda en los últimos retoques de este trabajo posibilitando que su presentación mejore sensiblemente.

A los todos los amigos como Eduardo, Santi, y muchos otros, que hicieron circular el enlace del cuestionario entre sus contactos, lo que me permitió tener una muestra más amplia y variada.

ÍNDICE

I. INTRODUCCIÓN	9
II. MARCO TEÓRICO	11
El trabajo	14
Recorrido histórico de los conceptos de “trabajo y trabajadores”	14
El desempleo	21
Desempleo en España	22
Términos asociados al desempleo, la pobreza y la exclusión social	23
Referencias	27
II. ESTUDIOS EMPÍRICOS	29
Estudio 1. Características personales, económicas y familiares en función de la situación laboral	31
Resumen	33
Introducción	35
Método	39
Resultados	43
Discusión	48
Referencias	52
Estudio 2. Influencia de la economía doméstica y el desempleo en los problemas familiares	53
Resumen	55
Introducción	57
Método	64
Resultados	67
Discusión	74
Referencias	79
Estudio 3. Efectos del desempleo sobre la salud percibida	85
Resumen	87
Introducción	89
Método	93
Resultados	97
Discusión	102
Referencias	105
Estudio 4. Estudio longitudinal de las familias afectadas por el desempleo: relaciones familiares, economía y salud	113
Resumen	115
Introducción	117
Método	122
Resultados	126
Discusión	133
Referencias	139
III. CONCLUSIONES GENERALES, LIMITACIONES Y PROSPECTIVA ..	145
Anexos	153

INTRODUCCIÓN

La presente tesis doctoral se centra en el estudio del desempleo, estableciendo como objetivo el estudio de las consecuencias del desempleo de larga duración en el trabajador y en la familia. Se pretende estudiar el desempleo, los problemas económicos asociados, los conflictos familiares, y la salud percibida por parte de la persona desempleada.

Se presenta un primer bloque en el que se incluye una breve fundamentación teórica a través de un repaso histórico, para centrar el concepto de desempleo y la procedencia del mismo. En este ámbito, se tratarán conceptos como trabajo, esclavitud, las crisis económicas, la pobreza y la exclusión social.

Un segundo bloque, dedicado a los estudios empíricos, lo constituyen un conjunto de cuatro estudios interrelacionados. En el primer estudio se analizan las características de la población desempleada participante. En el segundo estudio se establece una comparación entre empleados y desempleados en el nivel de conflicto familiar, teniendo en consideración otras variables económicas o personales. El tercer estudio se centra en el análisis de la salud percibida de los desempleados, tanto de forma directa como indirecta, considerando variables económicas. El cuarto estudio pretende analizar la evolución de un grupo de desempleados, después de 36 meses sin encontrar un empleo estable, tratando diferentes variables como nivel de conflicto familiar, la salud percibida o la economía familiar.

Un tercer bloque lo forman las conclusiones generales, la perspectiva futura de investigación, y las limitaciones del estudio.



Marco teórico

Existen muchos aspectos asociados al desempleo y a la reducción de recursos económicos, que pueden afectar de forma directa o indirecta no solo a la persona que se encuentra en situación de desempleo, sino también a las personas que le rodean, como son los miembros de la unidad familiar.

Por otra parte, antes de entrar a analizar la influencia del desempleo y la reducción de recursos económicos en algunas variables personales y sociales, como puede ser la salud percibida y el nivel de conflicto familiar, parece importante conceptualizar lo que significa estar desempleado y cómo se ha llegado a ese término.

El tema principal de este trabajo es el desempleo. No obstante, lo primero que se debe hacer es definir el término. Por desempleo se entiende aquella condición que alcanza una persona que previamente estaba trabajando y pierde su puesto de trabajo.

Un desempleado es la persona que ha perdido su puesto de trabajo, es decir, ya no es un trabajador. Una definición más técnica de desempleado, es la recomendada por la Organización Internacional del Trabajo (OIT) y seguida por el Instituto Nacional de Estadística (INE) en España. Para este organismo, “los desempleados son personas que no trabajaron durante la semana de referencia, buscaron activamente un empleo, es decir, realizaron acciones concretas para obtener un empleo, y estaban disponibles para trabajar de inmediato” (Conferencia Internacional de Estadísticos del Trabajo, CIET, 1982, pp.7).

Por otra parte, parado es un término más amplio ya que incluye a los desempleados, que perdieron su puesto de trabajo, y a aquellas personas que nunca han trabajado pero que quieren trabajar (es el caso de los jóvenes que están buscando su primer empleo, etc.). No obstante, resulta habitual escuchar “estoy parado” haciendo referencia a una persona que ha perdido su puesto de trabajo. El término se puede considerar incorrecto ya que sería más apropiado considerarse desempleado.

El Trabajo

El trabajo es toda actividad humana que supone un esfuerzo físico y/o mental y por la cual recibe una compensación económica o de otro tipo, permitiendo a una persona obtener los medios necesarios de subsistencia. (Organización Internacional del Trabajo, 1982).

Durante la mayor parte de la historia el trabajo fue considerado como un castigo, un mal. De hecho, en la Biblia, Génesis 3, 17 y 19 se indica lo siguiente: “con fatiga sacarás del suelo el alimento todos los días de tu vida”; “Con el sudor de tu rostro comerás el pan”. Por su parte, en la Grecia Clásica se consideraba que el hombre libre solo se dedicaba al ocio. A mediados del siglo XIX, con la revolución industrial, surge un nuevo concepto de trabajo, comienza a ser visto como socialmente positivo. En esta línea, la Declaración Universal de los Derechos Humanos, en su artículo 23.1. indica que “Toda persona tiene derecho al trabajo, a la libre elección de su trabajo, a condiciones equitativas y satisfactorias de trabajo...” (ONU, 1948).

La Constitución Española en el artículo 35.1 establece que “Todos los españoles tienen el deber de trabajar y el derecho al trabajo, a la libre elección de profesión u oficio, a la promoción a través del trabajo y a una remuneración suficiente para satisfacer sus necesidades y las de su familia...” (Constitución Española, 1978).

El trabajo es fundamental para el hombre. Por medio de él desarrolla su personalidad, obtiene los medios necesarios para sacar adelante a su familia, presta un servicio a las demás personas y le sirve como vínculo de unión con ellas, contribuyendo a la riqueza y al bienestar de la sociedad, y al progreso de toda la Humanidad.

Recorrido histórico de los conceptos “trabajo” y “trabajadores”:

Hablar de trabajo y trabajadores en la antigüedad nos lleva a hablar de la esclavitud y de los esclavos, como mano de obra y como una forma de relación laboral. La esclavitud

como concepto implica una situación en la que una persona es propiedad de otra. Pero también se puede ver como una forma determinada de relación de producción (laboral).

La esclavitud

Su origen se remonta a la edad antigua y parece que proviene de aprovechar como mano de obra a los cautivos en las guerras. En Mesopotamia aparece citado en el código de Hammurabi, como una institución arraigada. En Egipto es citado ampliamente en los pasajes bíblicos, en el Génesis se cita a José, hijo de Jacob, que es vendido en Egipto como esclavo, llegando a ser el “ministro de economía y hacienda” del faraón. Por su parte, en el libro del Éxodo se cita a los hebreos egipcios como esclavos. Igualmente, en Grecia, Roma, Persia, hay referencias a la esclavitud.

La esclavitud en la antigüedad (Grecia y Roma) fue algo usual, las podemos considerar como las primeras sociedades esclavistas, al ser la esclavitud la base de su sistema económico. El apogeo cultural de Atenas en la Grecia Clásica o el desarrollo de la República y el Imperio Romano se basaba en una economía sostenida por el “esclavo”. En la Grecia Clásica la esclavitud estaba justificada, Aristóteles consideraba la esclavitud como algo indispensable y necesario para que los “hombres libres” pudieran dedicarse a la política, sostenía que la esclavitud era un fenómeno natural. En la época clásica tres cuartas partes de la población ateniense eran esclavos (Brüle y Oulhen, 1997; Lozano, 1999).

En la Antigua Roma la esclavitud estaba regulada hasta el más mínimo detalle. Las guerras y las conquistas de la República y el Imperio romano significaron la adquisición de numerosos esclavos. El concepto de esclavo era muy amplio, un esclavo podía ser, tanto un criado, como el consejero del emperador, un profesor de griego o un gladiador. En el periodo del Imperio Romano se calcula que, aproximadamente, un 20% de la población eran esclavos (Veyne, 1987; Westermann, 1955).

Con la transición al feudalismo (tras la caída de Roma en el 476), a partir del siglo V, la esclavitud va siendo sustituida progresivamente por la servidumbre. Los siervos, a diferencia de los esclavos, eran libres, o más bien semi-libres, y gozaban de una serie de derechos, aunque tenían un compromiso de trabajo a la tierra que les unía al señor feudal.

La servidumbre constituye la forma de contrato típica del feudalismo, mediante la cual una persona “el siervo”, generalmente un campesino, está al servicio y depende de otra “el señor feudal” que suele tener la condición de noble. Durante la Edad Media un siervo se podía considerar una persona con unas condiciones muy cercanas a la esclavitud, aunque no podía ser vendido por separado de la tierra que trabajaba. Por otra parte, gozaba de la condición jurídica de hombre libre (Freedman y Monique, 2009; García de Valdeavellano, 2000; Guy, 1977).

La edad moderna (S. XV – primera mitad del XVIII).

Esta etapa se suele establecer a partir de la caída de Constantinopla en 1453. Prácticamente, al mismo tiempo, se produce por una parte el descubrimiento y la conquista de América y, por otro lado, la transición a una economía más burguesa y urbana. Comienza la época del capitalismo y del comercio internacional, coincidente con las monarquías absolutas, con la invención de la imprenta y el desarrollo del Humanismo y *El Renacimiento*.

Con el descubrimiento y la conquista de América, se desarrollaron diferentes planes de expansión que exigían mano de obra barata. Inicialmente, se esclavizó a los pueblos indígenas americanos, posteriormente, se fueron incorporando personas esclavizadas procedentes de África. Hacia el siglo XVII aumentó considerablemente el número de esclavos ya que se consideraban imprescindibles como mano de obra en las explotaciones agrícolas de gran extensión en América del Norte, América del Sur y el Caribe (Gallego, 2005; Kolchin, 2003).

La edad contemporánea: (s. XVIII – s. XXI).

La revolución Francesa y La revolución industrial.

Constituye el periodo histórico comprendido entre la segunda mitad del siglo XVIII y principios del siglo XX. La revolución francesa, entendida como un conflicto social y político, basada en los principios de la razón, la igualdad, la libertad y la fraternidad, propios de la Ilustración, supuso la ruptura con el antiguo régimen, el absolutismo, la nobleza y el clero. La Asamblea Constituyente, suprimió las servidumbres personales (abolición del feudalismo), instaurando la igualdad ante los impuestos, ante las penas y en el acceso a cargos públicos (Soboul, 1994).

La Revolución Industrial, marca un punto de inflexión en la historia, suponiendo un cambio en todos los aspectos de la vida cotidiana. La riqueza y la renta per cápita se multiplicó, en gran medida, a comienzos del siglo XIX. Comienza un proceso de transición que terminaría con siglos de una mano de obra basada en el trabajo manual y el uso de animales, pasando a ser sustituidos por la fabricación industrial, y el auge del transporte de mercancías y pasajeros. Durante esta época, se produce un éxodo masivo del campo a la ciudad, disminuyendo considerablemente la ocupación en labores agrícolas. Aparecen las grandes empresas, surgiendo la producción en serie, dando lugar a nuevos grupos o clases sociales, entre los que se encuentran los trabajadores industriales, los campesinos y los burgueses. Por otra parte, comienzan a surgir la lucha de clases, el marxismo, el movimiento obrero, etc. Es durante este periodo cuando se puede decir que surge el Trabajador, tal y como se entiende hoy en día, “alquilando” su tiempo de trabajo a las empresas a cambio de un salario (Hunson, 1992; Weber, 1905).

El Siglo XX

La Gran Depresión , el crack del 29.

La Gran Depresión, también conocida como el crack del veintinueve, fue una crisis financiera y económica mundial que comenzó en 1929 y se extendió hasta finales de la década de los años treinta. Después de la I Guerra Mundial, EEUU experimenta un gran desarrollo económico, lo que trajo consigo un aumento de la producción y una demanda de sus productos, dando lugar a una burbuja especulativa en la bolsa, con un aumento de las cotizaciones, financiada por el crédito fácil. El 29 de octubre de 1929 se desató el pánico, produciéndose una brutal caída de la bolsa, lo que desencadenó la quiebra de varios bancos, paralizando el mercado y produciéndose una depresión económica de efectos devastadores, que se extendió por todo el mundo. El desempleo en los Estados Unidos alcanzó al 25% de la población, y en algunos países alcanzó el 33%. Tanto la industria y como la construcción se paralizó en muchos países. La agricultura también sufrió la caída de los precios de las cosechas, afectando igualmente a las zonas rurales. Dada la importancia de Estados Unidos en la economía mundial, se puede considerar que exportó su crisis, ya que el impacto de ésta sobre el resto de los países fue enorme (Charles, 1985; Galbarth, 1975; Sennholz, 1969).

Otras crisis en el siglo XX:

Una primera crisis fue la generada por la denominada “crisis del petróleo” que comienza el 16 de octubre del año 1973, desencadenada por la decisión de la Organización de Países Árabes Exportadores de Petróleo de no exportar más petróleo a los países que habían apoyado a Israel durante la guerra del Yom Kippur. Entre los países castigados se encontraban Estados Unidos y sus aliados de Europa Occidental. La escasez de petróleo y el brutal aumento del precio de los combustibles, generó una gran inflación, reduciendo la

actividad económica, generando altos índices de desempleo y una dura recesión que duró hasta finales de los años 70 (Eckstein, 1979).

Otra crisis fue la que se produce entre el año 1989 y 1991, durante el colapso de la URSS, dando lugar a la aparición de nuevos países independientes con una economía capitalista. La disolución de la Unión Soviética y la consecuente ruptura de lazos económicos tuvieron como consecuencia una severa crisis económica, y una caída trágica de los niveles de vida, tanto en las ex repúblicas soviéticas como en todo el Bloque del Este (Kuhnert, 1991; Marvin, 1999; Vadery, 1991).

El siglo XXI

El CRACK de 2008

En el año 2008 tiene lugar una crisis financiera en EEUU que se contagia rápidamente al resto de países del mundo, producto de la globalización. En este sentido, se analizarán algunas instituciones y personajes que, con sus políticas, han dado lugar a muchas de las consecuencias de la actual situación económica.

Entre las instituciones que se pueden considerar más determinantes se puede señalar a *Lehman Brothers*, el cuarto banco de inversión de EEUU que se declaró en quiebra el 15 de septiembre de 2008. El origen de sus problemas eran las hipotecas *subprime* concedidas a clientes con poca solvencia. El Gobierno de EEUU no acudió en auxilio de la entidad.

Por otra parte, se puede mencionar a *American International Group* (AIG), la tercera mayor aseguradora del mundo que llegó a rozar la insolvencia. El Gobierno de EEUU intervino, a través de la Reserva Federal, concediendo a AIG un crédito de 85.000 millones de dólares.

Igualmente, *Fannie Mae* y *Freddie Mac*, las dos mayores entidades hipotecarias de EEUU, tuvieron que ser nacionalizadas para evitar el desastre. El Estado asumió el control a través de la Agencia Federal Financiera de Casas, inyectando 100.000 millones de dólares en

cada una. *Fannie Mae* se fundó en los años 30 como consecuencia de la crisis mundial de 1929. Como los bancos concedían los créditos con reticencias, el Gobierno de F.D. Roosevelt creó la Asociación Nacional Federal de Hipotecas que concedió, con menos recelos, préstamos hipotecarios a millones de personas.

Entre los personajes destacados podemos encontrar los siguientes:

Alan Greenspan, presidente de la Reserva Federal (1987-2006), se puede considerar uno de los culpables de la crisis. Como presidente de la Reserva Federal, organismo que funciona como banco central de EEUU, marcó la política financiera del país, apostando por una política monetaria expansiva, que ha sido considerada responsable de la actual crisis.

Ben Bernanke, sucesor de Alan Greenspan (2006-2014), al frente de la Reserva Federal, ha coordinado las inyecciones de liquidez por medio de préstamos a las entidades financieras y la bajada de los tipos de interés afianzando la economía.

Como consecuencia, la Unión Europea entra en recesión, los países del Sur de Europa, los PIGS (Portugal, Irlanda, Grecia y España) están en quiebra, extendiéndose el temor a una ruptura del euro y a su posible desaparición.

Mario Draghi, presidente del Banco Central Europeo (BCE) desde 2011, interviene en una conferencia de prensa en julio de 2012, y con una simple insinuación indicando que actuaría para garantizar el futuro de la moneda única, su frase fue: “El BCE hará todo lo necesario para sostener el euro. Y, créanme, será suficiente”. De esta forma, se alivió la tormenta financiera en la Unión Europea.

La crisis en España

La crisis española se desata al coincidir la crisis financiera internacional con el desplome de la construcción, que constituía el motor de la economía, desde hacía más de una década (la burbuja inmobiliaria).

La especulación inmobiliaria en España se tradujo en que los ciudadanos pensaban que los pisos nunca bajarían de precio. Así, comprar era más rentable que alquilar, considerando la compra de vivienda como una inversión. España se convirtió en el año 2001 en el primer país europeo en viviendas en propiedad. La crisis inmobiliaria coincidió con la crisis hipotecaria estadounidense, cuyo negocio del ladrillo ha sido similar, hasta cierto punto, al español y el británico. España, como el resto del mundo, tiene dificultades para conseguir liquidez, lo que se traduce en menos préstamos a empresas y hogares. Esto ha provocado el hundimiento del consumo lo que supone, a su vez, el desplome del crecimiento de la economía española y, con ello, la pérdida de miles de empresas y puestos de trabajo.

El desempleo

Se comienza a hablar de desempleo a finales del siglo XIX, pero supone un gran problema, y se comienzan a tomar medidas a partir de la crisis del 29. El gobierno de los EEUU aprobó una serie de leyes para reformar la economía, apareciendo los primeros programas de lucha contra el desempleo. Entre los programas que se desarrollan se encuentran los siguientes: programa de ayudas económicas para los desempleados; programa para luchar contra el desempleo de los jóvenes; programa para el desarrollo de grandes obras públicas (Salsman, 2005).

Tipos de Desempleo

Existen diversas clasificaciones de desempleo, Lawrence (1990) establece la siguiente tipología:

a) Desempleo Estructural: entendido como el desajuste entre la oferta y la demanda de mano de obra. Al existir cierto desajuste entre las características del trabajo (oferta) y las capacidades de los trabajadores (demanda) hace difícil que los trabajadores puedan encontrar un puesto de trabajo adecuado. Esta clase de desempleo es el más nocivo. En este sentido,

Sicilia y Domenech (2014), indican que según los datos del informe realizado por el BBVA, en 2015, la tasa de paro estructural en España alcanzará el 17-18%, representando prácticamente 3,5 millones de personas.

b) Desempleo Cíclico: se ocasiona por razones de ciclos económicos (crisis económicas). Esto supone que los trabajadores pierdan su puesto de trabajo, dando lugar a graves situaciones personales y sociales. En algunos casos, lleva aparejado un aumento de revueltas sociales.

c) Desempleo Rotacional: se refiere a los trabajadores que cambian de empleo con el objetivo de mejorar sus condiciones económicas y/o laborales. Su desempleo es temporal y no representa un problema económico.

d) Desempleo Estacional: Es aquel que surge en función de las estaciones del año, debido a la oferta o demanda de trabajo que se produce en función de la estación. En España el mejor ejemplo es el turismo, especialmente durante la época estival, y todo el mercado laboral del sector servicios que arrastra. Igualmente sucede en el caso de la agricultura, con las estaciones de recogida de la fresa, la aceituna, etc.

e) Desempleo de larga duración: Se considera desempleado de larga duración aquel que está en esta situación durante 12 meses consecutivos. El Estado interviene en estos casos a través de diferentes programas.

Desempleo en España

La Encuesta de Población Activa (EPA) es una investigación llevada a cabo por el Instituto Nacional de Estadística (INE), trimestralmente, para obtener los datos del mercado de trabajo. De dicho estudio se obtiene el número de personas activas, ocupadas y desempleadas, deduciéndose la tasa de paro que hay en España.

Se entiende que una persona está activa si está en edad de trabajar (de 16 a 65/67 años) y está trabajando o disponible para de hacerlo. Una persona ocupada es aquella que ha trabajado durante la semana anterior a la entrevista, como mínimo una hora y ha recibido un salario por ello. Se incluyen dentro de los ocupados los que están de baja por enfermedad, de vacaciones, etc. Por su parte, los parados son aquellos que están sin trabajo, están disponibles para trabajar y además buscan trabajo de forma activa. Por último, las personas inactivas, son todas las que no están incluidas en ninguna de las categorías anteriores.

La tasa de paro es un porcentaje que expresa la proporción de parados que hay respecto al total de activos:

$$\text{Tasa de desempleo} = \text{Total de Parados España} / \text{Total de Activos España} * 100$$

Sin embargo, a lo largo de la actual crisis económica (recesión), este indicador ha recibido numerosas críticas, modificándose en distintas ocasiones, buscando formas alternativas, más amplias o menos excluyentes. En este sentido, la tasa de paro excluye a los desanimados (personas que no buscan empleo de forma activa), los subempleos, etc.

En EEUU, la *Bureau of Labor Statistics*, ofrece distintos indicadores del paro, en los que van añadiendo los desanimados, los que están en un Expediente de Regulación de Empleo (ERE), los que no han trabajado, ni buscan empleo, pero están disponibles y, finalmente, los subempleados.

Términos asociados al desempleo: la pobreza, la exclusión social

La pobreza

La pobreza es una situación que surge como resultado de la falta de los recursos necesarios para satisfacer las necesidades básicas humanas, que ocasiona un deterioro del nivel y de la calidad de vida de las personas (la vivienda, la alimentación, la educación,

la asistencia sanitaria, etc.).

En el enfoque más moderno de pobreza el énfasis no está puesto, en no disponer de ingresos o bienes suficientes, sino en la imposibilidad de alcanzar un mínimo desarrollo personal. Este concepto de pobreza ha sido instrumentalizado por las Naciones Unidas estableciendo una serie de criterios de satisfacción de necesidades básicas, y a partir de ello, han elaborado un Índice de Pobreza Humana (IPH) que toma en consideración factores como una vida corta, falta de educación básica o falta de acceso a los recursos públicos y privados.

La exclusión social

Los orígenes del concepto exclusión social lo encontramos en Francia, en 1974, René Lenoir, Secretario de Estado para la Acción Social de Francia, publica una lista de personas “socialmente desadaptadas”, que darían lugar a la categoría de los excluidos, estaría integrada por alcohólicos, delincuentes, drogadictos, inválidos, discapacitados mentales, minorías étnicas mal integradas, etc.

En España, la Ley 43/2006 de 29 de diciembre, para la mejora del crecimiento y del empleo, establece que la situación de exclusión social se acreditará por la pertenencia a alguno de los colectivos relacionados a continuación:

- a) Perceptores de rentas mínimas de inserción, o cualquier otra prestación de igual o similar naturaleza, según la denominación adoptada en cada Comunidad Autónoma.
- b) Personas que no puedan acceder a las prestaciones a las que se hace referencia en el párrafo anterior, por alguna de las siguientes causas: falta del periodo exigido de residencia o empadronamiento; haber agotado el periodo máximo de percepción legalmente establecido; jóvenes mayores de dieciocho años y menores de treinta, procedentes de instituciones de protección de menores.

- c) Personas con problemas de drogadicción o alcoholismo que se encuentren en procesos de rehabilitación o reinserción social.
- d) Internos de centros penitenciarios cuya situación penitenciaria les permita acceder a un empleo, así como liberados condicionales y ex reclusos.
- e) Menores internos incluidos en el ámbito de aplicación de la Ley Orgánica 5/2002, de 12 de enero, reguladora de la responsabilidad penal de los menores, cuya situación les permita acceder a un empleo, así como los que se encuentran en situación de libertad vigilada y los ex internos.

Por otra parte, hay que tener en cuenta el indicador AROPE (*At Risk Of Poverty and/or Exclusion*) de riesgo de pobreza y/ o exclusión social, publicado en la encuesta de calidad de vida (INE, 2015). Esto es, un indicador de riesgo de pobreza o exclusión social que combina tres conceptos: el riesgo de pobreza, la carencia material y la baja intensidad en el empleo. Este indicador define la población en riesgo de pobreza o exclusión social como aquella que está al menos en alguna de estas tres situaciones:

- En riesgo de pobreza (ingresos por unidad de consumo por debajo del 60% de la mediana). Se construye con los ingresos del año anterior.
- En carencia material severa (con carencia en al menos cuatro conceptos de una lista de nueve). Los nueve conceptos considerados son:
 - No puede permitirse ir de vacaciones al menos una semana al año.
 - No puede permitirse una comida de carne, pollo o pescado, al menos cada dos días.
 - No puede permitirse mantener la vivienda con una temperatura adecuada.
 - No tiene capacidad para afrontar gastos imprevistos (de 650 euros).

- Ha tenido retrasos en el pago de gastos relacionados con la vivienda principal (hipoteca o alquiler, recibos de gas, comunidad...) o en compras a plazos en los últimos 12 meses.
 - No puede permitirse disponer de un automóvil.
 - No puede permitirse disponer de teléfono.
 - No puede permitirse disponer de un televisor.
 - No puede permitirse disponer de una lavadora.
- En hogares sin empleo o con baja intensidad en el empleo. Hogares en los que sus miembros en edad de trabajar lo hicieron menos del 20% del total de su potencial de trabajo, durante el año de referencia de los ingresos, es decir, el año anterior a la entrevista.

En la Encuesta de Calidad de Vida (INE, 2015), el indicador agregado AROPE de riesgo de pobreza o exclusión social se situó en el 29,2% de la población residente en España, frente al 27,3% registrado el año anterior. Por grupo de edad, se debe destacar la disminución continuada de este indicador entre los mayores de 65 años (de 10 puntos entre 2010 y 2014) gracias al mantenimiento de las pensiones.

Referencias

- Brûlé, P. y Oulhen, J. (1997). *Esclavage, guerre, économie en Grèce ancienne. Hommages à Yvon Garlan*. Rennes Cedex: Presses universitaires de Rennes.
- Comisión de Comunidades Europeas (2003). *Informe conjunto sobre la inclusión social*. Bruselas: Comisión Europea.
- Constitución Española. (BOE núm. 311, 29 de diciembre de 1978).
- ONU (1948). *Declaración Universal de los Derechos Humanos* (Diario de Naciones Unidas de 10 de diciembre de 1948).
- Eurostat (2010). *Combating poverty and social exclusion: A statistical portrait of the European Union 2010*. Bruselas: Comisión Europea.
- Fourquin, G. (1977). *Señorío y feudalismo en la edad media*. Madrid: EDAF.
- Freedman, P y Bourin, M. (2009). *Forms of Servitude in Northern and Central Europe. Decline, Resistance and Expansion*. Turnhout: Brepols.
- Galbrarh J. (2007). *El crack del 29*. Barcelona: Ariel.
- Gallego, J. A. (2005). *La esclavitud en la América española*. Madrid: Encuentro.
- García de Valdeavellano, L. (2000). *El feudalismo hispánico y otros estudios de historia medieval*. Barcelona: Crítica.
- Harris, M. (1999): *Theories of Culture in Postmodern Times*. California: AltaMira Press
- Hudson, P. (1992). *The Industrial Revolution*. New York: Routledge, Chapman and Hall.
- INE (2015) *Indicador AROPE de Riesgo de pobreza y/o exclusión social*. Encuesta de Condiciones de Vida 2014 publicada el 26 de mayo de 2015.
- Kindleberger, C. P. (1985). *Historia económica mundial del siglo XX, La crisis económica 1929-1939*. Barcelona: Crítica.
- Kolchin, P. (2003). *American Slavery 1619-1877*. Nueva York: Farrar, Straus and Giroux.

- Kuhnert, C. (1991). More Power for the Soviets: Perestroika and Energy. *Soviet Studies*, 43 (3), 491–506.
- Lozano, A. (1999), La esclavitud sagrada minorasiática: elementos griegos y orientales. *Gerión*, 1, 1-17.
- OIT (1982). Informe sobre la XIII Conferencia Internacional sobre Estadísticos del Trabajo IET sobre Población Económicamente Activa. Ginebra, octubre de 1982.
- Rojas Mullor, M. (2010). *Pobreza y exclusión social*. Madrid: Observatorio para la Inmigración y la Cooperación al Desarrollo de la Universidad Rey Juan Carlos.
- Salsman, R. M. (2005) The Cause and Consequences of the Great Depression. *The Intellectual Activist*, 6, 16-24.
- Sennholz, H. F. (1969). *The Great Depression*. New York: The Freeman.
- Sicilia , J. y Domenech, R. (2014). *Situación en España*. Madrid: BBVA Research.
- Soboul, A. (1994). *Compendio de la historia de la Revolución Francesa*. Madrid: Tecnos.
- Summer, L. H. (1990). *Understanding Unemployment*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Vedery, K. (1991). Theorizing socialism: A prologue to the Transition. *American Ethnologist*, 18 (3), 419-439.
- Veyne, P. (1987). *Los esclavos*. Madrid: Taurus.
- Weber, M. (1905). *La ética protestante y el espíritu del Capitalismo*. Madrid: Istmo, SA.
- Westermann, W. L. (1955). *The slave systems of Greek and Roman Antiquity*. Philadelphia, US: The American Philosophical Society.



Estudios empíricos

ESTUDIO 1

**Características personales, económicas y familiares en función
de su situación laboral**

Resumen

En la presente investigación se analizan las características sociodemográficas generales de la población desempleada en España, durante los años críticos de la actual crisis, a través del estudio de los datos generales que presenta el Instituto Nacional de Estadística sobre población activa. Estos datos se comparan con los analizados en el estudio, mediante un análisis descriptivo de las características sociodemográficas de la población que participó en la investigación. La muestra procedía de distintas oficinas del INEM-SAE de Granada capital, de algunas empresas y mediante un cuestionario enviado por internet a través de la plataforma *Limesurvey*. Se contó con una muestra inicial de 596 sujetos (344 mujeres y 221 hombres) de edades comprendidas entre los 16 y 65 años. Del total de los participantes, 165 sujetos estaban trabajando y 431 sujetos en situación de desempleo. Los resultados señalan que, tanto de trabajadores como de desempleados, son en su mayoría universitarios, y especialmente las mujeres, existiendo una correlación positiva entre el sexo y el nivel de estudios. Respecto a los ingresos, los datos indican que la mayoría de los participantes tienen o han tenido ingresos menores de 1.000 euros mensuales. Respecto al nivel de ahorros, tanto en trabajadores como en desempleados se sitúa, en su mayoría, por debajo de los 3.000 euros. En lo que se refiere al nivel de deudas, es ligeramente superior en las personas desempleadas (43.6%) frente a los que trabajan (36.6%). En cuanto a las características familiares, en los desempleados es más frecuente vivir en pareja y con hijos, y en el caso de las personas que estaban trabajando era más frecuente vivir con los padres.

Palabras clave: desempleados, ahorros, nivel educativo, deudas.

Introducción

Las características sociodemográficas generales (INE, 2015b) de la población española en situación de desempleo se pueden ver en la tabla 1.1.

Al agrupar el número total de desempleados y la tasa de paro, entendida como el número total de desempleados dividido por el número total de activos (parados, ocupados e inactivos), en función del sexo, se observa que la tasa de mujeres desempleadas es superior a la tasa de hombres desempleados, tanto durante 2013 como durante el año 2014.

Tabla 1.1

Tasas de desempleados distribuidas por sexo durante los años 2013 y 2014 (Fuente. INE)

Sexo	2013		2014	
	Nº total	Tasa	Nº total	Tasa
Hombres	3.205.600	25.60	2.916.500	23.60
Mujeres	2.845.500	26.67	2.693.900	25.43
TOTAL	6.051.100	26.09	5.610.400	24.44

La evolución de la tasa de paro en España (sujetos mayores de 16 años), desde 2009 hasta 2013, por grupos de edad (tabla 1.2) refleja que el grupo de edad en el que existe un mayor número de desempleados es el compuesto por sujetos de entre 16 y 24 años. Por el contrario, la franja de edad con menor nivel de desempleo es la de 55 años o más. Esta tendencia es similar en hombres y en mujeres. Igualmente, independientemente del grupo de edad, la tasa de desempleo tiene una tendencia creciente desde 2009 hasta 2013.

Tabla 1.2

Evolución de la tasa de paro en España distribuida por sexo y edad (Fuente. INE)

Sexo	2009	2010	2011	2012	2013
Hombres	17.6	19.6	21.0	24.6	25.6
De 16 a 24	39.1	43.1	48.2	54.1	56.2
De 25 a 54	15.4	17.4	18.7	22.22	23.2
De 55 más	10.9	13.8	14.7	17.3	19.6
Mujeres	18.1	20.2	21.8	25.0	26.7
De 16 a 24	36.1	39.6	44.0	51.4	54.6
De 25 a 54	16.1	18.3	19.7	22.8	24.4
De 55 más	12.6	13.1	14.0	17.1	19.1

Al centrarse en la tasa de paro, distribuida por grupos de edad (figura 1.1) durante 2013, los sujetos de 55 años o más presentan los niveles más bajos, siendo el grupo de jóvenes (16 a 24 años) los que presentan niveles más altos.

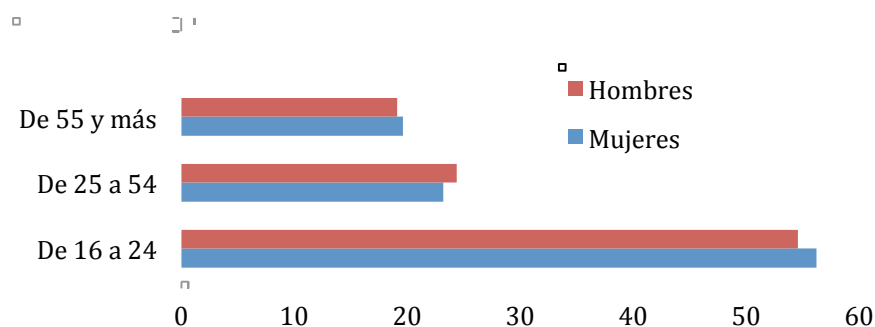


Figura 1.1. Tasa de paro, según grupos de edad, en 2013.

Respecto a las características de la población en situación de desempleo, durante el año 2013, en función de su nivel educativo, se presentan distribuidos en la tabla 1.3 y figura 1.2, en la que se indica el porcentaje de población en desempleo entre los 16 y 74 años. Se incluye información de la tasa de paro según niveles de educación de acuerdo a la Clasificación Internacional Normalizada de la Educación, distribuidos en: Nivel (0-2) que incluye preescolar, primaria y primera etapa de secundaria; Nivel (3-4) que incluye segunda etapa de secundaria y postsecundaria no superior; y Nivel (5-6) en el que se enmarca el primer y segundo ciclo de educación superior.

Tabla 1.3

Porcentaje de desempleados en función del nivel educativo y el sexo (Fuente. INE)

	Nivel 0-2	Nivel 3-4	Nivel 5-6
Hombres	34.5	24.3	14.3
Mujeres	36.4	27.6	17.6

En el año 2013 en España el porcentaje más alto de hombres y mujeres desempleados en relación a la población (de 16 a 74 años) corresponde al nivel educativo (0-2), es decir, a

preescolar, primaria y secundaria primera etapa, con un 36.4% de mujeres y un 34.5% de hombres.

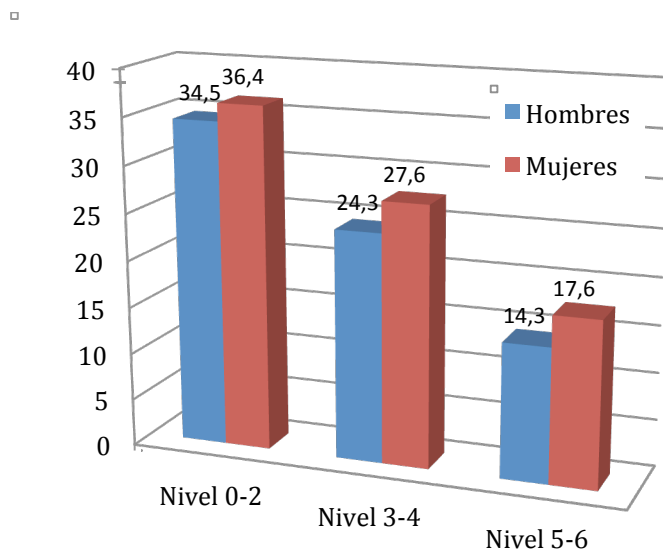


Figura 1.2. Porcentaje de desempleados en función del nivel educativo y el sexo.

En el nivel educativo (3-4) que corresponde a segunda etapa de secundaria y postsecundaria no superior, los valores son de un 27.6% en las mujeres y un 24.3% en los hombres. Los valores más bajos de las tasas de paro, tanto en hombres como en mujeres, corresponden al nivel (5-6) de primer y segundo ciclo de educación superior, con un 17.6% de mujeres y un 14.3% de hombres.

Comparando estos datos con el resto de países de la Unión Europea, se observa que en los niveles más bajos de estudios, los comprendidos entre los niveles 0 y 2, tanto en hombres como en mujeres, España ostenta el primer lugar en porcentaje de desempleados. En el nivel 3-4 ocupamos el segundo lugar por detrás de Grecia, igualmente, en el nivel 5-6 ocupamos el segundo lugar detrás de Grecia (INE, 2015b).

Si se realiza una comparación entre la situación de desempleo en España con el resto de países de la Unión Europea (28 países), cruzado los datos con el sexo y con el nivel de estudios (INE, 2015b), se puede observar que en todos los niveles educativos, tanto en

hombres como en mujeres, las personas jóvenes, entre 16 años y 24 años el desempleo alcanza a prácticamente la mitad de la población. También es de destacar que conforme aumenta el nivel académico descende el nivel de desempleo (tabla 1.4).

Tabla 1.4

Porcentaje de desempleo en España y resto de países de la UE, distribuidos por sexo y nivel educativo (Fuente. INE)

	Nivel 0-2				Nivel 3-4				Nivel 5-6			
	16-24	25- 49	50- 59	60- 64	16-24	25- 49	50- 59	60- 64	16-24	25- 49	50- 59	60- 64
Hombre España	61.4	33.9	28.8	22.3	51.0	23.2	16.2	20.2	46.0	14.2	10.4	9.6
Hombres UE	30.9	19.8	15.2	12.4	21.1	8.7	6.9	7.4	19.2	5.8	4.4	4.4
Mujer España	64.6	36.6	30.0	25.5	51.3	27.2	18.9	12.5	42.0	17.9	9.2	6.2
Mujeres UE	31.1	21.1	13.1	9.3	20.4	10.1	6.8	5.6	18.6	7.1	3.6	3.6

Respecto a las características económicas de los trabajadores en España, los datos reflejan que existe un 30% de las personas que trabajan (4.269.840) con un sueldo bruto mensual menor de 1.221 euros, un 40% de los trabajadores (5.693.120) cobran sueldos comprendidos entre 1.221 euros y 2.173 euros y el 30% restante (4.269.840) cobran sueldos superiores a 2.173 euros (INE, 2015a).

Cuando se realiza una división parecida a la realizada en el presente estudio y se distingue entre trabajadores a jornada completa y trabajadores a jornada parcial, se observa que un 17.5% de los trabajadores tiene sueldos inferiores a 1.221 euros y un 24.1% perciben más de 2.625 euros mensuales (tabla 1.5).

Tabla 1.5

Distribución del sueldo en España en función del tipo de jornada laboral (Fuente. INE)

	Jornada Completa	Jornada Parcial
Menos de 1.221 €	17.5 %	89 %
Entre 1.221 y 1.837 €	34.5%	9.1%
Entre 1.837 y 2.625 €	23.9%	1.5%
Más de 2.625 €	24.1%	0.7%

Teniendo en cuenta los datos generales sobre población desempleada que se han presentado previamente, a través del presente trabajo se pretende conocer algunas características personales, económicas y familiares de la población que participa en el estudio,

tanto sujetos empleados como sujetos desempleados. Entre los objetivos específicos que guían el estudio se encuentran los siguientes:

- Conocer la distribución de los participantes por edad, sexo y nivel de estudios, en función de su situación laboral.
- Analizar, en los participantes desempleados, la situación laboral anterior a su pérdida de trabajo.
- Conocer la situación familiar de los empleados y desempleados participantes.
- Estudiar las características económicas de los participantes como nivel de ingresos, deudas, ahorros o ayudas recibidas.

Método

Participantes

En la presente investigación participaron un total de 596 sujetos, de edades comprendidas entre los 16 y los 65 años, de los que el 39.1% eran hombres y 60.9% eran mujeres (figura 1.3). Según su nacionalidad, la mayoría de los participantes tenía nacionalidad española (n=555), representando un 93.1% de los participantes, un 3% manifestó proceder de Latino América (n=18), así como un 1.5% de la Unión Europea (n=9), un 0.5% de Europa pero no perteneciente a la Unión Europea (n=3), un 0.7% pertenecientes a Marruecos (n=4) y un 0.3% procedente de África Central o sur (n=2). Por otra parte, la muestra estuvo compuesta de desempleados, representando el 72.3% de los participantes (n=431) y un 27.7% de empleados de diferentes sectores (n=165). En la tabla 6, se puede observar la distribución de las características antes mencionadas, en función de la situación laboral. Como se puede comprobar, la edad predominante en la muestra es de 26 a 39 años, seguida de 16-25 años. En cuanto a la distribución por sexo, existe un porcentaje mayor de mujeres, tanto empleadas como desempleadas, representando un 60.9 de mujeres frente al 39.1% de hombres. Por otra

parte, existe un porcentaje muy reducido de participantes no españoles, representando un 6% de la muestra total.

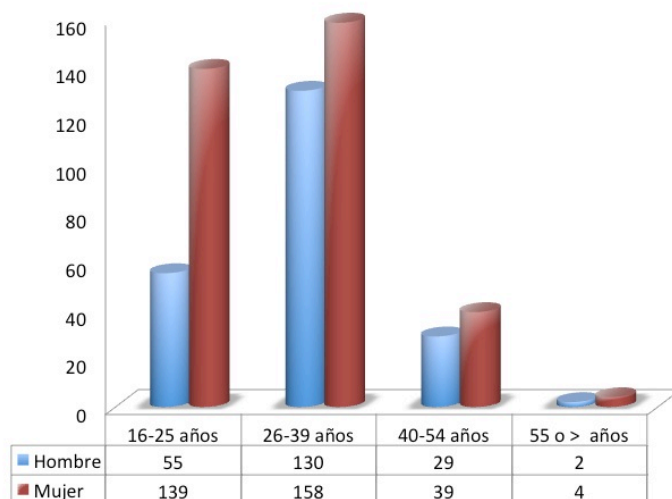


Figura 1.3. Distribución de los participantes por edad y sexo.

No obstante, en los diferentes análisis descriptivos realizados el número de participantes puede variar según las variables analizadas ya que los participantes, en ocasiones, no contestan a alguna de las preguntas por considerar que se trataban de temas privados (ej. Ingresos, nivel de ahorros, etc.) o por cualquier otro motivo.

Tabla 1.6

Distribución de los participantes en función de su situación laboral

		Empleados		Desempleados	
		N	%	N	%
Edad	16-25 años	44	37.3	162	34.8
	26-39 años	63	53.4	236	50.6
	40-54 años	11	9.3	61	13.1
	55 o más años	-	-	7	1.5
Sexo	Hombre	34	15.4	187	84.6
	Mujer	79	23.0	265	77.0
Nacionalidad	Español	117	98.3	438	92.8
	Europeo UE	1	0.8	8	1.7
	Europeo no UE	-	-	3	0.6
	Latino Americana	1	0.8	17	3.6
	Magreb	-	-	4	0.8
	Africana Central y sur	-	-	2	0.4

Para la recogida de la muestra se utilizaron diferentes procedimientos. En un primer lugar, para recoger datos de personas desempleadas se realizó un muestreo por conglomerados seleccionando de las cinco oficinas de desempleo de Granada capital, cuatro oficinas que se situaban en barrios de diferente nivel socioeconómico (zona norte, zona sur y dos en zona centro de Granada). Por otra parte, para la recogida de los datos de personas empleadas se visitaron varias empresas de diferentes sectores, dejándoles a los responsables de las mismas copias de los cuestionarios para que los contestasen los trabajadores. Igualmente, para recoger datos, tanto de desempleados como de los empleados se utilizó un muestreo incidental, mediante el envío del cuestionario a través de correo electrónico (mediante el muestreo conocido como bola de nieve), utilizando la plataforma *Limesurvey*.

Instrumentos

Para el presente estudio se utilizó un cuestionario ad hoc, elaborado por el investigador, en el que se recopilaba información de tipo personal, económica y familiar. Se realizaron dos versiones de dicho cuestionario, una versión en papel, que se entregaba a los participantes para que la rellenaran durante aproximadamente 15 minutos o directamente se recogían los datos mediante una entrevista cerrada, y una versión *on line*, a través de la plataforma *Limesurvey* en la que los participantes rellenaban sus datos, pudiendo realizarse en una única sesión o en varias. En ambas versiones los participantes podían no rellenar algunos de los datos solicitados, si así lo consideraban oportuno, teniendo en cuenta que algunos de ellos podían ser en alguna medida demasiado personales. Para obtener más información sobre el cuestionario puede consultarse el Anexo I.

Procedimiento

Para la realización de la presente investigación, inicialmente se entró en contacto con empresas de distintos ámbitos y con cuatro oficinas de empleo de la ciudad de Granada, para

obtener su colaboración. Elaborados los cuestionarios que se pretendían pasar, se llevaron a cabo un pequeño número de entrevistas para asegurarse que éstas eran comprensibles y de fácil realización para el público al que estaban destinadas. Posteriormente, se subsanaron los pequeños errores que se pudieron encontrar en los cuestionarios, como añadir opciones que no se habían contemplado con anterioridad y que, sin embargo, estaban presentes en la realidad o situación de algunos desempleados y desempleadas.

Una vez revisados los cuestionarios, y con un cuestionario final con el que recoger los datos, se organizaron las fechas de asistencias a las Oficinas de Empleo situadas dentro del casco urbano de Granada. Obtenidos los permisos pertinentes para la participación en la investigación, se recopilaban los datos, por diferentes procedimientos, con la intención de obtener un mayor número de participantes, tanto de empleados como desempleados. Por una parte, se pasaron los cuestionarios, a los usuarios que visitaban las oficinas de empleo, recopilando la información a través de una entrevista estructurada que tenía una duración aproximada de 15 minutos. De forma similar, se entregaron los cuestionarios en diferentes empresas y se recogieron pasados unos días para que los empleados tuviesen tiempo para contestar. Por otra parte, se enviaron los cuestionarios (mediante enlace), a personas que trabajaban en diversas empresas solicitándoles que, además de responder al cuestionario, en la medida de lo posible, reenviasen el enlace a personas que conocieran con edades comprendidas entre los 16 y 65 años.

Análisis de datos

Recopilados los datos, para el análisis descriptivo de los participantes se han realizado medidas de frecuencias así como análisis de asociación (prueba chi cuadrado), para establecer la relación entre algunas de las variables categóricas analizadas. Todos los análisis se realizaron a través del paquete estadístico SPSS en su versión 20.0 para Mac.

Resultados

Nivel de estudios de los participantes

Tal y como se puede ver en la tabla 1.7, al centrarse en las características personales de la muestra en general, se puede observar que la mayoría de los participantes tienen estudios universitarios, frente a un porcentaje prácticamente inexistente de sujetos que carecen de estudios. Al distribuir la muestra en función de su situación laboral, la tendencia es similar, comprobándose un mayor número, tanto de empleados como desempleados, con estudios universitarios. No obstante, en el caso de los participantes empleados no existen sujetos sin estudios o que su formación sea de Educación Primaria o Secundaria Obligatoria (E.S.O). Por otra parte, un porcentaje sensiblemente superior a los sujetos desempleados tienen estudios universitarios.

Tabla 1.7

Nivel de estudios de los participantes agrupados por situación laboral

	Empleados		Desempleados	
	N	%	N	%
Sin estudios	-	-	3	0.7
E. Primaria	-	-	46	10.0
E. S. O	-	-	53	11.5
Bachiller	2	1.7	44	9.5
Formación Profesional	7	5.9	73	15.8
Universitarios	110	92.4	242	52.5

Al agrupar a los participantes en función del sexo, tal y como se puede observar en la figura 1.4, las mujeres, en un porcentaje más elevado que los hombres, tienen estudios universitarios, siendo ligeramente inferior el porcentaje de mujeres que tienen estudios de Educación Secundaria, Bachiller, y Formación profesional. Realizada la prueba de asociación entre ambas variables, los datos muestran una asociación significativa entre ambas variables ($X^2= 15.94, p=.007$).

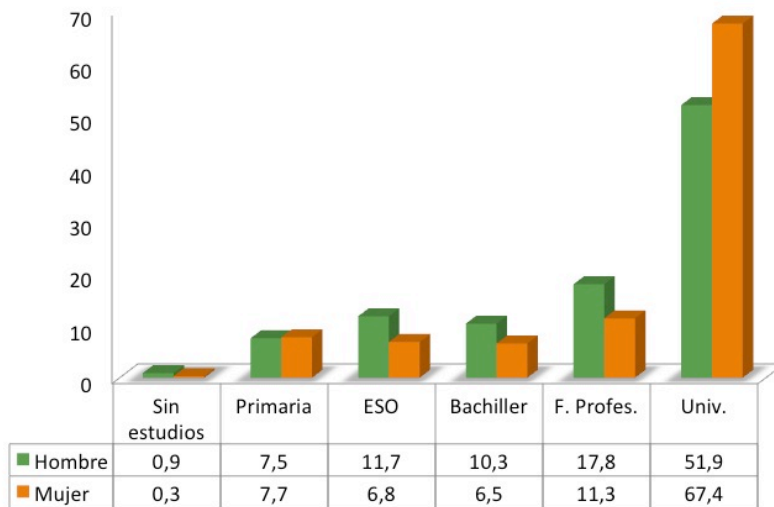


Figura 1.4. Porcentaje del nivel de estudios de los participantes agrupados por sexo.

Características económicas de los participantes.

En cuanto a las características económicas de los participantes, se recabó información sobre los ingresos medios al mes; otros ingresos que se tuvieran dentro del hogar; si habían recibido ayuda económica de algún amigo, familiar o institución; si tenían algún tipo de deuda y el nivel de ahorros con el que contaban.

Al centrarse en los ingresos medios al mes, tal y como se puede observar en la figura 1.5, los datos muestran que la mayoría de los participantes tienen unos ingresos inferiores a 1.000 euros mensuales (38.6%), seguidos de los que tienen unos ingresos entre 1.000 y 1.599 euros (33.9%). Sin embargo, al analizar los ingresos en función de la situación laboral, se comprueba que el mayor porcentaje de los desempleados han tenido ingresos inferiores a 1.000 euros (30.4%), mientras que en el caso de los empleados el mayor porcentaje se sitúa entre 1.000 y 1.599 euros mensuales. Sin embargo, se observa que un 22.9% de las personas desempleadas han tenido ingresos comprendidos entre 1.600 y 2.500 frente a un 10.4% de los trabajadores actuales que alcanzan esas cantidades.

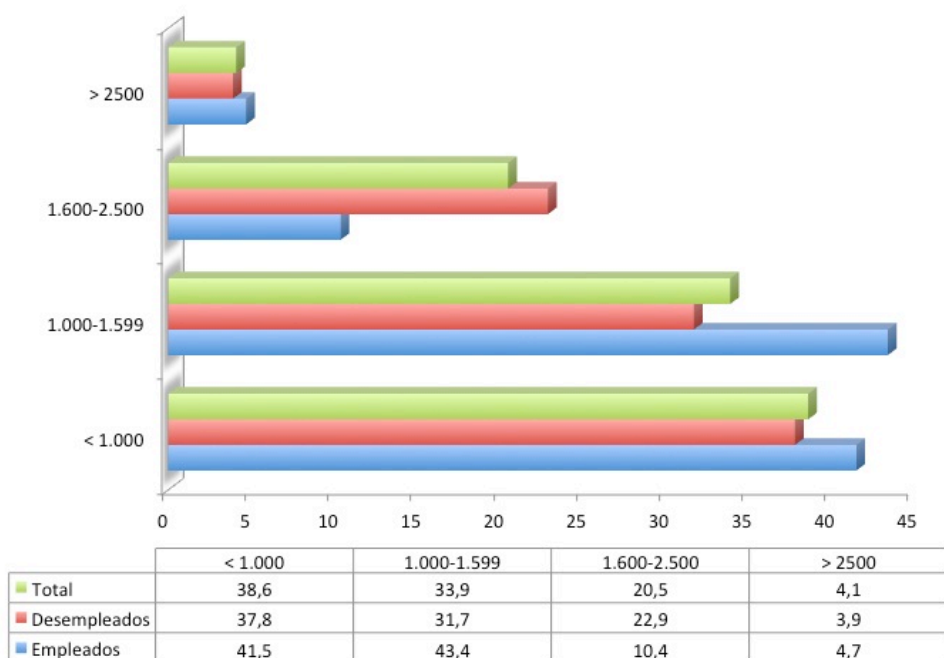


Figura 1.5. Nivel de ingresos de los participantes, según su situación laboral.

En cuanto a los datos que se relacionan con los ingresos adicionales con los que cuentan en el hogar (tabla 1.8), los resultados ponen de manifiesto que no existen grandes diferencias entre empleados y desempleados, aunque el porcentaje de sujetos que no tienen ningún ingreso adicional es superior en el caso de desempleados.

Tabla 1.8

Distribución de ingresos adicionales del hogar familiar por situación laboral

	Empleados		Desempleados	
	N	%	N	%
Ninguno	27	25.0	148	36.3
Menos de 1.000	13	12.0	86	21.1
Entre 1.000-1.599	22	20.4	101	24.8
Entre 1.600 y 2.500	25	23.1	41	10.0
Más de 2.500	21	19.4	32	7.8

Por otra parte, los datos reflejan que la mayoría de los participantes, tanto empleados como desempleados, tienen un nivel de ahorros bajo (Menos de 3.000 euros), siendo un porcentaje muy bajo los sujetos que indican tener niveles de ahorros altos (Más de 12.000 euros), aunque este porcentaje es menor en el caso de los desempleados (5%) frente a los

empleados (17.1%). En cuanto al nivel de deudas, los resultados muestran que un porcentaje mayor de sujetos desempleados tiene deudas (43.6%), en comparación con los participantes empleados (36.6%).

Tabla 1.9

Distribución de deudas y ahorros familiares por situación laboral

		Empleados		Desempleados	
		N	%	N	%
Deudas	Sin deudas	71	63.4	257	56.4
	Con deudas	41	36.6	199	43.6
Ahorros	Nivel bajo	54	51.4	299	74.9
	Nivel medio	33	31.4	80	20.1
	Nivel alto	18	17.1	20	5.0

Características familiares de los participantes

Los datos resultantes del análisis de la situación familiar de los participantes (figura 6) reflejan que hay un porcentaje superior de sujetos desempleados que viven en pareja, frente a los sujetos empleados. Sin embargo, un porcentaje superior de sujetos empleados indica que vive con sus padres. De forma similar, el porcentaje de participantes con hijos es muy superior en el caso de los participantes desempleados.

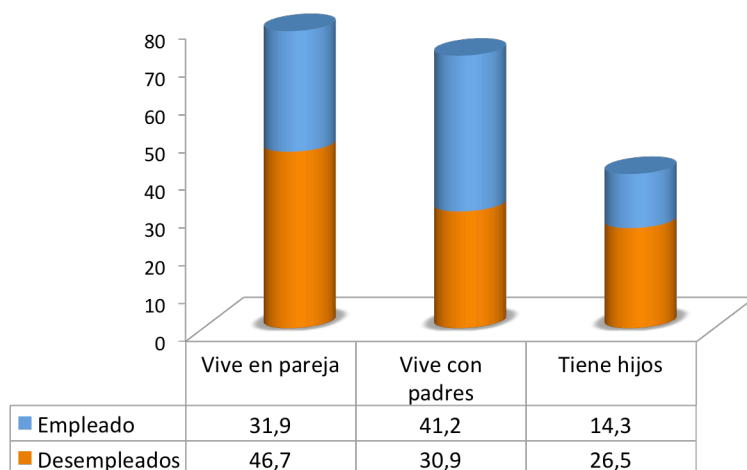


Figura 1.6. Características familiares de los participantes en función de su situación laboral.

Características de la situación laboral de los sujetos desempleados

En uno de los apartados del cuestionario, se les preguntaba a los sujetos desempleados por algunas características de su situación laboral anterior. Por ejemplo, debían indicar la antigüedad en el último empleo. Los resultados muestran que el 52.9% (n=229) habían tenido una duración menor a 1 año, un 1.6% (n=76) una duración de menos de 2 años, un 9.5% (n=41) una duración de menos de 3 años, un 4.6% (n=20) menos de 4 años, un 4.4% (n=19) menos de 5 años y un 11.1% (n=48) más de 5 años de duración.

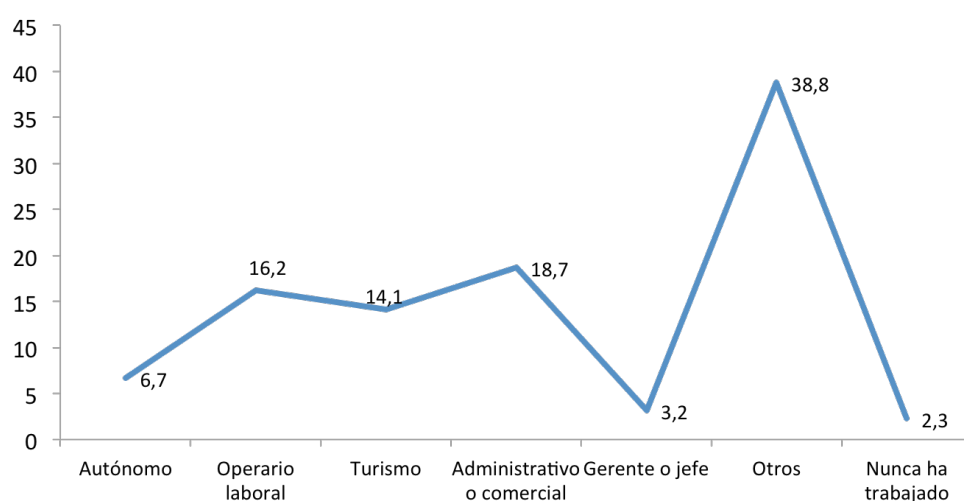


Figura 1.7. Último trabajo desempeñado por la población desempleada.

En cuanto al tipo de trabajo que desarrollaba, tal y como se puede observar en la Figura 1.7, la mayoría se incluye en el apartado de otros trabajos, en este apartado han quedado incluidas situaciones muy variadas, por ejemplo, un electricista no se consideraba incluido entre los operarios industriales, ni en la sección de construcción, otro caso que se presenta era una decoradora y también se incluyen artistas que regentaban una galería de arte. Los porcentajes de operarios laborales, industriales y construcción; empleados de bares, restaurantes, hoteles; administrativos, comerciales o empleados relacionados con las ventas, son muy similares. Siendo menores los porcentajes de participantes que han sido gerentes o jefes de sección, autónomos o no han trabajado nunca.

Discusión

Al comparar el nivel educativo de la población del presente estudio con los datos generales del INE, se encuentra que una mayoría de los participantes en el estudio tiene estudios superiores, observándose que el mayor número de desempleados se da en este nivel educativo, no coincidiendo con los datos generales en España que indican que los niveles más altos de desempleo se producen entre los niveles más bajos de educación. Por otra parte, hay que destacar que al asociar el nivel educativo con el sexo, se observa que las mujeres muestran niveles de formación más altos que los hombres.

Al estudiar el nivel de ingresos que tienen o han tenido los participantes, los datos reflejan que la mayoría de los desempleados han tenido unos ingresos menores de 1.000 euros (netos). En este sentido, los participantes que estaban trabajando en el momento del estudio, distribuían sus ingresos entre menos de 1.000 hasta 1.600 euros. No obstante, hay que señalar que quizás este rango entre 1.000 y 1.600 euros es demasiado amplio ya que los sujetos de este grupo indicaron que sus ingresos rondaban, mayoritariamente, los 1.220 euros.

Cabe destacar que el grupo con ingresos superiores a 1.600 euros está mayoritariamente formado por personas desempleadas en ese momento, llegando a representar una proporción del 22.9% de los desempleados, frente a un 10.4% de las personas que, en ese momento, estaban trabajando. Una explicación puede venir dada por el hecho de que muchas de las personas desempleadas habían cobrado parte de sus nominas en dinero no declarado (economía sumergida). Al comparar los datos sobre los sueldos que aportan los sujetos que estaban trabajando con los datos que ofrece la Encuesta de Población Activa (INE, 2015a) sobre los sueldos, los datos no van en la línea de los encontrados en este estudio. En la encuesta del INE (2015a) solo un 17,5% de los trabajadores cobran menos de 1.000 euros. No obstante, los resultados del estudio sí están en consonancia en el hecho de que gran parte de los sueldos de los trabajadores se concentra en el tramo de 1.000 euros a 1.599 euros.

Por otra parte, hay que destacar que según los datos del INE (2015a), la brecha salarial entre trabajadores a jornada completa y los trabajadores a jornada parcial se va agrandando considerablemente. No obstante, este aspecto está muy relacionado con la forma de medir el paro. En España una persona con un trabajo de 4 horas, es un trabajador, que cobra menos de 1.000 euros, según nuestra clasificación y la del INE, algo que no sucedería en Estados Unidos. Parece evidente que no se debería considerar como un trabajador en el sentido real del término. Resulta interesante realizar estudios monográficos sobre los trabajadores a tiempo parcial, comparando algunas de sus características con los sujetos desempleados, ya que el 89% de los trabajadores a tiempo parcial cobra menos de 1.000 euros netos al mes.

Respecto a los ingresos adicionales en el hogar con los que cuentan los participantes se observa que, en el caso de personas que estaban trabajando, existe una homogeneidad en los datos, en el caso de los desempleados se da un mayor número de familias sin ningún ingreso adicional, en la Encuesta de Población Activa del tercer trimestre de 2015 (INE, 2015a) el número de familias con todos sus miembros en paro (sin ingresos adicionales) alcanza la cifra de 1.657.500.

En relación al nivel de ahorros de los participantes, los datos reflejan que es muy bajo, el 75% de los desempleados indica que sus ahorros están por debajo de los 3.000 euros, incluyéndose igualmente a las personas que no tienen ningún tipo de ahorros. No obstante, en el caso de los trabajadores, el nivel de ahorros también es bajo, aunque el porcentaje es sensiblemente menor al presentado en los desempleados (5,4%). Este tema es realmente preocupante, aunque hay que tener en cuenta que en España existe mucha economía sumergida y, aunque algunas familias no tienen ahorros fiscales, puede que sí cuenten con una cierta economía no declarada que puede ayudarles. Esta economía no es visible y difícilmente va a reflejarse en las investigaciones.

Respecto al nivel de deudas, los datos reflejan que los sujetos que estaban trabajando tenían un nivel de deudas menor que los sujetos desempleados. En esta línea, en el caso de los desempleados, las deudas alcanzan a un 43% de los participantes en el estudio frente a un 36.6% en el caso de los trabajadores. Esto confirmaría, en alguna medida, las afirmaciones que señalan que la crisis se ocasiona por el nivel de endeudamiento masivo al que no se pudo hacer frente, como fueron las hipotecas *subprime*. Sin embargo, se observa que las familias en estos años han hecho un esfuerzo y sus niveles de deudas han descendido considerablemente (Arce, Prades, y Urtasun, 2013; Chislett, 2015; Sastre y Fernández-Sánchez, 2011).

En lo referente al ámbito familiar, se encuentra que casi la mitad de los sujetos desempleados viven con su pareja, y más de un 26% tienen hijos. En cambio solo un 31% de los trabajadores viven en/con pareja, es decir, un 41% de los trabajadores de la muestra vive con sus padres, no se han emancipado, y el porcentaje de hijos es sensiblemente menor, un 14% tiene hijos. Estos datos pueden llevar a pensar que el desempleo ha afectado seriamente a las familias, no abandonando la casa familiar hasta considerar que su empleo es estable. No obstante, estos resultados se deben tomar con cierta cautela ya que hay que tener en cuenta que los participantes, en un gran porcentaje, tenían niveles altos niveles de estudios (estudios universitarios). Igualmente, estos trabajadores eran jóvenes que todavía viven con sus padres, que no han formado familias, que no se han emancipado y que su nivel de ingresos, combinado con el precio de la vivienda o del alquiler no les permite emanciparse.

Los datos obtenidos en lo referente a la antigüedad en el último puesto de trabajo de los sujetos desempleados, reflejan que un 53% de los trabajos tenían una duración inferior a un año, y alrededor del 4.5% de los casos habían trabajado en el mismo puesto de 4 a 5 años. Estos datos, tras la reforma laboral, cuando surgieron los llamados “minijobs”, trabajos a tiempo parcial, trabajos de horas, etc., puede señalar el peligro de entrar en una especie de

bucle en el que los trabajadores tengan cada vez trabajos más breves, de menos tiempo, lo que hace que la persona sea más propensa a estar en paro.

Referencias

- Arce, O., Prades, E., y Urtasun, A. (2013). La evolución del ahorro y del consumo de los hogares españoles durante la crisis. *Boletín económico banco de España*, 65-73.
- Chislett, W. (2015). Is Spain different? The political, economic and social consequences of its crisis. *International Journal of Iberian Studies*, 28(2-3), 257-266.
- INE, 2015a. Encuesta de población activa. Recuperado de: http://www.ine.es/dyngs/INEbase/es/operacion.htm?c=Estadistica_C&cid=1254736176918&menu=ultiDatos&idp=1254735976595
- INE, 2015b. Mujeres y hombres en España. Recuperado de: http://www.ine.es/ss/Satellite?L=0&c=INEPublicacion_C&cid=1259924822888&p=1254735110672&pagename=ProductosYServicios%2FPYSLayout¶m1=PYSDetal leGratuitas.
- Sastre, T., y Fernández-Sánchez, J. L. (2011). La tasa de ahorro durante la crisis económica: el papel de las expectativas de desempleo y de la financiación. *Boletín económico banco de España*, 63-77.

ESTUDIO 2

**Influencia de la economía doméstica y el desempleo en los
problemas familiares**

Resumen

Diversas investigaciones, realizadas en diferentes contextos, han confirmado que el desempleo tiene multitud de efectos negativos tanto a nivel individual como familiar, favoreciendo climas caracterizados por mayor hostilidad entre los miembros de la familia y una reducción de apoyo y ayuda entre ellos. En el presente trabajo se analiza la posible relación entre el desempleo, y algunas de las variables asociadas al mismo, y el nivel de conflicto en el seno de la familia. En el estudio participan 486 sujetos, 383 desempleados y 103 empleados, de edades comprendidas entre los 16 y los 65 años, de los que el 39.51% eran hombres y 60.49% mujeres. Para la obtención de los datos se realizó un cuestionario elaborado por el investigador donde se recogía información de tipo sociodemográfico, económico y de salud. Igualmente, los sujetos cumplimentaron el cuestionario de Estrés familiar de Broman, Hamilton y Hoffman (1987). Los resultados muestran una correlación positiva y significativa entre todas las variables de conflicto familiar analizadas (conflicto de pareja, conflicto con los hijos, problemas de la pareja y problemas de los hijos). Sin embargo, los datos no muestran efectos principales de la situación laboral (empleado o desempleado) o el sexo en el nivel de conflicto familiar. Por el contrario, sí se encuentran efectos principales y de interacción de las variables situación laboral y sexo en el nivel de ahorros. Los sujetos desempleados tienen menores niveles de ahorros que los sujetos con empleo, siendo similares los niveles de ahorro en hombres y mujeres. Cuando los participantes están desempleados, el nivel de ahorro en hombres es superior al que presentan las mujeres. Por otra parte, el nivel educativo no mostró tener influencia sobre el nivel de conflicto familiar, aunque sí en las variables económicas como el número de deudas o el nivel de ahorros.

Palabras clave: conflicto familiar, desempleo, economía, género.

Introducción

España, durante 2008, comenzó a sufrir una gran crisis económica (la Gran Recesión o depresión económica española) que llevó a grandes reducciones en la producción económica y un fuerte aumento del desempleo. Muchos hogares experimentaron una caída de su bienestar financiero, ya que la tasa de desempleo aumentó del 9% en enero de 2008 al 26.6% en noviembre de 2012, siendo la más alta en la Unión Europea (Eurostat, 2013).

En respuesta a este contexto económico inesperado, muchas familias tuvieron que adaptarse y reducir sus gastos en alimentación, ropa, vivienda y en la educación de sus hijos, experimentando altos niveles de presión económica que, a su vez, dieron lugar al incremento de la angustia emocional y del estrés a nivel individual y familiar, produciéndose un aumento en conflicto de pareja a nivel diádico (Kwon, Rueter, Lee, Koh, y Ok, 2003). Es bien sabido que las crisis económicas son una amenaza constante para el bienestar económico de las sociedades. Estas condiciones económicas influyen en las oportunidades de empleo, ingresos y estabilidad económica que pueden ser fuentes de estrés para los miembros de la familia (Ponnet, 2014).

La pérdida del puesto de trabajo constituye uno de los estresores más importantes que afectan a los individuos y a sus familias. Muchas investigaciones realizadas tanto en EE.UU como en Europa confirman que el desempleo tiene una variedad de efectos negativos, generando deterioros tanto desde el punto de vista individual como comunitario (Bartoll, Palència, Malmusi, Suhrcke, y Borrell, 2014; Bluestone y Harrison, 1982; Brenner, 1979; Buffel, Van de Velde, y Bracke, 2015; Kwon et al., 2003). Las evidencias generales han confirmado que los problemas psico-sociales se incrementan después de la pérdida del trabajo (Borrero, 1980; Briar, 1987; Hayes y Nutman, 1981; Jackson y Warr, 1987; Kasl y Cobb, 1979; Kaufman, 1982; Liem y Liem, 1988; Warr, 1982; Warr y Jackson, 1984).

Las preocupaciones e inseguridades acerca de la situación financiera de la familia, a menudo generan angustia psicológica, contribuyendo a los conflictos y problemas matrimoniales, a las dificultades en la crianza de los niños y a la exacerbación de problemas emocionales y de comportamiento en los niños (Falconier y Epstein, 2010).

En este contexto, surge el modelo de estrés familiar (Conger, Conger, y Martin, 2010; Conger y Elder, 1994), desarrollado originalmente para el estudio de los efectos de la crisis agrícola en las familias de Estados Unidos. Este modelo describe cómo las condiciones económicas crean un contexto externo importante para las familias afectando de manera muy diversa. Las crisis económicas que generan altos niveles y largos periodos de desempleo originan angustia emocional, tanto a nivel individual como de pareja (Aytaç, Rankin, y Ibikoglu, 2015; Conger y Elder, 1994; Kwon, et al., 2003). La angustia emocional unida al estrés incrementa los conflictos de pareja, influyendo negativamente en la satisfacción con la pareja (Kwon, et al., 2003).

Igualmente, el modelo de estrés familiar sugiere que la tensión económica se convierte en un mediador de la relación entre los ingresos y los trastornos psicológicos en los padres. Además, predice que, cuando la tensión financiera o angustia es alta, las personas tienen un mayor riesgo de desarrollar trastornos psicológicos (por ejemplo, depresión o ansiedad), lo que aumenta la probabilidad de conflicto marital (Conger et al., 2010; Ponnet, Wouters, Goedemé, y Mortelmans, 2013).

En esta línea, diversos estudios en diferentes épocas históricas han mostrado los efectos negativos del desempleo sobre el matrimonio y la vida familiar (Atkinson, Liem, y Liem, 1986; Conger et al., 2010; Dew, Bromet, y Schulberg, 1987; Elder y Caspi, 1988; Falconier y Epstein, 2010; Jackson y Walsh, 1987; Liem y Liem, 1988; Nowak y Snyder, 1984; Ponnet, 2014; Ponnet et al., 2013; Schlozman y Verba, 1979; Voydanoff y Donnelly, 1988). La combinación de estrés, desmoralización y depresión puede, aparentemente, inducir

hostilidad entre los miembros de la familia y reducir el apoyo entre ellos (Conger, Ge, Elder, Lorenz y Simons, 1994; Vinokur, Price, y Caplan, 1996).

Algunos estudios han relacionado desempleo con niveles de violencia en el seno de la familia (Straus, Gelles, y Steinmetz, 1980). Otros autores, han señalado que el desempleo produce un incremento de las tensiones y discusiones familiares (Conger et al., 2010; Komarovsky, 1962; Ponnet, 2014). Estas situaciones conflictivas empeoran en el caso de algunas familias, como resultado del efecto que tiene la pérdida del trabajo sobre un mayor abuso del alcohol y la violencia. Por otra parte, hay que señalar que el abuso del alcohol se multiplica cuando las personas pierden su empleo (Dooley, Catalano, y Hough, 1992; Popovici y French, 2013). En esta línea, Dollard, Doob, Miler, y Mowrer (1939), señalan que el alcohol podría convertirse en un sustituto de la agresión, ya que se convierte en una forma de autoagresión debida a la pérdida de autoeficacia. Pearlin y Radabaugh (1976) encontraron que los niveles de ansiedad aumentan en relacion al incremento de los problemas económicos e igualmente el uso del alcohol está directamente relacionado con los niveles de ansiedad, especialmente en personas con baja autoestima y bajos niveles de control.

Según la Teoria de la frustacion-agresión (Dollard et al.,1939), cualquier impedimento que surja ante la consecución de una meta conllevará a un estado de agresividad manifiesto, de forma que una agresión siempre estaría precedida por un estado de frustración. Las situaciones de desempleo o sub-empleo producen una frustración de las aspiraciones de la persona, generando un aumento de la angustia y la ansiedad, que dan lugar tanto a conductas de consumo de alcohol y drogas, como a conductas agresivas en el seno de la familia y en la interacción con los demás. Creen y Bartrum (2006) proponen que este tipo de conductas (consumo de alcohol, drogas y agresiones) alivian o reducen la ansiedad y angustia inducida por la frustracion general de las aspiraciones de la persona.

Vinokur, Price, y Caplan (1996) encontraron que los trabajadores en situación de desempleo muestran un incremento de su enfado, de su irritabilidad, de las críticas e insultos a su esposa, esposo o compañeros. No obstante, algunos autores consideran que el aumento de conflictos en el seno familiar no es una consecuencia directa del desempleo. En esta línea, Broman, Hamilton, y Hoffman (1990) observan que los problemas económicos, en su mayoría derivados de la pérdida del trabajo, afectan negativamente a la vida familiar. Esto les permite sugerir que el efecto del desempleo sobre los conflictos y tensiones familiares puede ser indirecto, ya que estaría mediado por los problemas económicos como causa primaria o directa. La pérdida del empleo trae como consecuencia problemas económicos, lo cual tiene un profundo efecto negativo para el trabajador y su familia (pareja e hijos).

Como señalan distintos modelos teóricos sobre los efectos de la pérdida del trabajo, los recursos financieros de la persona desempleada juegan un papel fundamental como variable moderadora en la cadena de efectos a los que da lugar la pérdida del trabajo. Los modelos señalan los recursos económicos como un colchón que puede amortiguar el estrés del desempleo, mientras que los trabajadores más vulnerables económicamente o con menos recursos financieros, experimentarán unas reacciones más severas a la pérdida del trabajo (Shelton, 1985).

Los efectos moderadores de los factores económicos han sido sugeridos por varios investigadores. Por ejemplo, Warr y Jackson (1985) observaron que el desempleo asociado a una pobreza extrema es más difícil de resistir que en aquellos casos en los que las necesidades financieras son atendidas adecuadamente. Por su parte, Turner, Kessler, y House (1991) concluyen que el impacto de la pérdida del trabajo podría suavizarse en aquellas situaciones en las que existen otras fuentes de ingresos u otros recursos económicos. En general, las investigaciones reconocen que “el desempleado con recursos económicos como, por ejemplo,

ahorros o la ausencia de deudas está protegido de los apuros económicos durante un periodo de tiempo, y esto eleva la moral de la persona” (Voydanoff, 1983, p.95).

Estos datos también son respaldados por el estudio realizado con población coreana por Kwon et al. 2003, quienes encontraron que altos niveles de presión económica, entendida como dificultades para poder pagar las facturas, problemas para llegar a fin de mes y el reconocimiento general de las dificultades financieras de la familia, se relacionan positivamente con altos niveles de ansiedad emocional y, a su vez, esa ansiedad generaba altos niveles de conflicto en la pareja y de insatisfacción marital.

Cuando las parejas se enfrentan a problemas económicos ambas partes sienten la presión o tensión subjetiva, que les lleva a experimentar angustia emocional y estrés, disminuyéndose las conductas de apoyo hacia la pareja y desarrollando comportamientos más hostiles entre ellos (Conger et al., 2010). Igualmente, Aytac y Rankin (2008) encontraron que las dificultades económicas y el aumento de los niveles de tensión económica tenían un efecto negativo en los niveles de percepción de estrés, angustia emocional, problemas de salud física y conflictos de pareja.

Cuando los padres están estresados por su actual y futura situación económica, aumentan los síntomas depresivos y los conflictos entre la pareja. Además, las familias con bajos ingresos presentan tensiones económicas elevadas que generan efectos directos e indirectos sobre los problemas de conducta en los adolescentes (Miller y Taylor, 2012; Ponnet, 2014; Ponnet et al., 2013). Varios estudios han demostrado que los adolescentes que crecen en familias de bajos ingresos, se enfrentan a muchos desafíos a los que los adolescentes de familias de ingresos medios-altos no tienen que enfrentarse (Duncan y Brooks-Gunn, 2000). Cuando los padres no pueden permitirse dar dinero a sus hijos, o cuando no pueden contribuir a algunos gastos relacionados con la vida de los adolescentes (por ejemplo, ir al cine o salir con sus amigos), las dificultades financieras de los padres,

también se convierten en una realidad para los adolescentes (Delgado, Killoren, y Updegraffet, 2013).

Chase-Lansdale, Cherlin, Guttmanova, Fomby, Ribar, y Coley (2011) encontraron que con el tiempo, los adolescentes eran más conscientes de los asuntos sociales y económicos de sus padres. La toma de conciencia por parte de los adolescentes de la escasez de recursos financieros de su familia, favorecía el desarrollo de conductas hostiles y de problemas externalizantes en los adolescentes (Ponnet, 2014; Taylor, Budescu, Gebre, y Hodzic, 2014). Igualmente, los resultados obtenidos en el estudio realizado por Ponnet (2014) demostraron que, además, las familias de bajos ingresos exhiben conductas parentales menos positivas.

Sin embargo, aunque los problemas económicos incrementen la frustración, el estrés, la irritabilidad y la angustia emocional, generando conflictos familiares (Dew y Yorgason, 2010), estos problemas no afectan de igual modo a hombres y a mujeres. A pesar de que históricamente, el papel de mantenimiento de la familia ha sido del hombre, son las mujeres las que sufren mayor presión económica y mayor estrés (Falconier y Epstein, 2010). Las mujeres suelen percibir la inestabilidad laboral de su pareja como más amenazante que la suya. Desde una perspectiva de género, la dominación del hombre en la toma de decisiones financieras en la pareja, unida a la menor posibilidad de las mujeres de generar ingresos debido al reparto desigual de las tareas domésticas (como el cuidado de los niños), y su posición de desventaja en un mercado laboral dominado por los hombres, hace que se incremente la presión económica de las mujeres, debido a que sienten que tienen un escaso control en la resolución de las dificultades económicas (Falconier y Epstein, 2010).

Aunque actualmente, los padres están más involucrados que antes en la crianza de los hijos (Ponnet et al., 2013), la creencia subyacente de que son las mujeres las que deben asumir la responsabilidad primaria de la crianza de los hijos, sigue aún presente (Falconier y

Epstein 2010). Las mujeres a menudo sienten un profundo compromiso con la educación y felicidad de sus hijos que puede generar sentimientos de responsabilidad, en relación con el mantenimiento de la estabilidad de la familia, o de la cohesión cuando experimentan estrés financiero (Falconier y Epstein, 2010; Schwartz y Rubel-Lifschitz, 2009). Por tanto, cuando las familias se ven sometidas a presiones económicas, las mujeres presentan una mayor angustia emocional que los hombres (Aytaç y Rankin, 2008). Kwon et al. (2003) señalaron que la dedicación al trabajo por parte de los hombres y la cultura de implicarse en tareas sociales después del trabajo del género masculino, reduce el tiempo dedicado a la familia. Estas actividades sociales, más típicas en hombres, pueden ser un medio de dar salida a la angustia emocional y al estrés, siendo una de las razones por las que, ante problemas económicos, los hombres obtienen puntuaciones más bajas que las mujeres en estrés y angustia emocional (Falconier y Epstein, 2010).

En el presente trabajo, se pretende analizar la relación entre el desempleo y los conflictos familiares. Igualmente, se estudiarán algunas variables económicas y personales que pueden servir como moderadoras de estos conflictos.

Teniendo en cuenta estudios previos y los objetivos del trabajo, las hipótesis planteadas son las siguientes:

- H1. Los sujetos que están en situación de desempleo presentarán mayores niveles de conflicto familiar que aquellos que tienen empleo.
- H2. Los sujetos que están en situación de desempleo presentarán menores niveles de ahorros y mayores niveles de deudas y recortes que aquellos que están empleados.
- H3. El sexo tendrá influencia en el nivel de conflicto y en variables económicas como el número de deudas, el nivel de ahorros o los recortes.
- H4. Las familias con menor número de deudas presentarán menores niveles de conflicto familiar.

H5. Las familias con mayores niveles de ahorros presentarán menores niveles de conflicto familiar.

H6. El número de recortes realizados se relacionará con el nivel de conflicto familiar.

H7. El nivel educativo no marcará diferencias en el conflicto familiar o en las variables económicas como número de deudas, el nivel de ahorros o los recortes realizados.

Método

Participantes

En la presente investigación participaron un total de 486 sujetos, de edades comprendidas entre los 16 y los 65 años. 383 sujetos estaban en situación de desempleo (78.81%) y 103 se encontraban trabajando (21.19%). La distribución por sexo fue de 192 hombres (39.51%) y 294 mujeres (60.49%).

Instrumentos y variables

Para la recogida de la información sobre características económicas de la muestra participante se realizó un cuestionario ad hoc, elaborado por el investigador, donde se recogía información de tipo sociodemográfica y económica. En dicho cuestionario se recogía información sobre situación laboral actual, deudas pendientes, ahorros familiares o nivel de ingresos. Igualmente, se recogía información sobre situación familiar actual (ver anexo I).

En segundo lugar, se utilizó el Cuestionario de Estrés familiar de Broman, Hamilton y Hoffman (1990). Se trata de un cuestionario con 11 ítems, en los que se pregunta sobre el nivel de conflicto con sus parejas y sus hijos, evaluando su frecuencia. Los participantes únicamente contestaban este cuestionario si estaban casados o con pareja y/o convivían con hijos. El cuestionario se compone de cuatro factores o escalas: conflicto con la pareja (3

ítems); conflicto con los hijos (2 ítems); problemas de la pareja (3 ítems); y problemas de los hijos (3 ítems). Los índices de fiabilidad de las escalas se pueden considerar adecuados, situándose entre .80 y .75.

Los conflictos de pareja se miden por la frecuencia con la que se dan discusiones de pareja, si han producido gritos y/o insultos en las discusiones, e incluso si se ha llegado a perder el control en medio de una discusión. El conflicto con los hijos refleja la frecuencia con que se producen discusiones fuertes con los hijos, y si se ha llegado a perder el control al discutir con los hijos. Los problemas de la pareja, se evalúan por la frecuencia con la que la pareja presenta problemas o conflictos con familiares y vecinos, por una pérdida de interés en las tareas cotidianas, y por manifestar algún tipo de problemas de salud (psicofísico) del tipo: sueño, digestivo, nervioso. Los problemas de los hijos queda reflejada por la presencia de problemas en el rendimiento académico, problemas escolares, y por problemas de tipo emocional y de sueño.

Se realizaron dos versiones de los cuestionarios, una versión en papel, que se entregaba a los participantes para que la rellenaran durante aproximadamente 15 minutos o directamente se recogían los datos mediante una entrevista cerrada, y una versión *on line*, a través de la plataforma *Limesurvey* en la que los participantes rellenaban sus datos, pudiendo realizarse en una única sesión o en varias. En ambas versiones los participantes podían no rellenar algunos de los datos solicitados, si así lo consideraban oportuno, al considerar que algunos de ellos podían ser, en alguna medida, demasiado personales. Para obtener más información sobre los cuestionarios puede consultarse el Anexo I.

Procedimiento

Para la realización de la presente investigación, inicialmente se entró en contacto con empresas de distintos ámbitos y con cuatro oficinas de empleo de la ciudad de Granada, para

obtener su colaboración. Elaborados los cuestionarios que se pretendían pasar, se llevaron a cabo un pequeño número de entrevistas para asegurarse que éstas eran comprensibles y de fácil realización para el público al que estaban destinadas. Posteriormente, se subsanaron los pequeños errores que se pudieron encontrar en los cuestionarios, como añadir opciones que no se habían contemplado con anterioridad y que, sin embargo, estaban presentes en la realidad o situación de algunos desempleados.

Una vez revisados los cuestionarios, y con un cuestionario final con el que recoger los datos, se organizaron las fechas de asistencias a las Oficinas de Empleo situadas dentro del casco urbano de Granada. Obtenidos los permisos pertinentes para la participación en la investigación, se recopilaron los datos, por diferentes procedimientos (papel y *on line*), con la intención de obtener un mayor número de participantes, tanto de empleados como desempleados. Por una parte, se pasaron los cuestionarios, a los usuarios que visitaban las oficinas de empleo, recopilando la información a través de una entrevista estructurada que tenía una duración aproximada de 15 minutos. De forma similar, se entregaron los cuestionarios en diferentes empresas y se recogieron pasados unos días para que los empleados tuviesen tiempo para contestar. Por otra parte, se enviaron los cuestionarios mediante enlace, a personas que trabajaban en diversas empresas solicitándoles que, además de responder al cuestionario, en la medida de lo posible, reenviasen el enlace a personas que conocieran con edades comprendidas entre los 16 y 65 años.

Análisis de datos

Para conocer la relación entre el conflicto familiar y las variables económicas, total de deudas familiares y número de recortes realizados, se realizó un análisis de correlación de Pearson.

Con el objetivo de analizar la influencia de la situación laboral de los participantes en el nivel de conflicto y las características económicas de la familia, se realizaron ANOVAs

factoriales 2x2. Considerando como factores la situación laboral (empleado, desempleado) y el sexo (hombre, mujer) y, como variables dependientes, cada una de las variables de conflicto familiar (conflicto con la pareja, conflicto con los hijos, problemas de la pareja, problemas de los hijos) y económicas (deudas, ahorros y recortes).

Finalmente, para conocer si existían diferencias en el nivel de conflicto familiar, el número de deudas, ahorros y recortes, en función del nivel educativo de los participantes, se realizaron ANOVAs unifactoriales y las pruebas post hoc correspondientes, en función de la homogeneidad de la varianza, realizando la prueba de Bonferroni en el caso de varianzas iguales y la prueba de Dunnett en el caso de varianzas desiguales.

Resultados

Para comprobar la relación entre las diferentes variables de conflicto familiar analizadas y algunas variables económicas relacionadas con el desempleo, como las deudas o los recortes que han realizado en el contexto familiar se realizó un análisis correlacional de Pearson. Tal y como se puede observar en la tabla 2.1, existe una correlación positiva y significativa entre todas las variables de conflicto familiar que se han estudiado. En este sentido, las familias que presentan niveles elevados de conflicto en la pareja, también puntúan alto en los niveles de conflicto con los hijos. Igualmente, los niveles elevados de conflicto con la pareja se relacionan con un efecto negativo en la pareja y con la aparición de problemas en los hijos.

Por otra parte, los elevados niveles de conflicto con los hijos se relacionan con altos niveles de problemas de la pareja y con la aparición de mayores niveles de problemas de comportamiento o escolares en los hijos.

Los resultados muestran correlaciones significativas y positivas entre los niveles de conflicto en la pareja y los problemas de la pareja, con una de las variables económicas analizadas, el total de deudas de la unidad familiar. Los desempleados con mayores niveles de

deudas, presentan igualmente un mayor conflicto familiar. No obstante, no se observa una correlación significativa entre el total de deudas y los conflictos con los hijos o los problemas de éstos. De forma similar, tampoco existen correlaciones significativas entre el número de recortes que la familia ha realizado desde que comenzó la crisis económica y las variables de conflicto familiar analizadas (Ver tabla 2.1).

Tabla 2.1

Correlaciones entre conflicto familiar y deudas en sujetos desempleados

	1	2	3	4	5	6
Conflicto pareja	1	.416**	.687**	.242**	.179**	.040
Conflicto con hijos	.416**	1	.247**	.587**	.022	.020
Problemas pareja	.687**	.247**	1	.247**	.247**	.098*
Problemas hijos	.242**	.584**	.247**	1	.109	.059
Total de Deudas	.179**	.022	.204**	.109	1	0.99
Total de Recortes	.040	.020	.098*	.059	0.99	1

(* $p < .05$; ** $p < .001$)

Nota. 1=conflicto de pareja; 2= conflicto con hijos; 3=problemas pareja; 4=problemas hijos; 5=total deudas; 6=total recortes.

En segundo lugar, se analizó si existían diferencias en los niveles de conflicto familiar, en función de la situación laboral y el sexo de los participantes (ver tabla 2.2). Los resultados del análisis no muestran efectos principales de ambas variables (situación laboral y sexo) y tampoco efectos de interacción en ninguna de las variables de conflicto analizadas.

Tabla 2.2

Diferencias entre empleados y desempleados en conflicto familiar, en función del sexo.

	Empleados		Desempleados		Comparación (F)		
	M	DT	M	DT	Situación	Sexo	Situación*sexo
Conflicto pareja	2,93	2.35	2.87	2.47	.014	.073	.037
Conflicto hijos	2.06	1.29	1.98	1.17	.150	.002	.282
Problemas pareja	1.94	1.81	2.05	1.97	.307	.149	.005
Problemas hijos	3,87	2,78	2.97	1.92	3.31	.118	.958

Aunque los resultados no muestran efectos principales o de interacción en los niveles de conflicto con la pareja y la situación laboral o el sexo, tal y como se puede observar en la figura 2.1, las mujeres que están desempleadas obtienen puntuaciones más bajas de conflicto con la pareja que las mujeres que están trabajando. En el caso de los varones, la tendencia es contraria, los hombres desempleados obtienen puntuaciones ligeramente más elevadas de conflicto que aquellos que están trabajando.

Cuando se analiza la figura 2.2, se puede observar que los niveles de conflictos con los hijos en las mujeres desempleadas son mayores que en el caso de los hombres. Sin embargo, cuando los varones están trabajando, el nivel de conflicto con los hijos es mayor que en el caso de las mujeres que igualmente trabajan.

En la figura 2.3 se representan los problemas de la pareja en función del sexo y la situación laboral de los participantes. Los datos reflejan que los problemas de pareja, tanto en los participantes desempleados como los que tienen empleo, son mayores en el caso de las mujeres. No obstante, la tendencia es similar en hombres y en mujeres, con respecto a la situación laboral. Esto es, las parejas de los participantes desempleados, independientemente de su sexo, presentan más problemas que las parejas de los participantes que tienen empleo. Aunque como el ANOVA ha reflejado, estas diferencias no son significativas. Algo similar ocurre en relación con los problemas manifestados por los hijos, ya que los sujetos desempleados, independientemente de su sexo, informan que sus hijos tienen menos problemas de conducta o escolares, que los participantes que tienen empleo (figura 2.4).

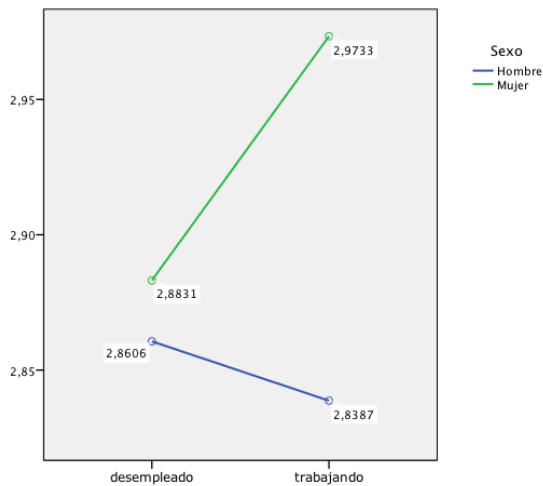


Figura 2.1. Conflictos con la pareja en función del sexo y la situación laboral

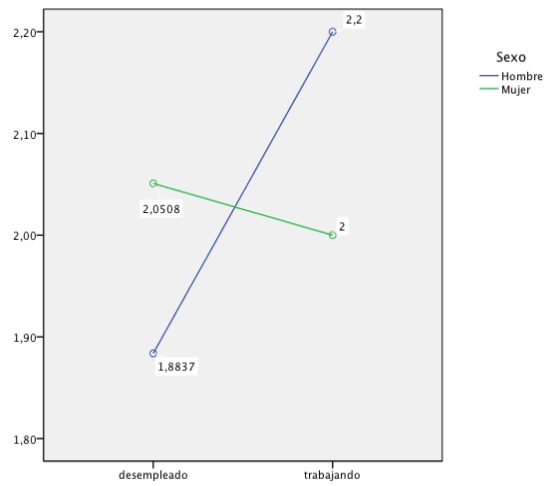


Figura 2.2. Conflictos con los hijos en función del sexo y la situación laboral

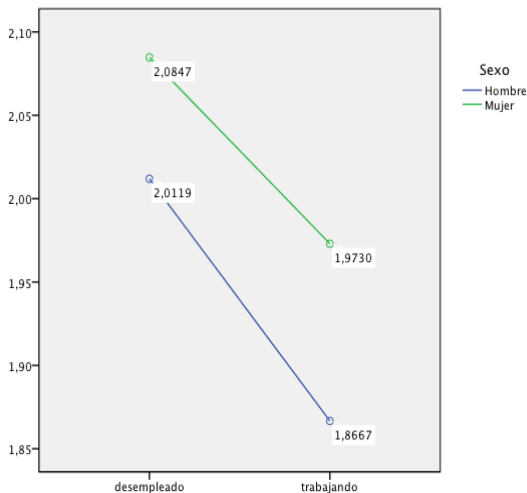


Figura 2.3. Problemas de la pareja en función del sexo y la situación laboral

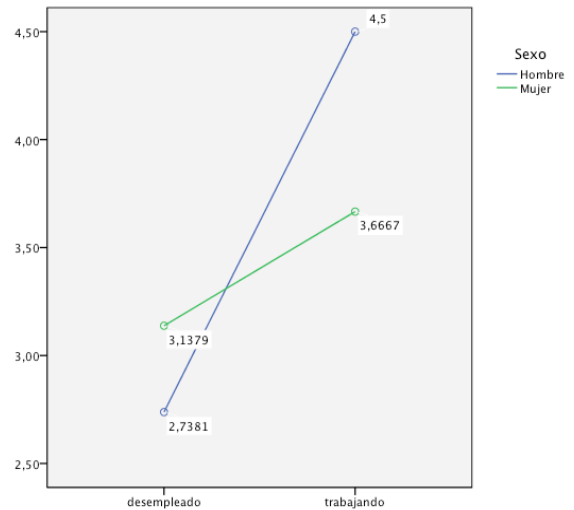


Figura 2.4. Problemas de los hijos en función del sexo y la situación laboral

Por otra parte, se analizaron algunas variables de economía familiar. En este sentido se les preguntó a los participantes el número de deudas que tenían, su nivel de ahorros y si habían recortado en gastos en los últimos 6 meses. Tal y como se puede observar en la tabla 2.3, los datos reflejan que no existen diferencias significativas en el nivel de deudas en función de la situación laboral o el sexo de los entrevistados. No obstante, aunque tanto en hombres como en mujeres el nivel de deudas es menor en los sujetos que están trabajando, estas diferencias son mayores en el caso de las mujeres (ver figura 2.5).

Tabla 2.3

Niveles de deudas, ahorros y recortes en función de la situación laboral y el sexo

	Empleados		Desempleados		Comparación (F)		
	M	DT	M	DT	Situación	Sexo	Situación*sexo
Deudas	.48	0.68	0.58	0.81	0.60	0.35	0.45
Ahorros	2.89	1.68	1.93	1.30	48.70**	8.47**	5.95*
Recortes	2.24	1.53	3.04	1.79	11.94**	0.34	0.13

(* $p < .05$; ** $p < .001$)

En el caso del nivel de ahorros, los datos muestran efectos principales en la variable situación laboral, siendo más alto el nivel de ahorros en sujetos con empleo. Igualmente, los datos muestran efectos principales de la variable sexo, los hombres indican mayores niveles de ahorros que las mujeres. Igualmente, se observan efectos de interacción entre la situación laboral y el sexo de los participantes. Como se puede observar en la figura 2.6, cuando los sujetos están desempleados, presentan unos niveles bajos de ahorros con medias muy similares en hombres y mujeres. Por el contrario, cuando se encuentran trabajando, las medias de los hombres son significativamente más elevadas que las medias de las mujeres.

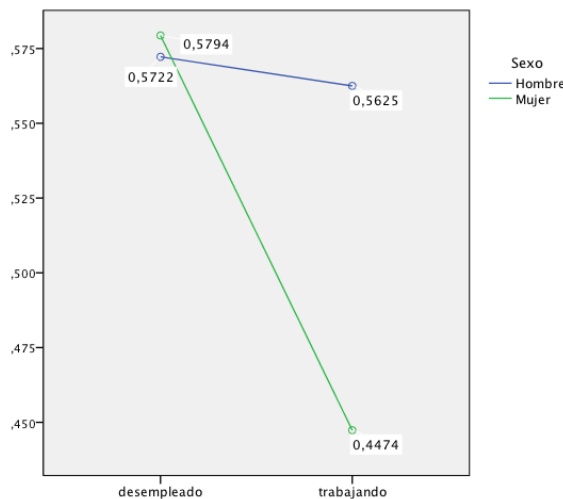


Figura 2.5. Nivel de deudas en función de la situación laboral y el sexo.

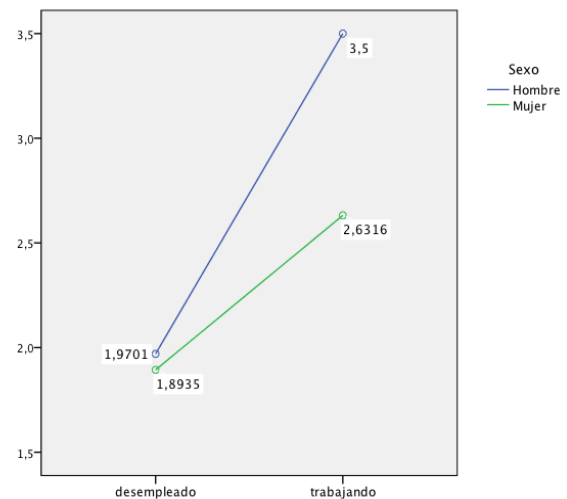


Figura 2.6. Nivel de ahorros en función de la situación laboral y el sexo.

Finalmente, en cuanto al número de recortes que la familia ha debido realizar en los últimos 6 meses, los datos muestran efectos principales en situación laboral, no mostrándose efectos principales para la variable sexo o efectos de interacción entre la situación laboral y el

sexo. En este sentido, los participantes desempleados presentan significativamente un mayor número de recortes que los sujetos con empleo. Aunque no de manera significativa, las mujeres presentan un mayor nivel de recortes que los hombres y esta diferencia es mayor cuando se encuentran en situación de empleo (figura 2.7).

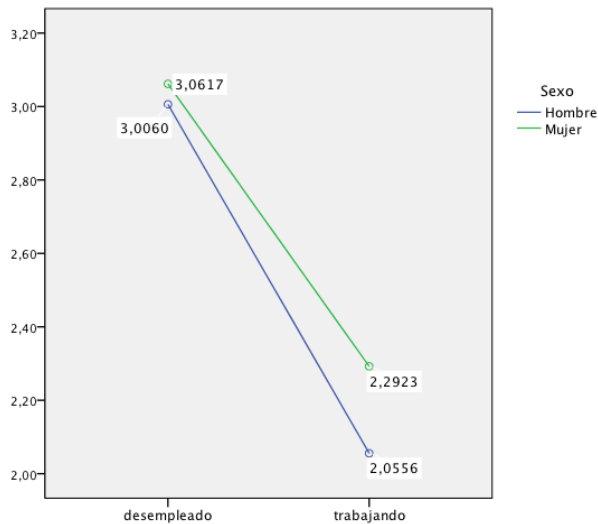


Figura 2.7. Número medio de recortes en función de la situación laboral y el sexo.

Por otra parte, cuando se analiza el nivel de conflicto familiar general en función del nivel de ahorros y de la existencia de deudas, los resultados no muestran diferencias significativas en conflicto familiar general en función de que los desempleados tengan o no deudas $t_{(368)}=3.27$, $p=.071$. Igualmente, tampoco existen diferencias significativas en conflicto familiar en función de que existan niveles bajos, medios o altos de ahorros $F_{(2,319)}=3.27$, $p=.071$. No obstante, los sujetos con niveles altos de ahorros presentan niveles de conflicto más bajo, aunque no en un nivel significativo (figura 2.8).

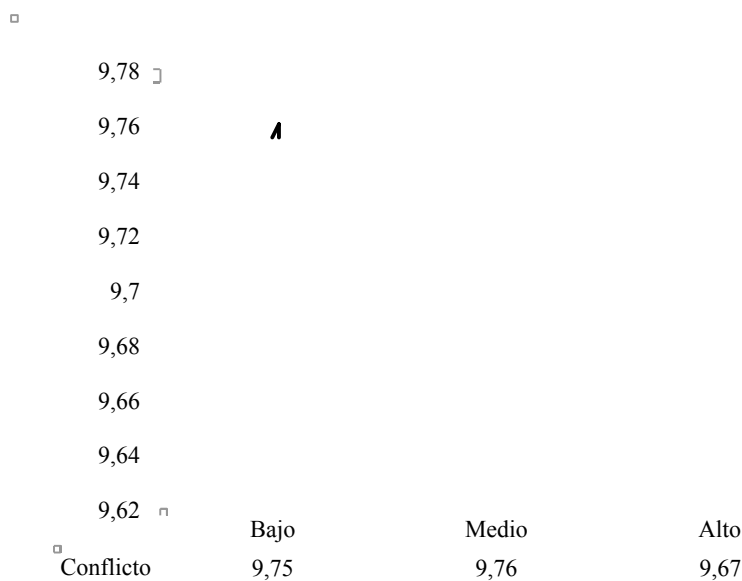


Figura 2.8. Grado de conflicto familiar en función de el nivel de ahorros.

Con el objetivo de comprobar si el nivel educativo de los participantes podía establecer diferencias con respecto al nivel de conflicto familiar o las variables económicas analizadas como el número de deudas, los recortes que se han tenido que realizar, o el nivel de ahorros, se realizó un ANOVA y las pruebas post hoc correspondientes.

Los resultados mostraron que el nivel educativo de los participantes agrupado en bajo (sin estudios o estudios primarios), medio (ESO, bachiller o Formación profesional) y alto (estudios universitarios) no establecía diferencias significativas con ninguna de las variables de conflicto familiar analizadas: conflicto con la pareja $F_{(2,511)}=1.00, p=.367$; conflicto con los hijos $F_{(2,119)}=3.14, p=.731$; Problemas de la pareja $F_{(2,518)}=2.78, p=.066$ y Problemas de los hijos $F_{(2,117)}=.494, p=.612$.

Por otra parte, al analizar las diferencias en las variables económicas analizadas en función del nivel educativo, Los ANOVAs realizados mostraron diferencias significativas en el número de deudas $F_{(2,551)}=31.89, p=.000$ y el nivel de ahorros $F_{(2,500)}=9.67, p=.000$. Por el contrario, no se observaron diferencias significativas en el número de recortes realizados $F_{(2,483)}=1.80, p=.166$. Las pruebas post hoc realizadas, en función de la homogeneidad de la varianza mostraron, en el total de deudas, diferencias significativas entre los participantes con

niveles de estudios bajos y los participantes con niveles de estudios medios y altos. Igualmente, se encuentran diferencias en deudas entre los niveles medios y altos. Los datos muestran que a mayor nivel educativo, las deudas son menores (ver tabla 2.4).

Tabla 2.4

Descriptivos sobre Deudas, recortes y ahorros en función del nivel educativo de los participantes

	Nivel	N	Media	D. Típica
Deudas	bajo	96	1.04	.951
	medio	120	.69	.868
	alto	338	.38	.616
	Total	554	.56	.782
Recortes	bajo	96	3.03	1.78
	medio	114	3.13	1.89
	alto	276	2.79	1.70
	Total	486	2.91	1.71
Ahorros	bajo	73	1.78	1.19
	medio	107	1.75	1.18
	alto	323	2.34	1.54
	Total	503	2.14	1.45

De forma similar, se encuentran diferencias en el número de ahorros entre los participantes con niveles de estudios altos y los que tienen estudios bajos o medios. Por el contrario, no se encuentran diferencias entre los participantes con niveles de estudios bajos y medios.

Discusión

Los resultados del estudio señalan una relación significativa entre las variables de conflicto familiar analizadas. En este sentido, las familias en las que existen niveles elevados de conflicto de pareja, incluyendo discusiones fuertes, presentan igualmente elevados conflictos con los hijos y problemas de comportamiento de éstos. Estos datos van en la línea de los estudios realizados sobre conflicto familiar, en los que se señalan que cuando los padres se relacionan de manera agresiva, los hijos suelen presentar conflictos más frecuentes e

intensos que en aquellas familias donde existe una relación positiva en la que los conflictos se solucionen a través de la comunicación y el acuerdo (Pérez y Aguilar, 2009). Igualmente, diferentes autores encontraron que en las familias, donde existe un clima familiar con altos índices de conflicto entre los padres, al tiempo que se utilizaban niveles elevados de castigo para controlar la conducta de los hijos, se relacionan de forma significativa con problemas de conducta y agresividad tanto en el hogar como en la escuela (Buehler y Gerard, 2002; Erath y Bierman, 2006).

Por otra parte, los resultados evidencian una relación significativa entre el conflicto familiar y el número de deudas de la unidad familiar. Los desempleados con un número elevado de deudas como puede ser la hipoteca, presentan niveles elevados de conflictos de pareja y de problemas de pareja relacionados con problemas de salud o pérdida de interés por actividades de la vida cotidiana. Estos resultados van en la línea de los encontrados por diferentes autores (Aytaç y Rankin, 2008; Kwon et al., 2003) quienes encontraron que la presión económica, entendida como problemas para llegar a final de mes o imposibilidad para pagar facturas, se relaciona con niveles elevados de ansiedad emocional que pueden generar conflictos de pareja e insatisfacción marital. Igualmente, Conger et al. (2010) confirman que el desempleo no tiene efectos únicamente para la persona desempleada sino que las parejas también sufren presiones que les puede llevar a experimentar cierta angustia emocional, problemas psicológicos e incluso comportamientos de pareja hostiles.

Los resultados del estudio llevan a rechazar la primera hipótesis de investigación (H1). Al contrario que en diversas investigaciones previas (Atkinson, Liem y Liem, 1986; Dew, Bromet y Schulberg, 1987; Elder y Caspi, 1988; Jackson y Walsh, 1987; Liem y Liem, 1988; Liem y Rayman, 1982; Moen, 1979; Moen, Kain y Elder, 1983; Nowak y Snyder, 1984; Ponnet, 2014; Ponnet et al., 2013; Voydanoff y Donnelly, 1988), al analizar, en el presente estudio, si existían diferencias entre los empleados y los desempleados en el nivel de conflicto

familiar, los resultados no reflejan que el estado de desempleo tenga efectos significativos en el nivel de conflicto familiar. Igualmente, tampoco se observan diferencias en conflicto familiar en función del sexo, ya sea teniendo en cuenta la situación laboral o sin tenerla en cuenta. De esta forma, se debe rechazar en parte la tercera hipótesis (H3) referida a que existirán diferencias de sexo en el nivel de conflicto familiar. No obstante, los resultados reflejan que las mujeres desempleadas presentan puntuaciones más bajas de conflicto de pareja que las mujeres que están trabajando, mientras que la tendencia es contraria cuando se trata de los varones desempleados. Sin embargo, estas tendencias no llegan a ser significativas. Por otra parte, se debe aceptar en parte la tercera hipótesis, en lo referido a que existirán diferencias de sexo en las variables económicas. En este sentido, los resultados reflejan que las mujeres tienen menores niveles de ahorros que los hombres, aunque estas diferencias se ven especialmente marcadas cuando las mujeres están trabajando.

Sería interesante volver a analizar los datos sobre conflicto familiar con una muestra mayor, en sujetos desempleados de larga duración o controlando algunas variables mediadoras como son los recursos económicos con los que cuentan los desempleados. En esta línea, algunas investigaciones han demostrado que los efectos más negativos pueden aparecer después de 6 meses de duración del desempleo (Catalano, Dooley y Rook, 1987; Liem y Liem, 1988). Por otra parte, Briar (1987), encontró evidencias que mostraban que las personas que estaban algunas semanas sin trabajo, mientras cambiaban de empleo, consideraban la experiencia como positiva. Sin embargo, aquellas personas que estaban sin trabajar 15 semanas o más, o aquellos que no tenían recursos económicos para afrontar el estrés económico, el desempleo podría tener consecuencias muy negativas, tanto para el contexto familiar como personal.

Por otra parte, al analizar algunas variables económicas que podrían estar mediando en el grado de conflicto familiar, como es el nivel de ahorros con los que la familia cuenta para

afrontar la situación de desempleo, los datos reflejan que los desempleados tienen menos ahorros que los sujetos empleados, lo que puede generar un mayor nivel de estrés a la hora de afrontar los gastos cotidianos. Tal y como se han encontrado en diversas investigaciones, cuando no existen recursos económicos que puedan amortiguar el estrés del desempleo, las consecuencias pueden ser más adversas para los desempleados (Kwon et. al., 2003; Shelton, 1985; Turner, Kessler y House, 1991; Warr y Jackson, 1987). Igualmente, los sujetos que están desempleados informan que han realizado un mayor número de recortes tanto en alimentación, vestido, actividades sociales y de tiempo libre, que los sujetos que están trabajando. No obstante, no existen diferencias entre hombres y mujeres en relación al número de recortes.

En cuanto a los niveles de deudas, los resultados de la investigación no sugieren que los sujetos desempleados tengan un mayor número de deudas que los empleados. Igualmente, no existen diferencias entre hombres y mujeres en su nivel de endeudamiento.

Los datos del estudio llevan a rechazar la cuarta y quinta hipótesis (H4 y H5), ya que los resultados no muestran los efectos moderadores de las deudas y el nivel de ahorros en los niveles de conflicto familiar que presentan los desempleados. Aunque los datos reflejan que los sujetos con más ahorros presentan menos conflictos familiares, estas diferencias no resultaron significativas. Los resultados contradicen los encontrados por diversas investigaciones previas en las que se demuestra que las dificultades financieras aumentan la tensión y el estrés familiar dando lugar a conflictos en la pareja, problemas con los hijos e incluso conductas hostiles de éstos (Aytaç y Rankin, 2008; Miller y Taylor, 2012; Ponnet, 2014; Taylor, Budescu, Gebre, y Hodzic, 2014; Voydanoff, 1983; Warr y Jackson, 1987). De hecho, los padres que no tienen empleo y cuentan con un número elevado de deudas se pueden encontrar en estados de tensión muy elevados que le hacen no prestar demasiada atención al comportamiento de los hijos o no poder responder a sus demandas (Delgado et al., 2013).

Estas prácticas de crianza en las que los padres no son afectivos y no controlan la conducta de sus hijos pueden dar lugar a desórdenes conductuales, como el pobre control de los impulsos, la baja empatía y una dificultad para aceptar e interiorizar de normas (Patterson, 2002).

De forma similar, se acepta en parte la sexta hipótesis (H6) que afirmaba que el número de recortes se relaciona con el conflicto familiar. Los datos muestran que no existe una relación significativa con la mayoría de las variables de conflicto familiar, salvo con los problemas que presenta la pareja, cuya relación, aunque baja, es significativa. No obstante, estos resultados pueden estar relacionados con el hecho de que debido a la crisis económica, prácticamente la totalidad de la población ha realizado recortes, por lo que esta variable no marcaría diferencias entre sujetos empleados y desempleados.

Los resultados llevan a aceptar en parte la séptima hipótesis de investigación (H7) según la cual el nivel educativo de los participantes no influye en el conflicto familiar o en las variables económicas analizadas. Los datos reflejan que, efectivamente, el conflicto de pareja, el conflicto con los hijos, los problemas de pareja y los problemas de los hijos no están relacionados con el nivel educativo de los participantes. De forma similar, el número de recortes no es diferente en función del nivel de estudios. Sin embargo, los resultados muestran que las deudas de los participantes son menores a medida que aumenta el nivel de estudios, mientras que el nivel de ahorros es mayor en los participantes que tienen estudios universitarios.

Referencias

- Atkinson, T., Liem, R., y Liem, J. H. (1986). The social costs of unemployment: Implications for support. *Journal of Health and Social Behavior*, 27, 317-331.
- Aytaç, A. I., y Rankin, B. H. (2008). Unemployment, Economic Strain and Family Distress: The Impact of the 2001 Economic Crisis. *New Perspectives on Turkey*, 38, 181-203. doi:10.1017/S0896634600004970.
- Aytaç, A. I., Rankin, B. H., y Ibikoglu, A. (2015). The Social Impact of the 2008 Global Economic Crisis on Neighborhoods, Households, and Individuals in Turkey. *Social Indicators Research*, 124, 1–19.
- Bartoll, X., Palència, L., Malmusi, D., Suhrcke, M., y Borrell, C. (2014). The evolution of mental health in Spain during the economic crisis. *European Journal of Public Health*, 24(3), 415–418.
- Bluestone, M. H., y Harrison, B. (1982). *The deindustrialization of America: Plant closing, community abandonment and the dismantling of basic industry*. New York: Basic Books.
- Borrero, M. (1980). Psychological and emotional impact of unemployment. *Journal of Sociology and Social Welfare*, 7, 916-934.
- Brenner, M. H. (1979). Influence of the social environment on psychopathology: The historic perspective. En J. E. Barret (Ed.), *Stress and mental disorder*, (pp. 145-183). New York: Raven.
- Briar, K. (1987). Unemployment: Toward a social work agenda. *Social Work*, 28, 211-216.
- Broman, C. L., Hamilton, V. L., y Hoffman, W. (1990). Unemployment and Its Effects on Families: Evidence from a Plant Closing Study. *American Journal of Community Psychology*, 18(5), 643-659.

- Broman, C. L., Hamilton, V. L., y Hoffman, W. (1996). The Impact of Unemployment on Families. *Michigan Family Review*, 2(2),63-91.
- Buehler, C., y Gerard, J. M. (2002). Marital Conflict, Ineffective Parenting, and Children's and Adolescents' Maladjustment. *Journal of Marriage and Family*, 64(1), 78-92.
- Buffel, V., Van de Velde, S., y Bracke, P. (2015). The mental health consequences of the economic crisis in Europe among the employed, the unemployed, and the non-employed. *Social Science Research*, 54, 263-288.
- Catalano, R., Dooley, D., y Rook, K. (1987). A test of reciprocal risk between undesirable economic and noneconomic life events. *American Journal of Community Psychology*, 15, 633-651.
- Chase-Lansdale, P., Cherlin, A. J., Guttmanova, K., Fomby, P., Ribar, D., y Coley, R. (2011). Long-term implications of welfare reform for the development of adolescents and young adults. *Children and Youth Services Review*, 33(5), 678–688. doi:10.1016/j.childyouth.2010.11.016.
- Conger, R. D, Conger, K., y Martin, M. (2010). Socioeconomic status, family processes, and individual development. *Journal of marriage and the family*, 72, 685–704. doi:10.1111/j.1741-3737.2010.00725.x.
- Conger, R. D., y Elder, G. H., Jr. (1994). *Families in troubled times: Adapting to change in rural America*. New York: Aldine de Gruyter.
- Conger, R., Ge, X., Elder, G., Lorenz, F., y Simons, R. (1994). Economic stress, coercive family process, and developmental problems of adolescents. *Child Development*, 65, 541-561.
- Creed P. A., y Bartrum D. (2006). Explanations for deteriorating wellbeing in unemployed people: specific unemployment theories and beyond. En T. Kieselbach (Ed.),

- Unemployment and Health International and Interdisciplinary Perspectives*, (pp. 1-20).
Bowen Hills, Queensland: Australian Academic Press.
- Delgado, M., Killoren, S., y Updegraff, K. (2013). Economic hardship and Mexican-origin adolescents' adjustment: Examining adolescents' perceptions of hardship and parent-adolescent relationship quality. *Journal of Family Psychology*, 27(5), 827-837.
- Dew, M. A., Bromet, E. J., y Schulberg, H. C. (1987). A comparative analysis of two community stressors' long-term mental health effects. *American Journal of Community Psychology*, 15, 167-184.
- Dew, J., y Yorgason, J. (2010). Economic pressure and marital conflict in retirement-aged couples. *Journal of Family Issues*, 31, 164-188.
- Dollard, J., Doob, L., Miller, N. E., y Mowrer, O. H. (1939). *Sears R: Frustration and Aggression*. New Haven, CT: Yale University Press.
- Dooley, D., Catalano, R., y Hough, R. (1992). Unemployment and alcoholism in 1910 and 1990: Drift versus social causation. *Journal of Occupational and Organizational Psychology*, 65, 277-290.
- Duncan, G. J., y Brooks-Gunn, J. (2000). Family poverty, welfare reform, and child development. *Child Development*, 71(1), 188-196. doi:10.1111/1467-8624.00133.
- Elder, G. H., y Caspi, A. (1988). Economic stress in live: Developmental perspectives. *Journal of Social Issues*, 44(4), 25-45.
- Erath, S. A., y Bierman, K. L. (2006). Aggressive marital conflict, maternal harsh punishment, and child aggressive-disruptive behavior: evidence for direct and mediated relations. *Journal of Family Psychology*, 20(2), 217-226.
- Eurostat, (2013). *Employment and unemployment statistics*. Recuperado de: [http:// epp.eurostat.ec.europa.eu/ portal/ page/ portal/ employment_ unemployment_ ifs/ introduction](http://epp.eurostat.ec.europa.eu/portal/page/portal/employment_unemployment_ifs/introduction).

- Falconier, M., y Epstein, N. (2010). Relationship satisfaction in Argentinean couples under economic strain: Gender differences in a dyadic stress model. *Journal of Social and Personal Relationships*, 27, 781–799. doi:10.1177/0265407510373260
- Hayes, J., y Nutman, P. (1981). *Understanding the unemployed: The psychological effects of unemployment*. London: Tavistock.
- Jackson, P. R., y Walsh, S. (1987). Unemployment and family. En D. Fryer y P. Ullah (Eds.), *Unemployed people: Social and psychological perspectives*, (pp. 131-144). Philadelphia: Open University Press.
- Kasl, S., y Cobb, S. (1979). Some mental health consequences of plant closing and job loss. En L. Ferman and J. Gordus (Eds.), *Mental health and the economy*, (pp. 225-299). Kalamazoo, MI: Upjohn Institute.
- Kaufman, H. G. (1982). *Professionals in search of work: Coping with the stress of job loss and underemployment*. New York: John Wiley & Sons.
- Komarovsky, M. (1962). *Blue collar marriage*. New York: Random House.
- Kwon, H., Rueter, M. A., Lee, M., Koh, S., y Ok, S. W. (2003). Marital relationships following the Korean economic crisis: Applying the family stress model. *Journal of Marriage and Family*, 65, 316–325.
- Liem, R., y Liem, J. (1988). Psychological effects of unemployment on workers and their families. *Journal of Social Issues*, 44(4), 87-105.
- Miller, B., y Taylor, J. (2012). Racial and socioeconomic status differences in depressive symptoms among Black and White youth: An examination of the mediating effects of family structure, stress and support. *Journal of Youth and Adolescence*, 41(4), 426–437. doi:10.1007/s10964-011-9672-4.
- Nowak T. C., y Snyder, K. A. (1984). *Job loss, marital happiness and household tension: Do women fare better than men?* Paper presented at the Society for the Study of Social

- Problems Annual Meeting. San Antonio, TX.
- Patterson, G. (2002). The early development of coercive family processes. En J. B. Reid, G. R. Patterson, y J. Snyder (Eds.), *Antisocial behavior in children and adolescents: A developmental analysis and model for intervention*, (pp. 25–44). Washington, DC: American Psychological Association.
- Pearlin LI., y Radabaugh, C. W (1976). Economic strains and the coping functions of alcohol. *American Journal of Sociology*, 28, 652-663.
- Pérez, M., y Aguilar, J. (2009). Relaciones de conflicto padres-adolescentes con la flexibilidad familiar, comunicación y satisfacción marital. *Psicología y Salud*, 19(1), 111-120
- Ponnet, K. (2014). Financial Stress, Parent Functioning and Adolescent Problem Behavior: An Actor–Partner Interdependence Approach to Family Stress Processes in Low-, Middle-, and High-Income Families. *Journal of Youth and Adolescence*, 43, 1752–1769. doi: 10.1007/s10964-014-0159-y.
- Ponnet, K., Wouters, E., Goedemé, T., y Mortelmans, D. (2013). Family Financial Stress, Parenting and Problem Behavior in Adolescents: An Actor- Partner Interdependence Approach. *Journal of Family Issues*, 13, 1-24.
- Popovici, I., y French, M. T. (2013). Does unemployment lead to greater alcohol consumption? *Industrial Relations*, 52(2), 444-466.
- Shelton, B. (1985). The social and psychological impact of unemployment. *Journal of Employment Counseling*, 22(1), 18-22.
- Schlozman, K. L., y Verba, S. (1979). *Injury to insult: Unemployment, class and political response*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Schwartz, S. H., y Rubel-Lifschitz, T. (2009). Cross-national variation in the size of sex differences in values: Effects of gender equality. *Journal of Personality and Social*

- Psychology*, 97(1), 171–185. doi:10.1037/a0015546.
- Straus, M. A., Gelles, R. J., y Steinmetz, S. K. (1980). *Behind closed doors: Violence in the American family*. Garden City, NY: Doubleday, Anchor Press.
- Taylor, R., Budescu, M., Gebre, A., y Hodzic, I. (2014). Family financial pressure and maternal and adolescent socioemotional adjustment: Moderating effects of kin social support in low income African American families. *Journal of Child and Family Studies*, 23(2), 242–254. doi:10.1007/s10826-012-9688-8.
- Turner, J., Kessler, R., y House, J. (1991). Factors facilitating adjustment to unemployment: Implications for intervention. *American Journal of Community Psychology*, 19, 521-542.
- Vinokur, A., Price, R., y Caplan, R. (1996). Hard times and hurtful partners: How financial strain affects depression and relationship satisfaction of unemployed persons and their spouses. *Journal of Personality and Social Psychology*, 71, 166-179.
- Voydanoff, P. (1983). Unemployment: Family strategies for adaptation. En Figley y McCubbin (Eds.), *Stress and the Family* (Vol. 2, pp. 90-102). New York: Brunner/Mazel.
- Voydanoff, P., y Donnelly, B. W. (1988). Economic distress, family coping, and quality of family life. En P. Voydanoff y L.C. Majka (Eds.), *Families and economic distress: Coping strategies and social policy*, (pp. 97-115). Newbury Park, CA: Sage.
- Warr, P. B. (1987). *Work, unemployment and mental health*. Oxford: Oxford University Press.
- Warr, P. B., y Jackson, P. (1985). Factors influencing the psychological impact of prolonged unemployment and of re-employment. *Psychological Medicine*, 15, 795-807.

ESTUDIO 3

Efectos del desempleo sobre la salud percibida

Resumen

La población desempleada constituye uno de los grupos más vulnerables en la actual crisis económica. El impacto que la crisis puede tener sobre las personas sin empleo, va a depender de diferentes factores como la situación social y económica previa al desempleo, de los mecanismos de protección y ajuste personal y familiar, o de las políticas públicas que se ponen en marcha para estos colectivos. Los estudios sobre el impacto que las crisis económicas y el desempleo han tenido sobre la salud han sido múltiples y, en la mayoría de los casos, han mostrado los efectos perniciosos sobre enfermedades nerviosas, infecciosas o sobre la mortalidad en general. El presente estudio pretende analizar el nivel de salud percibida en una población desempleada, analizando al mismo tiempo el papel moderador que algunas variables familiares y económicas pueden jugar. Participaron 486 sujetos de edades comprendidas entre los 16 y los 65 años, de los que 383 estaban en situación de desempleo. Los resultados muestran que los sujetos desempleados presentan significativamente más problemas de salud percibida que los sujetos con empleo, no existiendo diferencias en función del sexo. Los problemas de salud que se manifiestan en mayor medida son los problemas de sueño y los problemas nerviosos. Igualmente, los datos reflejan que existe un efecto moderador del nivel de ahorros en la salud percibida. Los sujetos con niveles bajos de ahorros son los que presentan mayores niveles de problemas de salud percibida. Por el contrario, las relaciones familiares no se relacionan con los problemas de salud.

Palabras clave: desempleo, salud percibida, ahorros, conflicto familiar.

Introducción

Existe una preocupación creciente sobre los efectos que la recesión económica tiene sobre la salud. En España, una de las consecuencias de la recesión ha sido el gran incremento de los índices de desempleo, situándose en el año 2013 en torno a un 27% de la población general y un 57% de las personas con menos de 25 años (INE, 2013). La pérdida del puesto de trabajo constituye uno de los estresores más importantes que afectan a los individuos y a sus familias, y que no solo tienen efectos adversos asociados a la pérdida de ingresos.

El desempleo afecta a la salud física presentando una mayor probabilidad de enfermedades cardiovasculares (Griep, Hyde, Vantilborgh, Bidee, De Witte, Pepermans, 2014; Jin, Shah, y Svoboda, 1995; McKee-Ryan, Song, Wanberg, y Kinicki, 2005), trastornos psicosomáticos (Griep et al., 2014, Paul y Moser, 2009), aumento de la mortalidad (Bartley, Sacker, y Clarke, 2004; Roelf, Shor, Davidson, y Schwartz, 2011) y salud física subjetiva (Griep et al., 2014; McKee-Ryan et al., 2005). Igualmente, se ha mostrado que el desempleo se relaciona con determinados indicadores de problemas psicológicos como alcoholismo ansiedad, depresión o baja satisfacción vital (Battoll, Palencia, Malmusi, Suhrecke, y Borrell, 2014; Popovici y French, 2013; Urbanos-Garrido y Lopez-Valcarcel, 2014). En esta línea, los desempleados, sin expectativas de volver a trabajar, tienen mayor probabilidad de mostrar depresión en comparación con las personas que están trabajando (Dooley y Catalano, 1980; McLoyd, Jayaratne, Ceballo, y Borquez, 1994; Mohr y Otto, 2011; Wanberg, Kammeyer-Mueller, y Shi, 2001).

Algunas investigaciones han relacionado el desempleo con el aumento del índice de suicidios. En un estudio realizado en Andalucía, Cordoba-Doña, San Sebastián, Escobar, Martínez-Faure, y Gustafsson (2014) detectaron un importante aumento de las tasas de intento de suicidio, tras el comienzo de la crisis, tanto en hombres como en mujeres. Los intentos de suicidio se asociaron con el nivel de desempleo en los hombres, explicando casi la mitad de

los casos durante los cinco primeros años de la crisis económica. Las mujeres también estaban afectadas, aunque en su caso, los intentos de suicidio no pudieron asociarse directamente al desempleo. De forma similar, en un estudio realizado sobre el impacto del desempleo en las variaciones de la mortalidad por suicidio en los países del oeste de Europa, entre los años 2000-2010, los resultados mostraron un aumento significativo del 10% entre sujetos desempleados (Laanani, Ghosn, Jouglu, y Rey, 2015).

No obstante, existen diversos estudios que analizan la importancia que determinados factores personales como la edad y el sexo tienen para la salud. En esta línea, la mayoría de los estudios sugieren que los desempleados de media edad son los que tienen peor salud percibida que los desempleados más jóvenes (Kulik, 2001; Warr y Jackson, 1984; Winefield, Tiggemann, y Winefield, 1991). En cuanto al sexo, la mayoría de los estudios indican que el bienestar subjetivo de los hombres se ve más afectado frente a la pérdida del trabajo que en el caso de las mujeres (Michniewicz, Vandello, y Bosson, 2014). En este sentido, algunos investigadores como Ensminger y Calentano (1990) concluyen que estas diferencias de género en los problemas psicológicos y de bienestar, después de perder el empleo, se deben más a diferencias en los roles sociales de género que a diferencias intrínsecas o propias del sexo.

La pobreza, el desempleo y la salud mental son elementos que están muy relacionados. La pobreza genera ciertos niveles de estrés económico que pueden favorecer la aparición de problemas de salud mental como la ansiedad. También, es más probable que sufran, comparados con las personas que trabajan, sucesos estresantes, lo que eleva el riesgo de padecer depresión y desmoralización (Catalano, Dooley, y Rook, 1987; Griep et al., 2015). Esta combinación de estrés, desmoralización, y depresión puede, aparentemente, inducir hostilidad entre los miembros de la familia y reducir el apoyo entre ellos (Conger, Ge, Elder, Lorenz, y Simons, 1994; Vinokur, Price, y Caplan, 1996). Por otra parte, los efectos del

desempleo y la crisis no afectan únicamente a la persona desempleada sino que perturban significativamente a la salud de las familias, especialmente en aquellos miembros más vulnerables como son los hijos y las personas mayores (Fernández-Rivas y González-Torres, 2013; Rook, Dooley, y Catalano, 1991).

Briar (1987), examinando los efectos que originaba el desempleo, encontró evidencias que mostraban que las personas que estaban algunas semanas sin trabajo, mientras cambiaban de empleo, consideraban la experiencia como positiva. Sin embargo, para aquellos que estaban sin trabajar 15 semanas o más, o para los que no tenían recursos económicos para afrontar el estrés económico, el desempleo podría tener consecuencias muy negativas. Más preocupantes son las conclusiones de Briar (1987) cuando señala que las consecuencias de la pérdida del trabajo podrían hacerse irreversibles una vez superado un cierto “umbral crítico”.

Hablar de la salud y el bienestar es importante de cara a la vuelta al trabajo o al abandonar el desempleo, al respecto, Claussen, Bjorndal, y Hjort (1993) encontraron que los desempleados noruegos que muestran unos niveles de salud normales, tanto física como mental, aumentan su oportunidad de encontrar trabajo. En Holanda, Taris (2002) encontró que buenos niveles de salud mental incrementan la probabilidad de volver al trabajo en personas desempleadas. Estos hallazgos son contrastados, igualmente, por los trabajos llevados a cabo por Warr y Jackson (1985), Kessler, Turner, y House (1989), y Schaufeli y Van Yperen (1993). En esta línea, como señala Taris (2002) una peor salud mental reduce la capacidad de los desempleados para desenvolverse de forma activa en la búsqueda de un nuevo empleo, reduciendo por tanto las probabilidades de volver a trabajar.

También el impacto psicológico del desempleo se manifiesta externamente, las personas desempleadas perciben un aumento de enfermedades físicas y de complicaciones de salud (Schwarzer, Jerusalem, y Hann, 1994; Turner, 1995) y además están más expuestas a las conductas de riesgo como es el alcoholismo (Catalano, Dooley, Novaco, Wilson, y Hough,

1993; Claussen, 1999; Rasky, Stronegger, y Freidl, 1996; Viinamäki, Koskela, y Niskanen, 1993). Se podría argumentar que las personas con peor salud física se encuentran limitadas y esto da lugar a dificultades en la búsqueda de empleo.

Pero hablar de desempleo y salud o bienestar físico y psicológico exige hablar de recursos económicos, ingresos y ahorros, Jones (1992) señala la disponibilidad de ingresos como el determinante más importante en la manifestación de síntomas físicos y psicológicos, tras la pérdida del trabajo. Evidentemente, la disponibilidad de recursos financieros posibilita el acceso a otros recursos importantes, como son los alimentos, la vivienda, actividades de ocio, relaciones sociales y, en general, la seguridad física (Hobfoll, Freedy, Green, y Solomon, 1996; Ullah, 1990). Existe una relación positiva entre disponibilidad de recursos financieros y bienestar, así mismo existe una relación negativa entre la percepción de tensión financiera y bienestar durante el desempleo (Creed y Macintyre, 2001; Feather, 1989; Vinokur, Price, y Caplan, 1996).

El objetivo general de este estudio es analizar el nivel de salud percibida de los participantes en situación de desempleo. Específicamente, se pretende analizar si algunas variables económicas, como el nivel de ahorros, el número de deudas o los recortes que se realizan debido a la crisis económica y la situación laboral, se relacionan con la salud percibida de los participantes desempleados. Igualmente, se pretende conocer si el sexo de los participantes tiene relación con el nivel de salud percibida. Por otra parte, se tiene por objetivo analizar si la salud percibida de los desempleados se relaciona con el nivel de conflicto familiar.

Teniendo en cuenta estudios previos y los objetivos del trabajo, las hipótesis planteadas son las siguientes:

H1. Los sujetos que están en situación de desempleo presentarán niveles más elevados de problemas de salud percibida que los participantes empleados.

H2. Los sujetos en situación de desempleo con niveles más bajos de ahorros presentarán peor salud percibida.

H3. Los participantes desempleados que presentan mayores niveles de deudas o un número elevado de recortes, percibirán niveles elevados de problemas de salud.

H4. El sexo de los participantes no tendrá influencia en el nivel de salud percibida.

H5. Existe una relación positiva entre los problemas de salud percibida y el nivel de conflicto familiar.

Método

Participantes

En la presente investigación participaron un total de 486 sujetos, de edades comprendidas entre los 16 y los 65 años. 383 sujetos estaban en situación de desempleo (78.81%) y 103 se encontraban trabajando (21.19%). La distribución por sexo fue de 192 hombres (39.51%) y 294 mujeres (60.49%).

Instrumentos y variables

Para la recogida de la información sobre salud percibida de la población participante se realizó un cuestionario ad hoc, elaborado por el investigador, donde se recogía información de tipo sociodemográfica y se le preguntaba si en alguna ocasión había tenido alguno de los problemas de salud que se le indicaban, señalando cuando aparecieron. Las opciones de respuesta eran 0 Nunca, 1 Menos de un mes, 2 Menos de un año y 3 Más de un año. Por otra parte, en dicho cuestionario se recogía información sobre situación laboral actual, deudas pendientes, ahorros familiares o nivel de ingresos. Igualmente, se recogía información sobre situación familiar actual (ver anexo I).

En segundo lugar, se utilizó el Cuestionario de Estrés familiar de Broman, Hamilton y Hoffman (1990). Se trata de un cuestionario con 11 ítems, en los que se pregunta sobre el

nivel de conflicto con sus parejas y sus hijos, evaluando su frecuencia. Los participantes únicamente contestaban este cuestionario si estaban casados o con pareja y/o convivían con hijos. El cuestionario se compone de cuatro factores o escalas: conflicto con la pareja (3 ítems); conflicto con los hijos (2 ítems); problemas de la pareja (3 ítems); y problemas de los hijos (3 ítems). Los índices de fiabilidad de las escalas se pueden considerar adecuados, con índices de fiabilidad que se sitúan entre .80 y .75.

Los conflictos de pareja se miden por la frecuencia con la que se dan discusiones de pareja, si han producido gritos y/o insultos en las discusiones, e incluso si se ha llegado a perder el control en medio de una discusión. El conflicto con los hijos refleja la frecuencia con que se producen discusiones fuertes con los hijos, y si se ha llegado a perder el control al discutir con los hijos. Los problemas de la pareja, se reflejan por la frecuencia con la que la pareja presenta problemas o conflictos con familiares y vecinos, por una pérdida de interés en las tareas cotidianas, y por manifestar algún tipo de problemas de salud (psicofísico) del tipo: sueño, digestivo, nervioso. Los problemas de los hijos queda reflejada por la presencia de problemas en el rendimiento académico, problemas escolares, y por problemas de tipo emocional y del sueño.

Se realizaron dos versiones de ambos cuestionarios, una versión en papel, que se entregaba a los participantes para que la rellenaran durante aproximadamente 15 minutos o directamente se recogían los datos mediante una entrevista cerrada, y una versión *on line*, a través de la plataforma *Limesurvey* en la que los participantes rellenaban sus datos, pudiendo realizarse en una única sesión o en varias. En ambas versiones los participantes podían no rellenar algunos de los datos solicitados, si así lo consideraban oportuno, al considerar que algunos de ellos podían ser en alguna medida demasiado personales. Para obtener más información sobre los cuestionarios puede consultarse el Anexo I.

Procedimiento

Para la realización de la presente investigación, inicialmente se entró en contacto con empresas de distintos ámbitos y con cuatro oficinas de empleo de la ciudad de Granada, para obtener su colaboración. Elaborados los cuestionarios que se pretendían pasar, se llevaron a cabo un pequeño número de entrevistas para asegurarse que éstas eran comprensibles y de fácil realización para el público al que estaban destinadas. Posteriormente, se subsanaron los pequeños errores que se pudieron encontrar en los cuestionarios, como añadir opciones que no se habían contemplado con anterioridad y que, sin embargo, estaban presentes en la realidad o situación de algunos desempleados y desempleadas.

Una vez revisados los cuestionarios, y con un cuestionario final con el que recoger los datos, se organizaron las fechas de asistencias a las Oficinas de Empleo situadas dentro del casco urbano de Granada. Obtenidos los permisos pertinentes para la participación en la investigación, se recopilaban los datos, por diferentes procedimientos, con la intención de obtener un mayor número de participantes, tanto de empleados como desempleados. Por una parte, se pasaron los cuestionarios, a los usuarios que visitaban las oficinas de empleo, recopilando la información a través de una entrevista estructurada que tenía una duración aproximada de 15 minutos. De forma similar, se entregaron los cuestionarios en diferentes empresas y se recogieron pasados unos días para que los empleados tuviesen tiempo para contestar. Por otra parte, se enviaron los cuestionarios (mediante enlace), a personas que trabajaban en diversas empresas solicitándoles que, además de responder al cuestionario, en la medida de lo posible, reenviasen el enlace a personas que conocieran con edades comprendidas entre los 16 y 65 años.

Análisis de datos

En primer lugar se realizó un estudio preliminar de tipo descriptivo con el objetivo de explorar las puntuaciones medias y desviaciones típicas de los participantes en los niveles de salud percibida.

Posteriormente, se realizaron análisis de comparación de medias (t de *Student*) para comparar el nivel de salud percibido en cada uno de los ámbitos de salud analizados en función de la situación laboral (empleado o desempleado). Igualmente, se realizó la t de *Student* para analizar la existencia de diferencias en salud total percibida considerando que los participantes tuviesen o no deudas.

Por otra parte, se realizó un ANOVA factorial 2x2 para analizar la salud percibida total en función de la situación laboral de los participantes y el sexo. Igualmente, se realizó un ANOVA unifactorial para analizar la existencia de diferencias en salud percibida en función del nivel de ahorros de los participantes, categorizados como bajos (menos de 1000 €), medios (entre 1000 € y 6000 €), y altos (más de 6000 €) y en función de la edad de los desempleados (16-25 años; 26-39 años; 40-54 años; 55 o más). Igualmente, se realizaron pruebas post hoc de *Bonferroni* para determinar los niveles de las variables que eran significativas.

Finalmente, se realizaron análisis correlacionales (r de Pearson), para establecer las relaciones entre las diferentes variables de conflicto familiar o nivel de recortes familiares y la salud percibida.

Los análisis de datos se ejecutaron mediante el programa estadístico IBM SPSS Statistics 20.0. para Mac.

Resultados

Los participantes desempleados que presentaban algún tipo de problemas de salud son un 65.50% (n=262), mientras que los empleados con problemas de salud representan un 49.63% (n=68). Los resultados de la prueba de diferencia de medias en cada uno de los problemas de salud percibida, entre los empleados y desempleados, no muestran diferencias significativas en ninguno de los problemas analizados (tabla 3.1).

Tabla 3.1

Comparación en problemas de salud entre participantes empleados y desempleados.

Problemas salud	Situación	M	DT	t	p
Sistema Nervioso	Desempleado	0.89	1.12	0.68	.494
	Empleado	1.00	1.26		
Sistema Muscular	Desempleado	0.81	1.13	0.11	.912
	Empleado	0.82	1.27		
Sistema Circulatorio	Desempleado	0.30	0.85	1.25	.213
	Empleado	0.46	1.04		
Sistema Óseo	Desempleado	0.51	1.03	0.89	.373
	Empleado	0.38	0.96		
Piel	Desempleado	0.51	1.03	0.17	.868
	Empleado	0.53	1.09		
Sueño	Desempleado	0.94	1.08	0.94	.350
	Empleado	0.79	1.20		
Sistema digestivo	Desempleado	0.67	1.05	0.15	.880
	Empleado	0.65	1.18		
Alimentación	Desempleado	0.43	0.94	0.86	.394
	Empleado	0.23	0.71		

Los sujetos empleados y desempleados presentan medias similares en problemas musculares, problemas relacionados con la piel o problemas del sistema digestivo. No obstante, existen medias ligeramente superiores en problemas de sueño y alimentación en los participantes sin empleo. Por el contrario, las medias son ligeramente mayores en los sujetos empleados en los problemas relacionados con el sistema circulatorio o el sistema nervioso (figura 3.1).

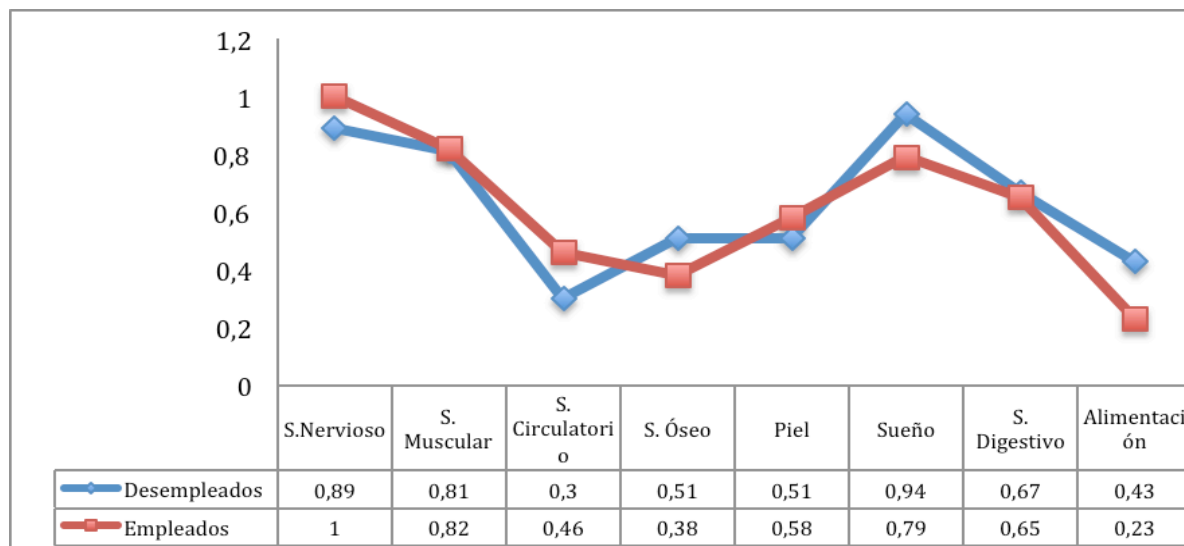


Figura 3.1. Media en problemas de salud percibida de empleados y desempleados.

Por otra parte, al considerar todos los problemas de salud en su totalidad (suma de cada una de la tipología de problemas), se observa que los sujetos desempleados presentan significativamente más problemas de salud percibida que los sujetos con empleo. No existen diferencias significativas en la salud, en función del sexo y tampoco se observan diferencias de interacción entre la situación laboral y el sexo (tabla 3.2).

Tabla 3.2

ANOVA de las diferencias en total de salud percibida en función del sexo y la situación laboral

	Desempleados		Empleados		Comparación (F)		
	M	DT	M	DT	Situación	Sexo	Situación*sexo
Hombre	14.20	1.47	13.48	1.85	5.32*	0.11	.017
Mujer	14.35	0.91	13.55	1.74			

(* $p < .05$)

Por otra parte, al centrarse únicamente en los participantes desempleados, el análisis descriptivo de los datos muestra que los problemas que los desempleados manifiestan en mayor medida son (tabla 3.3): problemas de sueño (29.8%); problemas musculares (23.3%); problemas nerviosos (19.6%); y problemas digestivos (19.1%).

Tabla 3.3

Problemas de salud de los participantes desempleados

Problemas	Duración	N	%
Digestivos	Menos de 1 mes	33	8.3
	Menos de 1 año	18	4.5
	Más de 1 año	25	6.3
Musculares	Menos de 1 mes	30	7.5
	Menos de 1 año	27	6.8
	Más de 1 año	36	9.0
Circulatorios	Menos de 1 mes	8	2.0
	Menos de 1 año	3	0.8
	Más de 1 año	21	5.3
Huesos	Menos de 1 mes	16	4.0
	Menos de 1 año	10	2.5
	Más de 1 año	32	8.0
Piel	Menos de 1 mes	13	3.3
	Menos de 1 año	9	2.3
	Más de 1 año	23	5.8
Sueño	Menos de 1 mes	53	13.5
	Menos de 1 año	34	8.5
	Más de 1 año	31	7.8
Nerviosos	Menos de 1 mes	46	11.5
	Menos de 1 año	31	7.8
	Más de 1 año	29	7.3

Al analizar los problemas de salud percibida en función de la rangos de edad de los desempleados, los datos reflejan diferencias significativas entre los diferentes grupos de edad $F_{(3, 230)}=4.89$, $p=.003$. Los análisis pos hoc mostraron diferencias significativas entre los desempleados entre 16 y 25 años y los que tienen 40-54 años y 55 o más edad. Los desempleados más jóvenes obtienen puntuaciones significativamente más bajas en salud percibida que los desempleados de más edad (figura 3.2).

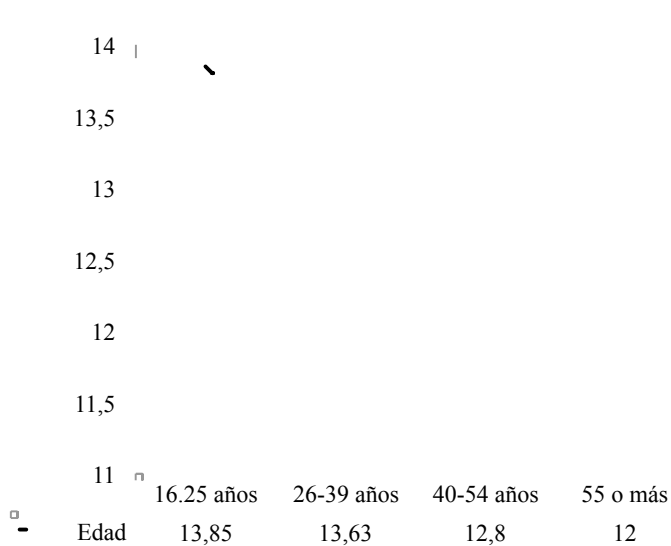


Figura 3.2. Media en problemas de salud percibida en desempleados en función de la edad.

Por otra parte, tomando en consideración los problemas que han surgido durante el último año, los problemas de sueño ocupan el primer lugar, seguidos de los problemas nerviosos y los musculares. Los problemas que se manifiestan en menor medida son los circulatorios y de piel (figura 3.3).

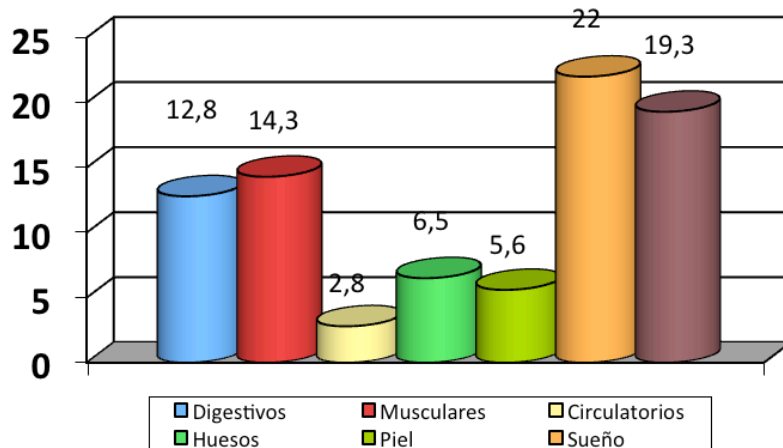


Figura 3.3. Problemas de salud percibida de los desempleados durante el último año

Por otra parte, al analizar las diferencias en problemas de salud percibida entre los sujetos empleados y desempleados en el último año, se comprueba que los sujetos desempleados manifiestan peor salud percibida total durante el último año (suma de los

diferentes problemas manifestados), que los sujetos con empleo (tabla 3.4). No se observan diferencias significativas en función del sexo.

Tabla 3.4

Diferencia entre empleados y desempleados en problemas de salud percibida de corta duración (menos de 1 año)

	Media	D.T	t	p
Desempleado	4,057	3,67	4.360	.000
Empleado	2,562	3,39		

Otra de las variables analizadas en el estudio fue el nivel de ahorros de los sujetos desempleados. Tal y como se pudo observar en la tabla 3.5, existen diferencias significativas en la salud percibida en función de los niveles de ahorros. Los sujetos desempleados con niveles bajos de ahorros (menos de 1.000 €) manifiestan significativamente una peor salud percibida que aquellos con ahorros medios (entre 1.000 € y 6.000 €) o altos (más de 6.000 €).

Tabla 3.5

Diferencias en salud percibida de los participantes desempleados en función del Nivel de ahorros.

Nivel ahorros	N	Media	D.T	F	p
Bajo	234	4.44	3.63	4.96	.008
Medio	70	2.96	3.62		
Alto	25	3.36	3.63		

No se observa relación entre la salud percibida de los desempleados y el nivel de conflictos de pareja $r_{(212)}=.050$, $p=.466$, el nivel de conflictos con los hijos $r_{(69)}=.036$, $p=.772$, efecto en la pareja $r_{(212)}=.078$, $p=.249$ o problemas de los hijos $r_{(67)}=.11$, $p=.368$.

Igualmente, no se encuentran diferencias significativas en la salud percibida de los desempleados y el hecho de tener o no deudas $t_{(230)}=0.44$, $p=.965$. Sin embargo, se observa

una correlación negativa significativa entre el número de recortes realizados en la familia y el total de problemas de salud $r_{(239)} = -.314, p = .000$

Discusión

Los resultados del estudio confirman la primera hipótesis (H1) ya que los sujetos que están en situación de desempleo indican tener más problemas de salud que los sujetos con empleo, en línea con investigaciones previas (Bambra y Eikemo, 2009; Gascón, Olmedo y Bermúdez, 2003). Los problemas de salud que presentan en mayor medida los desempleados que participan en el estudio, son los problemas de sueño, musculares, nerviosos y digestivos. Estos datos son coincidentes con los encontrados con otros autores que consideran que la pérdida del trabajo es una experiencia muy estresante que puede dar lugar a problemas como ansiedad, depresión, y una peor salud física (Hanisch, 1999; Latack, Kinicki y Prusia, 1995; Leana y Felman, 1994; Wanberg, et. al, 2001; Winefield, 1995).

No se encuentran diferencias entre hombres y mujeres en relación con los problemas de salud, confirmándose la cuarta hipótesis del estudio (H4). Estos resultados no van en la línea de estudios previos en los que se encuentra que la pérdida de empleo tiene un mayor impacto en los varones que en las mujeres (Ensminger y Celentano, 1990; Michniewicz et al., 2014; Van der Meer, 2014).

Cuando se analiza la salud percibida de los desempleados, los datos del estudio señalan que conforme la edad aumenta, especialmente a partir de los 40 años la percepción de salud es mejor. Estos resultados no son coincidentes con los encontrados en otras investigaciones que sugieren que los empleados de mediana edad son los que tienen peor salud percibida (Kulik, 2001; Warr y Jackson, 1994; Winefield et al., 1991). Sin embargo, son similares al estudio realizado por Ferreira et al. (2015) en Portugal, en la que los datos muestran una reducción en los problemas de salud, en la medida en que aumenta la edad de los desempleados. En este sentido, los autores concluyen que existen otros factores

contextuales que están en la base de la reducción de salud percibida y que tienen mayor peso, como puede ser el número de años sin tener empleo o el nivel de recursos económicos.

Según los datos obtenidos se confirma la segunda hipótesis de investigación (H2), existen diferentes factores que están relacionados con la salud percibida, especialmente, aquellos relacionados con el apoyo económico que reciben los desempleados y especialmente el nivel de ahorros que tienen en la época del desempleo. Existen diferencias significativas en la salud percibida de los desempleados en función del nivel de ahorros que tienen. Los sujetos con niveles bajos de ahorros, manifiestan significativamente una peor salud percibida que aquellos con ahorros medios o altos. Estos datos apoyan los resultados de Jones (1992) quien señala que existe una relación significativa entre la disponibilidad de ingresos con los que cuenta el desempleado y la manifestación de síntomas físicos y psicológicos tras la pérdida del trabajo. La posibilidad de poder hacer frente, durante un tiempo a las necesidades básicas como la alimentación o la vivienda, con los ahorros, reduce el nivel de tensión que puede producirse ante el desempleo, proporcionando una cierta seguridad y bienestar (Creed y Macintyre, 2001; Feather, 1989; Hobfoll et al., 1996; Ullah, 1990).

Por el contrario, los resultados muestran que el hecho de tener deudas como puede ser la hipoteca o algún tipo de crédito personal, no marca diferencias en la salud percibida de los desempleados. Sin embargo, el número de recortes que las familias han tenido que realizar debido a su situación de pérdida del trabajo, como pueden ser privarse de algunos alimentos, ropa, reducir los viajes de ocio, el tabaco o las salidas con los amigos, se relacionan con la percepción de una peor salud, confirmándose en parte la tercera hipótesis de investigación (H3). Estos resultados confirman los encontrados por otros autores que muestran que el desempleo priva a los individuos de ingresos, el contacto social fuera de la familia, el estatus y prestigio o las oportunidades para contribuir a la sociedad, lo que aumenta la frustración y los problemas de salud (Griep et al., 2015; Paul y Batinic, 2010).

En cuanto a la quinta hipótesis (H5) que relacionaba el nivel de conflicto familiar con los problemas de salud percibida, los resultados nos llevan a rechazar la hipótesis de partida, ya que aquellas familias que presentan niveles más elevados de conflictos de pareja o tienen frecuentes discusiones con los hijos, no se relacionan con un mayor número de problemas de salud.

Referencias

- Bambra C, y Eikemo TA (2009) Welfare state regimes, unemployment and health: a comparative study of the relationship between unemployment and self-reported health in 23 European countries. *Journal Epidemiology Community Health* 63(2), 92–98. doi:10.1136/jech.2008.077354.
- Bartley M, Sacker A, y Clarke P (2004) Employment status, employment conditions, and limiting illness: prospective evidence from the British household panel survey 1991–2001. *Journal Epidemiology Community Health*, 58(6), 501–506.
- Bartoll, X., Palencia, L., Malmusi, D., Suhrcke, M., y Borrell, C. (2014). The evolution of mental health in Spain during the economic crisis. *European Journal of Public Health*, 24(3), 415–418. doi:10.1093/eurpub/ckt208.
- Briar, K. (1987). *Social work and the unemployed*. Silver Spring, MD: National Association of Social Workers.
- Broman, C. L., Hamilton, V. L., y Hoffman, W. (1990). Unemployment and Its Effects on Families: Evidence from a Plant Closing Study. *American Journal of Community Psychology*, 18(5), 643-659.
- Catalano, R., Dooley, D. Navaco, R., Wilson, G., y Hough, R. (1993). Using the ECA data to examine the effect of job layoff on violent behavior. *Psychiatric Services*, 44, 874-878.
- Catalano, R., Dooley, D., y Rook, K. (1987). A test of reciprocal risk between undesirable economic and noneconomic life events. *American Journal of Community Psychology*, 15, 633-651.
- Claussen, B. (1999). Alcohol disorders and re-employment in a 5-year follow-up of long-term unemployed. *Addiction*, 94, 133-138.
- Claussen, B., Bjørndal, A., y Hjort, P.F. (1993). Health and re-employment in a two year follow up of long unemployed. *Journal of Epidemiology Community Health*, 47, 14-18.

- Conger, R., Ge, X., Elder, G., Lorenz, F., y Simons, R. (1994). Economic stress, coercive family process, and developmental problems of adolescents. *Child Development*, 65, 541-561.
- Cordoba-Doña, J.A., San Sebastián, M., Escobar-Pujolar, A., Martínez-Faure, J.E., y Gustafsson, P. (2014). Economic crisis and suicidal behaviour: the role of unemployment, sex and age in Andalusia, Southern Spain. *International Journal for Equity in Health*, 13, 1-55.
- Creed, P.A., y Macintyre, S.R. (2001). The relative effects of deprivation of the latent and manifest benefits of employment on the well-being of unemployed people. *Journal of Occupational Health Psychology*, 6, 324-331.
- Dooley, D., y Catalano, R. (1980). Economic changes as a cause of behavioral disorder. *Psychological Bulletin*, 87, 450-468.
- Ensminger, M. E., y Celentano, D. D. (1990). Gender differences in the effect of unemployment on psychological distress. *Social Science and Medicine*, 30(4), 469-477.
- Feather, N.T. (1989). Reported changes in behaviour after job loss in a sample of older unemployed men. *Australian Journal of Psychology*, 41, 175-185.
- Fernández-Rivas, A. y González-Torres, M.A (2013). The economic crisis in Spain and its impact on the mental health of children and adolescents. *European Child and Adolescent Psychiatry*, 22, 583-586. doi 10.1007/s00787-013-0465-z
- Ferreira, J.A., Reizle, M., Lee, B., Freitas, R.A., Santos, E.R., Alcoforado, L., y Vondracek, F.W. (2015). Configurations of unemployment, reemployment, and psychological well-being: A longitudinal study of unemployed individuals in Portugal. *Journal of Vocational Behavior*, 91, 54-64. doi: <http://dx.doi.org/10.1016/j.jvb.2015.09.004>

- Gascón, S., Olmedo, M., Bermúdez, J., García-Campayo, J., y Ciccotelli, H. (2003). Estrés por desempleo y salud. *Cuadernos de Medicina Psicosomática y Medicina de Enlace*, 66, 9-18.
- Griep, Y., Hyde, M., Vantilborgh T., Bidee J., De Witte H., y Pepermans R. (2014) Voluntary work and the relationship with unemployment, health and well-being. A two-year follow-up study contrasting a materialistic and psychosocial pathway perspective. *Journal Occupational Health Psychology*. doi:10.1037/a0038342
- Griep, Y., Kinnunen, U., Nätti, J., De Cuyper, N.D., Mauno, S., Mäkikangas A., y De Witte, H. (2015). The effects of unemployment and perceived job insecurity: a comparison of their association with psychological and somatic complaints, self-rated health and life satisfaction. *International Archives of Occupational and Environmental Health*, 16, 15-19. doi I 10.1007/s00420-015-1059-5
- Hanisch, K.A. (1999). Job loss and unemployment research from 1994 to 1998: A review and recommendations for research and intervention. *Journal of Vocational Behavior*, 55, 188-220.
- Hobfoll, S., Freedy, J., Green, B., y Solomon, S. (1996). Coping in reaction to extreme stress: The roles of resource loss and resource availability. En M. Zeidner y N. Endler (Eds.), *Handbook of coping : Theory, research, applications* (pp. 322-349). New York: Wiley.
- INE (2013) Encuesta de población Activa. INE: Madrid.
- Jin, R.L., Shah, C.P., y Svoboda, T.J. (1995). The impact of unemployment on health: A review of the evidence. *Canadian Medical Association Journal*, 153, 529-540.
- Jones, L. (1992). Specifying the temporal relationship between job loss and consequences: implications for service delivery. *Journal of Applied Social Sciences*, 16. 37-62.

- Kessler, R.C., Turner, J.B., y House, J.S. (1989). Unemployment, reemployment, and emotional functioning in a community sample. *American Sociological Review*, 54, 648-657.
- Kulik, L. (2001). Impact of length of unemployment and age on jobless men and women: A comparative analysis. *Journal of Employment Counseling*, 38, 15–27. <http://dx.doi.org/10.1002/j.2161-1920.2001.tb00489.x>.
- Laanani, M., Ghosn, W., Jouglu, E., y Rey, G. (2015). Impact of unemployment variations on suicide mortality in Western European countries (2000-2010). *Journal of Epidemiological Community Health*, 69, 103-109.
- Latack, J.C., Kinicki, A.J., y Prussia, G.E. (1995). An integrative process model of coping with job loss. *Academy of Management Review*, 20, 311-342.
- Leana, C.R., y Feldman, D.C. (1994). *The psychology of job loss*. New York: Lexington Books.
- McKee-Ryan, F., Song, Z., Wanberg, C. R., y Kinicki, A. J. (2005). Psychological and physical well-being during unemployment: a meta-analytic study. *Journal of Applied Psychology*, 90, 53–76
- McLoyd, V., Jayaratne, T., Ceballo, R., y Bohórquez, J. (1994). Unemployment and work interruption among African American single mother: Effects on parenting and adolescent socioemotional functioning. *Child Development*, 65, 562-589.
- Michniewicz, K. S., Vandello, J. A., y Bosson, J. K. (2014). Men's (mis) perceptions of the gender threatening consequences of unemployment. *Sex Roles*, 70, 88–97. <http://dx.doi.org/10.1007/s11199-013-0339-3>.
- Mohr, G., y Otto, K. (2011). Health effects of unemployment and job insecurity. En A.S. Antoniou y C. Cooper (Eds.), *New directions in organizational psychology and behavioral medicine* (pp. 289-311). Gower Publishing: Surrey.

- Paul K.I., y Batinic, B. (2010). The need for work: Jahoda's latent functions of employment in a representative sample of the German population. *Journal of Organizational Behavior*, 31, 45–64.
- Paul, K. I., y Moser, K. (2009). Unemployment impairs mental health: Meta-analyses. *Journal of Vocational Behavior*, 74, 264-282.
- Popovici, I., y French, M. T. (2013). Does unemployment lead to greater alcohol consumption? *Industrial Relations*, 52(2), 444–466. doi: 10.1111/irel. 12019.
- Rasky, E., Stronegger, W. J., y Freidl, W. (1996). Employment status and its health-related effects in rural Styria, Austria. *Preventive Medicine*, 25, 757-763.
- Roelfs D.J, Shor E, Davidson K.W, y Schwartz J.E (2011) Losing life and livelihood: a systematic review and meta-analysis of unemployment and all-cause mortality. *Social Science Medicine*, 72(6), 840–854. doi:10.1016/j.socscimed.2011.01.005
- Rook, K. Dooley, D., y Catalano, R. (1991). Stress transmission: The effects of husbands' job stressor on the emotional health of their wives. *Journal of Marriage and family*, 53, 165-177.
- Schaufeli, W.B., y van Yperen, N.W. (1993). Success and failure in the labour market. *Journal of Organizational Behavior*, 14, 559-572.
- Schwarzer, R., Jerusalem, M., y Hahn, A. (1994). Unemployment, social support and health complaints: A longitudinal study of stress in East German refugees. *Journal of Community and Applied Social Psychology*, 4, 31-45.
- Taris, T. W. (2002). Unemployment and mental health: A longitudinal perspective. *International Journal of Stress Management*, 9, 43-57
- Turner, J. B. (1995). Economic context and the health effects of unemployment. *Journal of Health and Social Behavior*, 36, 213-229.

- Ullah, P. (1990). The association between income, financial strain and psychological well-being among unemployed youths. *Journal of Occupational Psychology*, 63, 317-330.
- Urbanos-Garrido, R. M., y Lopez-Valcarcel, B. G. (2014). The influence of the economic crisis on the association between unemployment and health: an empirical analysis for Spain. *European Journal Health Economy*, 16(2), 175-184. doi:10.1007/s10198-014-0563-y
- Van der Meer, P. H. (2014). Gender, unemployment and subjective well-being: Why being unemployed is worse for men than for women. *Social Indicators Research*, 115, 23–44. doi:10.1007/s11205-012-0207-5.
- Vinokur, A., Price, R., y Caplan, R. (1996). Hard times and hurtful partners: How financial strain affects depression and relationship satisfaction of unemployed persons and their spouses. *Journal of Personality and Social Psychology*, 71, 166-179.
- Wanberg, C. R., Kammeyer-Mueller, J. D., y Shi, K. (2001). Job loss and the experience of unemployment: International research and perspective. En N. Anderson, D.S. Ones, H.K. Sinangil, y C. Viswesvaran (Eds.), *International handbook of work and organizational psychology* (Vol. 2, pp. 253-269). London, United Kingdom: Sage.
- Warr, P., y Jackson, P. (1984). Men without jobs: Some correlates of age and length of unemployment. *Journal of Occupational Psychology*, 57, 77–85.
- Warr, P.B., y Jackson, P.R. (1985). Factors influencing the psychological impact of prolonged unemployment and of re-employment. *Psychological Medicine*, 15, 795-807.
- Viinamäki, H., Koskela, K., Niskanen, L. (1993). The impact of unemployment on psychosomatic symptoms and mental well-being. *International Journal of Social Psychiatry*, 39, 266-273.

Winefield, A. (1995). Unemployment: Its Psychological cost. En C. L. Cooper y I.T. Robertson (Eds.), *International review of industrial and organizational psychology* (Vol. 10, pp. 169-211). Chichester, England: Wiley.

Winefield, A. H., Tiggemann, M., y Winefield, H. R. (1991). The psychological impact of unemployment and unsatisfactory employment in young men and women: Longitudinal and cross-sectional data. *British Journal of Psychology*, 82, 473–486.

ESTUDIO 4

**Estudio longitudinal de las familias afectadas por el
desempleo: relaciones familiares, economía y salud**

Resumen

La crisis económica actual en España determina, en gran medida, la existencia de un número muy elevado de desempleados que, en muchas ocasiones, permanecen en dicha situación durante un periodo elevado de tiempo. En el presente trabajo se realiza un estudio longitudinal de 36 meses de duración en el que se analiza la relación entre el desempleo, algunas variables de carácter económico, el nivel de conflicto en el seno de la familia y la salud percibida de los desempleados. En el estudio participan 383 desempleados en el primer momento de evaluación y 160 sujetos en el segundo momento de investigación, de edades comprendidas entre 16 y 65 años. Realizados los análisis descriptivos y de varianza correspondientes, los resultados muestran que un porcentaje elevado de los participantes no ha encontrado un trabajo estable. Por otra parte, la salud percibida de los desempleados es significativamente peor en el segundo momento de evaluación, presentando especialmente problemas relacionados con el sistema nervioso. En cuanto a las relaciones familiares, los resultados indican que los participantes desempleados presentan problemas de pareja y con los hijos con cierta frecuencia. No obstante, no se hallan diferencias significativas en el nivel de conflicto familiar entre ambos momentos de evaluación, lo que lleva a concluir que no existe un deterioro en las relaciones familiares que dependa únicamente de la situación de desempleo de larga duración.

Palabras clave: desempleo, relaciones familiares, economía, salud percibida

Introducción

La crisis financiera que comenzó en 2008 ha producido una situación laboral a nivel mundial que solo es comparable a la Gran Depresión de los años 30. El nivel de desempleo se ha incrementado de manera espectacular en algunos países como Estados Unidos, Nueva Zelanda, Grecia, Portugal, España y Taiwán. En el caso concreto de España, en el segundo trimestre de 2015 la cifra de desempleados alcanza la cifra de 5.149.000, representando una tasa del 22.37% de la población. Esta tasa afecta por igual a hombres y mujeres, y se distribuye por todos los sectores de producción. Algo muy preocupante es la situación analizada por unidades familiares, esto es, el número de hogares con todos sus miembros activos en paro ha aumentado situándose en la cifra de 1.657 (INE, 2015). Los efectos más inmediatos de la crisis económica actual incluyen el desempleo, el empobrecimiento de la población y la emigración (Quintana, González, y López-Valcárcel, 2009).

Los actuales conocimientos respecto a la pérdida del trabajo sugieren que tiene un impacto negativo de amplio espectro. Por ejemplo, el desempleo afecta a la seguridad económica de las familias (Farber 1993; Jacobson, LaLonde y Sullivan, 1993; Stevens, 1997) y esto se refleja en una reducción de los gastos generales de la familia (Urbanos-Garrido y Lopez-Valcarcel, 2014; Yeung y Hofferth, 1998) y, por lo tanto, a la reducción de la calidad de vida. La solicitud de ayudas sociales se ha incrementado significativamente en relación a los datos de años pasados. En un informe de Caritas (2013) se expone un aumento del número de solicitudes de ayudas sociales, siendo las demandas más frecuentes de las familias en temas relacionados con la alimentación, la vivienda, el empleo, el asesoramiento legal y apoyo psicológico. Por otra parte, en dicho informe, se señala que las principales causas de empeoramiento de la situación económica son, por este orden, el desempleo y la precarización de las condiciones laborales; el endeudamiento de los hogares (especialmente hipotecas de

vivienda); la insuficiencia del sistema de protección social (servicios y prestaciones) y la falta de apoyo familiar.

El desempleo y la pérdida del trabajo, además de tener un efecto directo sobre la situación económica de las familias, también afecta a la salud tanto física como psicológica de los adultos (Aslund, Starrin, y Nilsson, 2014; Kessler, Turner, y House 1989), a las relaciones de pareja (Conger y Elder, 1994), incrementándose la probabilidad de divorcios (Yeung y Hofferth, 1998).

Diversas investigaciones destacan el impacto que tiene la pérdida del trabajo sobre la situación familiar y han encontrado una relación positiva entre la pérdida del trabajo y el riesgo de divorcio (Charles y Stephens, 2004; Rege, Telle, y Votruba, 2007; Yeung y Hofferth, 1998) lo cual coloca en situación de riesgo el desarrollo de los hijos (Conger y Elder, 1994; McLoyd, 1998; McLoyd, Jayaratne, Caballo, y Bohórquez, 1994; Simons, Lin, Gordon, Conger, y Lorenz, 1999). Sin lugar a dudas, el efecto de la falta de trabajo sobre el bienestar de las familias y de los hijos nunca ha sido más relevante que en la situación actual de crisis económica-financiera.

Las evidencias muestran, cada vez más, que la pérdida del trabajo de los padres afecta negativamente al rendimiento escolar de los hijos (Kalil y Wighttman, 2009). El nivel de ingresos de los padres influye decisivamente en el rendimiento académico de los hijos y, en la situación actual, con las enormes diferencias existentes en los niveles de ingresos, es más importante que nunca comprender el impacto de la crisis económica, tanto sobre los padres como sobre los hijos y su futuras oportunidades (Mazumder 2008). En esta línea, diferentes investigaciones sugieren que la pérdida del trabajo reduce la capacidad de la familia para invertir en los recursos necesarios para promover el desarrollo cognitivo de los hijos y el rendimiento académico (Stephens, 2001; Yeung y Hofferth, 1998; Yeung, Linver, y Brooks–Gunn, 2002). No obstante, la influencia del desempleo en la familia se puede abordar desde

dos perspectivas fundamentales. La primera, analizándose desde el punto de vista económico y la segunda, desde un análisis psicológico de la situación.

Desde la perspectiva de la “inversión” económica propuesta por Becker y Thomas (1986), se postula que un trabajo inestable o la falta de éste limita los recursos económicos de la familia, concretamente los ingresos necesarios para adquirir unos bienes adecuados y de calidad (ej. alojamiento, escuela, alimentos, seguridad y otras actividades externas) que son fundamentales para el desarrollo adecuado de los hijos (Duncan y Brooks-Johnson, 1997). Pero no solo es importante el nivel de ingresos, también es fundamental la fuente de los mismos. Una disminución de las horas de trabajo y de los ingresos, esta asociada a un incremento de la dependencia y de la necesidad de asistencia pública (Yeung y Hofferth 1998) y esto se asocia con un descenso en el rendimiento académico de los hijos, quizás por el estigma social que supone (Morris, Duncan, y Rodríguez, 2004).

Desde la perspectiva psicológica o de “estrés familiar”, los estudios se han centrado en los recursos psicológicos y conductuales de los adultos como factor moderador entre las condiciones sociales negativas y el desarrollo infantil. Según este modelo, un trabajo inestable o la falta de trabajo constituye un estresor para los padres (Conger y Elder 1994; McLoyd et al, 1994), que a su vez inhibe el apoyo emocional e incrementa la aparición de conductas desadaptadas y erráticas en los padres. Una situación como ésta conlleva un peor ajuste en los hijos (Elder, Nguyen, y Caspi 1985; McLoyd, 1998).

Una tercera perspectiva teórica sugiere que observando las experiencias laborales de los padres, los hijos se forman una visión de su futuro económico, de sus oportunidades, y esto puede estar asociado con su rendimiento académico y sus actitudes hacia la consecución de logros. Los padres se constituyen en los modelos para el desarrollo de las actitudes y comportamientos de los hijos, cuando éstos han sido testigos de la pérdida del trabajo de los padres pueden estar más motivados en la escuela de cara a conseguir un trabajo mejor o mas

estable del que han sido capaces de obtener sus padres. A la inversa, los hijos con una percepción pesimista de las experiencias laborales de los padres, podrían reducir su motivación y llevar al absentismo escolar (Barling, Dupre, y Hepburn, 1998; Galambos y Silbereisen, 1978).

Además de las claras consecuencias que para las relaciones familiares tiene la pérdida de empleo, diferentes autores han encontrado que los desempleados sin expectativas de volver a trabajar, tienen mayor probabilidad de mostrar depresión en comparación con las personas que están trabajando (Backhans y Hemmingsson, 2011; Dooley y Catalano, 1980; McLoyd, et al., 1994). También, es más probable que sufran, comparados con las personas que trabajan, sucesos estresantes, lo que eleva el riesgo de padecer depresión y desmoralización (Catalano, Dooley, y Rook, 1987). Esta combinación de estrés, desmoralización, y depresión puede, en determinadas circunstancias, inducir hostilidad entre los miembros de la familia y reducir el apoyo entre ellos (Conger, Ge, Elder, Lorenz, y Simons, 1994; Vinokur, Price, y Caplan, 1996).

A pesar de los datos expuestos, los psicólogos muy raramente incluyen la variable económica en sus análisis. Por ejemplo, Warr y Jackson (1984) señalaron que el estrés financiero, entendido como presión del medio ambiente, ha sido estudiado menos que la tensión experimentada a esa presión. Igualmente, Payne y Hartley (1987) señalan la necesidad de dedicar una mayor atención a las circunstancias financieras y económicas de los desempleados.

Otra limitación de las investigaciones que analizan el efecto del desempleo es que, en pocas ocasiones, examinan a los desempleados después de un periodo de más de 6 meses (Catalano, 1991; Liem y Liem, 1988). Catalano et al. (1987) sugieren que se podrían haber subestimado los efectos a largo plazo de la pérdida del trabajo, porque la mayoría de las investigaciones efectúan las entrevistas durante los 6 meses posteriores a la situación de

desempleo, no recogiendo algunos de los problemas que se producirían con posterioridad. La pérdida del trabajo, normalmente, va seguida de un periodo durante el cual el trabajador recibe el seguro de desempleo. Por lo tanto, las secuelas más dramáticas ocurrirían después de las entrevistas.

Con la presente investigación se pretende conocer la situación económica de una muestra de desempleados, en diferentes momentos de su situación laboral, para conocer si estas condiciones son modificadas, en alguna medida, después de tres años de no conseguir un trabajo estable. Igualmente, se pretende conocer si la situación de desempleo de larga duración afecta tanto a variables de tipo familiar, como son las relaciones con la pareja o los hijos, como a variables de tipo personal como es la salud percibida o variables económicas como el nivel de ahorros, las deudas o los recortes de gastos.

Teniendo en cuenta estudios previos y los objetivos del trabajo, las hipótesis de estudio planteadas son las siguientes:

- H1. Existirá un elevado porcentaje de sujetos que siguen en situación de desempleo en el segundo momento de evaluación.
- H2. El porcentaje de mujeres que siguen en situación de desempleo, en el segundo momento de evaluación, será superior al porcentaje de hombres.
- H3. El nivel de conflicto familiar, entendido como conflictos de pareja y problemas con y de los hijos, habrá aumentado en el segundo momento de evaluación.
- H4. Los sujetos que continúan en situación de desempleo, en el segundo momento de evaluación, presentan mayores niveles de conflicto familiar que los sujetos que están empleados.
- H5. La salud percibida de los sujetos que continúan en situación de desempleo, en el segundo momento de evaluación, será peor que en el primer momento.

Método

Participantes

La presente investigación se realizó en dos momentos, por esta razón existen dos muestras diferentes. En el primer momento de recogida de datos (T_1) participaron 383 desempleados, de los que un 40.8% eran hombres y un 59.2% eran mujeres. Por otra parte, el 43.4% estaba casado o viviendo en pareja, un 52,6% era soltero o viudo y un 4% separado o divorciado. Igualmente, el 68.2% no tenían o no vivían con sus hijos y el 31.8 sí tenían hijos y vivían con ellos. En cuanto al rango de edad el 28.5% tenían entre 16-25 años, un 55.6% tenían entre 26-39 años, un 14.1% se situaban entre los 40-55 años y, finalmente, un 1.8%, tenían 55 o más años. En el segundo momento de recogida de datos (T_2) la muestra estuvo formada por 160 sujetos que contestaron la entrevista telefónica de los que inicialmente participaron en el primer momento de recogida de datos. La distribución por sexo, edad y situación familiar se puede observar en la tabla 4.1.

Tabla 4.1

Distribución de la muestra por sexo, edad, situación familiar e hijos en el segundo momento de evaluación (T_2)

		n	%
Sexo	Hombre	56	34.6
	Mujer	104	65.4
Edad	16-25 años	62	38.9
	26-39 años	82	51.6
	40-54 años	13	7.6
	> 55 años	3	1.9
Estado	Casado	57	35.6
	Soltero	99	61.9
	Separado	4	2.5
Hijos	Si	32	20.0
	No	128	80.0

Instrumentos

Para el primer momento de recogida de la información (T₁), de la muestra participante, se realizó un cuestionario ad hoc, elaborado por el investigador, donde se recogía información de tipo sociodemográfica y económica. En dicho cuestionario se recogía información sobre situación laboral actual, deudas pendientes, ahorros familiares o nivel de ingresos. Igualmente, se recogía información sobre situación familiar actual (ver anexo I). En segundo lugar, se utilizó el cuestionario de Estrés familiar de Broman, Hamilton y Hoffman (1990). Se trata de un cuestionario con 11 ítems, en los que se pregunta sobre el nivel de conflicto con sus parejas y sus hijos, evaluando su frecuencia. Los participantes únicamente contestaban este cuestionario si estaban casados o con pareja y/o convivían con hijos. El cuestionario se compone de cuatro factores o escalas: conflicto con la pareja (3 ítems); conflicto con los hijos (2 ítems); problemas de la pareja (3 ítems); y problemas de los hijos (3 ítems). Los índices de fiabilidad de las escalas se pueden considerar adecuados, con índices de fiabilidad que se sitúan entre .80 y .75.

Los conflictos de pareja se miden por la frecuencia con la que se dan discusiones de pareja, si han producido gritos y/o insultos en las discusiones, e incluso si se ha llegado a perder el control en medio de una discusión. El conflicto con los hijos refleja la frecuencia con que se producen discusiones fuertes con los hijos, y si se ha llegado a perder el control al discutir con los hijos. Los problemas de la pareja, se reflejan por la frecuencia con la que la pareja presenta problemas o conflictos con familiares y vecinos, por una pérdida de interés en las tareas cotidianas, y por manifestar algún tipo de problemas de salud (psicofísico) del tipo: sueño, digestivo, nervioso. Los problemas de los hijos queda reflejada por la presencia de problemas en el rendimiento académico, problemas escolares, y por problemas de tipo emocional y del sueño.

Se realizaron dos versiones de ambos cuestionarios, una versión en papel, que se entregaba a los participantes para que la rellenaran durante aproximadamente 15 minutos o directamente se recogían los datos mediante una entrevista cerrada, y una versión *on line*, a través de la plataforma *Limesurvey* en la que los participantes rellenaban sus datos, pudiendo realizarse en una única sesión o en varias. En ambas versiones los participantes podían no rellenar algunos de los datos solicitados, si así lo consideraban oportuno, al considerar que algunos de ellos podían ser en alguna medida demasiado personales. Para obtener más información sobre los cuestionarios puede consultarse el Anexo I.

En el segundo momento de la evaluación (T_2), se utilizaron los mismos instrumentos del primer momento de evaluación (T_1) a los que se añadieron una serie de preguntas más centradas en la situación de empleo o desempleo, como el tiempo que lleva desempleado, si ha tenido algún tipo de oferta de empleo o ayuda económica, si ha realizado cursos de formación, etc. (ver anexo II). En el segundo momento de la evaluación la información de los cuestionarios se recabaron a través de una entrevista telefónica estructurada, realizada por el investigador, de duración diversa en función del entrevistado.

Procedimiento

La presente investigación se ha desarrollado en dos momentos diferentes. En un primer momento (T_1), se entró en contacto con empresas de distintos ámbitos y con cuatro oficinas de empleo de la ciudad de Granada, para obtener su colaboración. Elaborados los cuestionarios que se pretendían pasar, se llevaron a cabo un pequeño número de entrevistas para asegurarse que éstas eran comprensibles y de fácil realización para el público al que estaban destinadas. Posteriormente, se subsanaron los pequeños errores que se pudieron encontrar en los cuestionarios, como añadir opciones que no se habían contemplado con anterioridad y que, sin embargo, estaban presentes en la realidad o situación de algunos desempleados y desempleadas.

Una vez revisados los cuestionarios, y con un cuestionario final con el que recoger los datos, se organizaron las fechas de asistencias a las Oficinas de Empleo situadas dentro del casco urbano de Granada. Obtenidos los permisos pertinentes para la participación en la investigación, se recopilaban los datos, por diferentes procedimientos, con la intención de obtener un mayor número de participantes, tanto de empleados como desempleados. Por una parte, se pasaron los cuestionarios, a los usuarios que visitaban las oficinas de empleo, recopilando la información a través de una entrevista estructurada que tenía una duración aproximada de 15 minutos. De forma similar, se entregaron los cuestionarios en diferentes empresas y se recogieron pasados unos días para que los empleados tuviesen tiempo para contestar. Por otra parte, se enviaron los cuestionarios (mediante enlace) a personas que trabajaban en diversas empresas solicitándoles que, además de responder al cuestionario, en la medida de lo posible, reenviasen el enlace a personas que conocieran con edades comprendidas entre los 16 y 65 años.

A los participantes se les solicitó que, si no tenían inconveniente, facilitaran un número de teléfono para poder contactar con ellos posteriormente y conocer su situación laboral. El 64% de los entrevistados facilitó este dato. En el segundo momento de evaluación (T₂), 36 meses después de la primera evaluación, se llamó telefónicamente a todos los desempleados que habían facilitado su teléfono, realizándose una entrevista, a los que se pudo localizar y quisieron contestar a la misma, en la que se recabó la información necesaria para conocer su situación laboral, familiar, económica y de salud después de los 36 meses (Anexo II).

Análisis de datos

Recogidos los datos, en primer lugar, se realizó un análisis descriptivo para analizar la situación laboral y las características en el resto de variables económicas, familiares y personales de los participantes después de 36 meses de la primera evaluación. Por otra parte,

para analizar las diferencias entre las fases de evaluación (T_1 y T_2) se realizaron ANOVAs de medidas repetidas. Igualmente, se realizó un ANOVA unifactorial para analizar la existencia de diferencias en salud percibida, en función de la edad de los desempleados (16-25 años; 26-39 años; 40-54 años; 55 o más), y la prueba post hoc de Bonferroni. Finalmente, para comprobar la posible influencia de las variables económicas o de sexo en el nivel de conflicto familiar o en salud percibida, se realizaron análisis de diferencias de medias, a través de la prueba t de *Student*.

Los análisis de datos se ejecutaron mediante el programa estadístico IBM SPSS *Statistics* 20.0. para Mac.

Resultados

Situación laboral y económica de los participantes

En un primer lugar, se quería conocer la situación actual de la muestra de los desempleados que contestó a la entrevista telefónica. Los resultados indican que un 58.41% (n=93) informa que ha cambiado su situación laboral y se encuentra con un contrato de trabajo. Un 34.37% (n=55) indica que sigue desempleado después de los 36 meses del primer momento de evaluación. El resto de entrevistados indican que han conseguido una beca (2.5%, n=4) que les proporciona algún tipo de ingreso, están estudiando pero sin ingresos (3.8%, n=6), están en situación de baja por discapacidad permanente (0.6%, n=1) o han abandonado el mercado laboral, pasando a ser ama de casa (0.6%, n=1). En cuanto a la distribución por sexo, los resultados señalan que el 58.18% de los hombres, que contestan a la encuesta telefónica, están en situación de empleados con contrato. En el caso de las mujeres el porcentaje es del 58.65% (ver tabla 4.2).

Tabla 4.2

Situación de los desempleados después de 36 meses distribuidos por sexo

		Sexo		Total
		Hombre	Mujer	
Trabaja con contrato	N	32	61	93
	%	33.7	66.3	100.0
Desempleado	N	21	34	55
	%	38.2	61.8	100.0
Becario	N	0	4	4
	%	0,0	100.0	100.0
Estudiante	N	2	4	6
	%	33,3	66.7	100.0
Incapacitado	N	1	0	1
	%	100.0	0.0	100.0
Ama de casa	N	0	1	1
	%	0,0	100.0	100.0
Total	N	55	104	160
	%	34.6	65.4	100.0

A la pregunta de cómo ha conseguido su trabajo, un 24.5% (n=23) indica que ha conseguido el trabajo al entregar su currículum vitae personalmente en las empresas o por amistades y contactos; convirtiéndose en autónomo es contestado por un 10.6% (n=10); contactando a través de la realización de prácticas de empresa en la Universidad de Granada lo indica un 8.5% (n=8); consiguiendo una beca o a través de internet es señalado por un 6.4% (n=6); aprobando unas oposiciones es indicado por el 5.3% (n=5), el mismo porcentaje que aquellos que señalan que han conseguido trabajo a través del INEM. Finalmente, un 4.3% (n=4) señalan que el empleo lo consiguieron entrando en una bolsa de empleo. A la pregunta de si hubiesen aceptado o aceptarían una oferta de empleo en el extranjero, el 54.9% contesta que sí lo haría.

Centrándose en los participantes que han señalado que se encuentran en situación de desempleo, un 74.5% (n=41) señalan que cuando sufrieron su despido le avisaron previamente sobre el mismo y le avisaron sobre los motivos del despido, frente a un 25.5%

(n=14) que señalan que no fueron avisados y tampoco le explicaron la motivación de dicho despido. Por otra parte, un 40% (n=22) indican que cuando sufrieron el despido, la empresa le ofreció volver cuando la motivación del despido cambiase, frente al 60% (n=33) que señalan que no fue así. Igualmente, los participantes desempleados señalan en un 61.8% (n=34) que en los últimos dos años han recibido alguna oferta de empleo. Estos participantes desempleados señalan en un 69.1% (n=38) que tienen esperanza de encontrar trabajo en los próximos seis meses. No obstante, el 85.5% (n=47) cree que el INEM no le ofrecerá o le ayudará a encontrar dicho empleo. Igualmente, cuando se les pregunta si, durante este tiempo, alguien le ha llamado preocupándose de su situación un 99.2% contesta que no ha sido así.

En relación a la realización de cursos de formación un 60% (n=47) indica que ha realizado algún curso, señalando un 63.6% (n=21), de los que han realizado dichos cursos, que son interesantes para encontrar trabajo o especializarse.

En el análisis de la situación económica de los participantes que señalan encontrarse en situación de desempleo, los datos indican que un 70.9% (n=39) ha obtenido algún tipo de ayuda o prestación del estado durante el tiempo que ha permanecido desempleado, cuantías que se sitúan entre 400 y 1.000 euros mensuales. Por otra parte, un 50.9% (n=28) indica que ha recibido ayuda externa por parte de miembros de la familia.

En cuanto a la disponibilidad de ahorros un 58.2% (n=32) señalan que disponen de ahorros y un 42.6% indican que tienen deudas. Por otra parte, un 89.1% (n=49) refleja que durante el tiempo de desempleo ha tenido que realizar recortes en sus gastos cotidianos.

Igualmente, los participantes señalan en un 43.6% (n=24) que conviven con otra persona desempleada, siendo un 22.2% (n=12) los que indican que esta persona percibe algún tipo de prestación.

Situación familiar de los participantes

Las preguntas relacionadas con la pareja fueron contestadas por las personas que en el segundo momento de evaluación (T₂) vivían en pareja (n=27). En el caso de las preguntas relacionadas con los hijos contestaron los participantes que tenían hijos y convivían con ellos (n=15).

Tabla 4.3

Relaciones familiares de los desempleados en T₂

		n	%
Problemas de pareja	Si	8	29.6
	No	19	70.4
Gritos o insultos en la pareja	Si	3	11.1
	No	24	88.9
Problemas con los hijos	Si	6	40
	No	9	60
Discusiones con los hijos	Si	6	40
	No	9	60
Problemas comportamiento de los hijos	Si	3	20
	No	12	80
Bajo rendimiento de los hijos	Si	0	0
	No	15	100

Los resultados muestran que un 29.6% tiene problemas de pareja, siendo un 11.1% los que pasan a gritar o insultar a la pareja de forma frecuente. Al analizar los resultados referidos a la relación con los hijos, un 40% señala que ha tenido problemas con los hijos que han resultado en fuertes discusiones con ellos. De forma similar, un 20% indica que sus hijos, durante el tiempo que han estado desempleados, han reflejado problemas de comportamiento como agresividad, negativismo o desobediencia continuada.

Para comprobar la existencia de cambios significativos en el nivel de conflicto familiar general, entre los diferentes momentos de evaluación T₁ y T₂, se realizó un ANOVA de medidas repetidas, utilizando la suma total de los conflictos (conflictos de pareja y conflictos

con los hijos). Los resultados muestran que no existen diferencias significativas entre ambos momentos $F_{(1,12)} = 4.10, p=.066$. No obstante, los participantes manifiestan un nivel menor de conflictos en el T₂ frente al T₁ (ver figura 4.1).

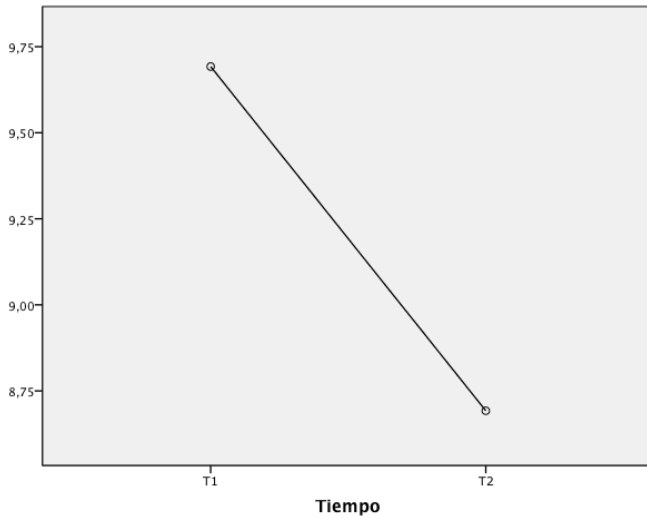


Figura 4.1. Nivel general de conflicto familiar en los participantes desempleados en los dos momentos de evaluación.

Por otra parte, al comparar el nivel general de conflicto familiar en el segundo momento de evaluación T₂ (figura 4.2.), los resultados muestran diferencias significativas entre los participantes empleados y desempleados. Los sujetos empleados obtienen puntuaciones significativamente más elevadas en conflicto familiar que los sujetos en situación de desempleo ($t_{(196)} = 3.86, p=.015$).

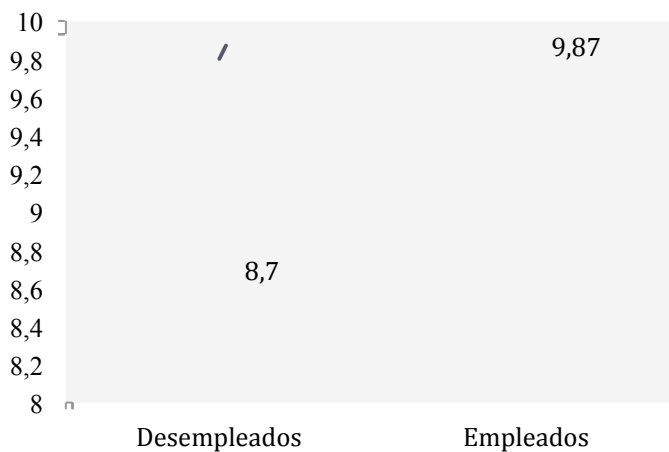


Figura 4.2. Medias en problemas de salud en T₂ de los desempleados y los empleados.

Al analizar el nivel de conflicto familiar, en función de algunas de las variables económicas evaluadas (tabla 4.4), se observa que existen diferencias significativas en el nivel de conflicto familiar, en función de que los desempleados dispongan de ahorros o tengan deudas pendientes. En este sentido, aquellos que disponen de ahorros tienen niveles de conflicto familiar más bajo que los que no disponen de ellos. Por otra parte, los desempleados con deudas pendientes presentan niveles más elevados de conflicto familiar que los que no tienen deudas. Las variables relacionadas con haber realizado recortes o recibir algún tipo de prestación, por parte del estado, no presentan diferencias significativas.

A la pregunta de si habían que tenido que cambiar de vivienda debido a su situación de desempleo un 20% (n=11) indican que sí, siendo un 25% (n=3) los que señalan que han tenido que mudarse a una vivienda más económica y un 45,5% (n=5) los que señalan que han tenido que volver a casa de sus padres o suegros.

Tabla 4.4

Nivel de conflicto familiar general de los desempleados (T2) en función de variables económicas

		M	DT	t	p
Dispone de ahorros	Si	9.00	1.41	2.10	.040
	No	9.65	0.90		
Tiene deudas	Si	9.90	0.30	4.24	.000
	No	8.69	1.55		
Ha realizado recortes	Si	9.47	1.08	1.59	.120
	No	8.67	1.75		
Recibe prestación	Si	9.50	1.17	0.43	.672
	No	9.33	1.20		

Salud percibida de los participantes

Otro de los objetivos de la investigación es conocer si una de las variables personales, como es la salud percibida, se resiente en sujetos que permanecen sin un empleo durante un

tiempo prolongado. Realizado el análisis de la salud percibida en los participantes que continúan desempleados después de 36 meses (n=55) los resultados muestran que un 56.36% (n=31) señalan que ha sufrido problemas de salud, relativamente importantes, durante el último año.

En este sentido, los problemas de salud que más se producen son los problemas nerviosos, ya que un 20% (n=11) de los desempleados señala que los padece con frecuencia, e incluso le han prescrito algún tipo de medicación para hacer frente a ellos. En esta línea, un 3.6% (n=2) indica que ha tenido, en alguna ocasión, ideas suicidas recurrentes debido a que le resultaba difícil encontrar salidas a sus problemas. Por otra parte, los problemas de sueño se presentan en un 7.3% (n=4) de los participantes, porcentaje similar a los problemas del sistema óseo. Finalmente, cuando se le pregunta cómo se siente con su situación actual de desempleo, un 70.9% (n=39) responde que se siente mal o muy mal y, únicamente, un 3.6% (n=2) indica que se siente relativamente bien.

Al analizar si habían existido cambios en la salud percibida de los sujetos desempleados desde el primer momento de evaluación (T_1) al segundo momento de evaluación (T_2), los resultados del ANOVA de medidas repetidas muestran diferencias significativas entre ambos momentos de evaluación $F_{(1,30)} = 105.62, p=.000$.

Los sujetos que siguen desempleados en el segundo momento de evaluación presentan puntuaciones significativamente más elevadas de problemas de salud percibida en el segundo momento de evaluación T_2 que en el primer momento de evaluación T_1 (figura 4.3).

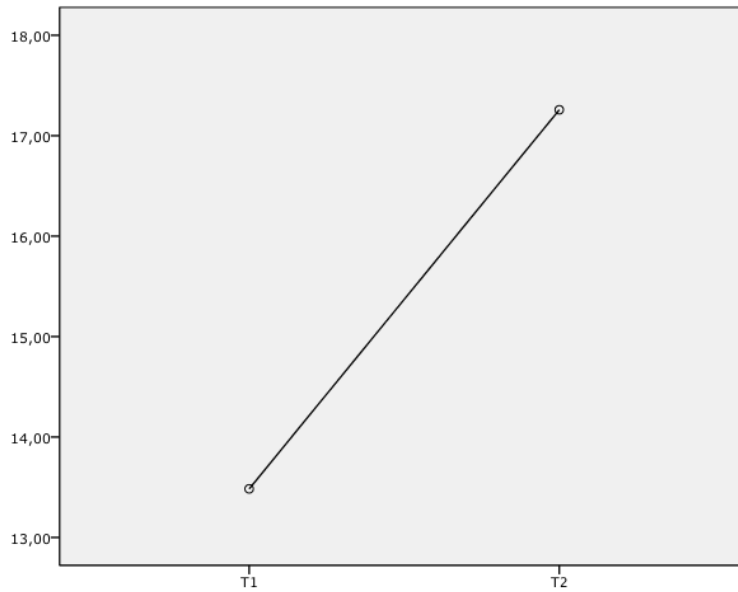


Figura 4.3. Suma de problemas de salud de los sujetos desempleados en los dos momentos de evaluación.

Cuando se analiza el nivel de problemas de salud percibida total de los desempleados, en el segundo momento de evaluación, en función de las variables económicas evaluadas, no se encuentran diferencias significativas en ninguna de dichas variables: disponer de ahorros ($t_{(53)} = 1.48, p=.144$); tener deudas ($t_{(54)} = 0.451, p=.654$); haber realizado recortes ($t_{(53)} = 0.34, p=.734$). Los problemas de salud percibida no son diferentes en función de dichas variables económicas.

Finalmente, las diferencias de medias en salud percibida en T₂, en función de la edad de los desempleados, señalan diferencias significativas ($F_{(3,54)} = 10.54, p=.000$). Las medidas post hoc muestran diferencias significativas entre los sujetos desempleados de 55 o más edad y el resto de grupos de edad (16-25 años; 26-39 años; 40-54 años). Igualmente, se establecen diferencias entre 26-39 años y 40-54 años. Estas diferencias indican que los sujetos de menor edad informan peor salud percibida que los sujetos de mayor edad (ver figura 4.4).

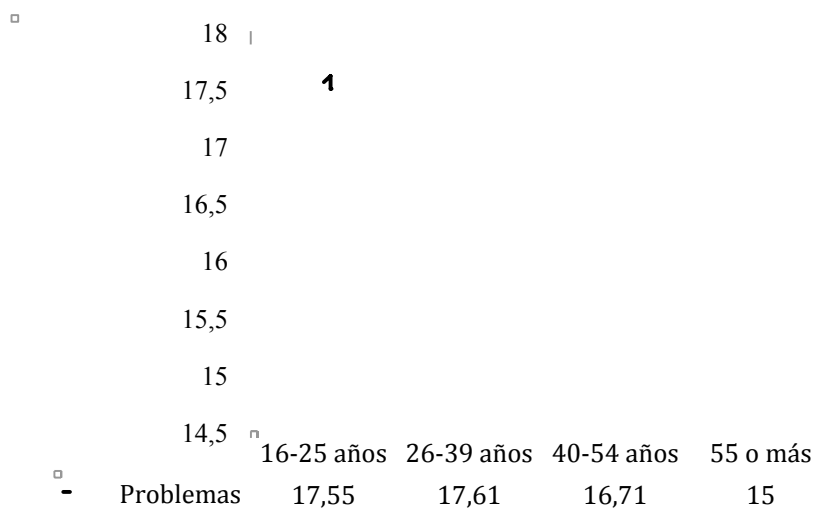


Figura 4.4. Medias en problemas de salud de los desempleados en función de la edad

Los datos no reflejan diferencia de medias en función del sexo en la salud percibida en la fase T₂ ($t_{(53)} = 0.49, p=.626$).

Discusión

Desde hace unos años, hablar de crisis y de los efectos del desempleo en la población española, es hablar de la principal preocupación para la mayoría de los ciudadanos, tal y como se refleja en las diferentes encuestas realizadas por el Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS).

La presente investigación tiene como objetivo analizar las características de una población, que en un primer momento se encontraba en situación de desempleo, después de pasados 36 meses sin encontrar un empleo estable. En líneas generales, el estudio refleja las consecuencias negativas que el desempleo de larga duración tiene en la población que lo sufre. La combinación de recesión y austeridad, en muchos países incluido España, ha creado desafíos para los desempleados que no tiene precedentes y que suponen un reto importante para ellos (Kentikelenis, Karanikolos, Reeves, McKee, y Stuckler, 2014).

Los resultados muestran que un porcentaje muy elevado de la muestra que estaban desempleados en el primer momento de evaluación (T_1) y que fueron entrevistados para la presente trabajo, siguen sin encontrar un empleo estable 36 meses después (T_2), suponiendo en torno a un 35% de los participantes. Estos resultados confirman la primera hipótesis de investigación (H1). Sin embargo, la segunda hipótesis del trabajo (H2), según la cual el porcentaje de mujeres que siguen en situación de desempleo, en el segundo momento de evaluación, será superior al porcentaje de hombres, no se confirma. El porcentaje de mujeres en T_2 que han cambiado su situación, trabajando con contrato, es muy similar al porcentaje de hombres. Este dato no está en la línea de las Encuestas de Población Activa (EPA) realizadas por el INE en las que los porcentajes de mujeres en situación de desempleo son sensiblemente superiores a los porcentajes de hombres. No obstante, la muestra del presente estudio es demasiado reducida para establecer conclusiones con cierta validez externa.

Por otra parte, los resultados muestran que existe un número muy elevado de desempleados a los que la empresa no les explicó el motivo de su despido, lo que puede provocar un estado de indefensión en el trabajador muy negativo para su salud física y psicológica. Igualmente, existe un alto porcentaje de trabajadores que durante los 36 meses previos a la entrevista realizada, en el segundo momento de evaluación, no han tenido ninguna oferta de empleo, lo que supone una pérdida de esperanza de encontrar un empleo estable algún día. Esta pérdida de esperanza puede dar lugar, tal y como han mencionado diferentes autores, a problemas de tipo nervioso como depresión, estrés, ansiedad (Catalano et al., 1987; Dooley y Catalano, 1980; McLoyd et al., 1994).

De hecho, los resultados de la presente investigación, muestran que los desempleados de larga duración empeoran la percepción de su salud, después de 36 meses sin encontrar un empleo estable, confirmándose la hipótesis de la investigación sobre salud percibida (H5). En

este sentido, un porcentaje muy elevado de los entrevistados en T₂ indica que en el último año ha sufrido problemas relativamente importantes de salud.

Los problemas que señalan en mayor medida son los relacionados con el sistema nervioso, hasta el punto de necesitar algún tipo de medicación para poder solventar dicho problema. En esta misma línea, investigaciones previas han mostrado que los desempleados de larga duración, sin expectativas de volver a trabajar en un periodo corto de tiempo, tienen mayor probabilidad de mostrar síntomas de depresión cuando se comparan con las personas que están trabajando (Catalano et al., 1987; Dooley y Catalano, 1980; McLoyd et al, 1994), igualmente, esta pérdida de trabajo se puede vivir como una situación estresante a la que no se puede hacer frente, provocando reacciones de ansiedad, depresión y un empeoramiento de salud física (Hanisch, 1999; Jin, Shah, y Svoboda, 1995; Latack, Kinicki, y Prusia, 1995; Leana y Felman, 1994; Wanberg, Kammeyer-Mueller, y Shi, 2001; Winefield, 1995). Los problemas de salud, no sólo tienen un alto coste para el sujeto que los sufre, sino que además suponen un coste social y económico ya que requieren de asistencia sanitaria continúa, tratamientos farmacológicos, psicológicos y asistenciales.

Sin embargo, los resultados del presente estudio no van en la línea de estudios previos en los que se demuestra que la salud y el bienestar físico y psicológico, dependen en gran medida de la disponibilidad de recursos financieros (Hobfoll, Freedy, Green, y Solomon, 1996; Ullah, 1990), estableciéndose una relación negativa entre percepción de tensión financiera y bienestar durante el desempleo (Creed y Bartrum, 2001; Feather, 1989). En este estudio la percepción de salud es similar en sujetos con niveles de ahorros y sin deudas que en aquellos desempleados que carecen de ahorros o tienen deudas mensuales. No obstante, estos resultados se deben matizar, ya que un porcentaje muy elevado de los participantes desempleados, ha percibido algún tipo de ayuda o prestación del estado o recibe ayuda por parte de algún familiar. Estas ayudas pueden favorecer que los participantes dispongan de

recursos financieros suficientes para acceder a las necesidades básicas como son la alimentación o la vivienda.

En cuanto a la edad y el sexo de los desempleados los resultados del presente estudio no confirman los encontrados en otras investigaciones en las que se muestra que los hombres de mediana edad sin empleo, tienden a sufrir un mayor deterioro en el bienestar psicológico que los hombres más jóvenes (Kulik, 2001; Warr y Jackson, 1984; Winefield, Tiggemann, y Winefield, 1991). Los resultados encontrados sugieren la tendencia contraria, siendo los más jóvenes los que manifiestan tener peor salud, tanto física como psicológica.

Por otra parte, según los datos del presente trabajo, tanto hombres como mujeres manifiestan niveles similares de salud percibida. Estos resultados no van en la línea de diversos estudios en los que se muestra que los hombres se ven más afectados por la pérdida del trabajo que las mujeres (Michniewicz, Vandello, y Bosson, 2014; Van der Meer, 2014).

Por otra parte, las potenciales consecuencias de la pérdida del trabajo y del desempleo de larga duración sobre las relaciones de pareja, deben ser tomadas en consideración por ser un factor importante desde la perspectiva del estrés familiar. Cuando la pareja experimenta problemas económicos lo sufre tanto desde el punto de vista individual como en la relaciones que establece con su pareja e hijos. El conflicto de la pareja constituye un elemento fundamental en el funcionamiento de la familia y son conocidas las consecuencias adversas que tiene en el ajuste y bienestar de los hijos (Cummings y Keller, 2007).

Los datos del estudio reflejan que los desempleados tienen, en un gran porcentaje, problemas de pareja reflejados en frecuentes discusiones de pareja, que en algunos casos llevan incluso a comunicarse mediante gritos o insultos. Estos resultados reflejan de forma similar los hallados por diferentes estudios en los que se demuestra el impacto negativo que las situaciones de desempleo tienen en la estabilidad familiar y las relaciones de pareja

(Conger y Elder, 1994), encontrando incluso relaciones positivas con la separación y el divorcio (Charles y Stephens, 2004; Rege et al., 2007; Yeung y Hofferth, 1998).

Dentro de las relaciones familiares, un porcentaje elevado de los desempleados de larga duración afirman que su contexto familiar existen discusiones con los hijos con cierta frecuencia. Cuando la familia es en cierto modo disfuncional, debido a situaciones económicas que producen estrés, no sólo se resienten las relaciones de pareja sino que la relación con los hijos puede verse deteriorada, tal y como señalan diversos autores (Conger y Elder, 1994; McLoyd, 1998; McLoyd et al., 1994; Simons et al, 1999).

Relacionado con los problemas familiares de los desempleados, algunas investigaciones concluyen que el desempleo puede estar directamente relacionado con un descenso en el rendimiento escolar de los hijos o el absentismo escolar (Galambos y Silbereisen, 1987; Kalil y Wighttman, 2009; Stephens, 2001; Yeung y Hofferth, 1998; Yeung et. al., 2002). Estos resultados de estudios previos, no están en línea con los encontrados en esta investigación ya que la totalidad de los entrevistados considera que sus hijos no han reducido su rendimiento académico, durante el tiempo que han permanecido en situación de desempleo. No obstante, esta falta de coincidencia debe tomarse con cautela ya que hay que tener en cuenta el número reducido de entrevistados que conviven con sus hijos, por lo que sería interesante, en futuras investigaciones, aumentar la muestra para comprobar si los resultados encontrados van en la misma línea. No obstante, algunas investigaciones como la realizada por Yeung et al. (2002) sugieren que el logro cognitivo y, por lo tanto, el rendimiento académico de los hijos, está relacionado con el nivel y estabilidad de los ingresos, aspectos que repercuten directamente en las inversiones realizadas en la formación de los hijos. Sin embargo, el ajuste emocional de éstos está más relacionado con las pautas de crianza que con las condiciones económicas.

Finalmente, los resultados del presente estudio nos llevan a rechazar la tercera y cuarta hipótesis de partida (H3 y H4). Los datos no sugieren que, después de pasar tres años sin encontrar un trabajo estable, las relaciones con la pareja y los hijos se vean significativamente deterioradas, ya que no hay un aumento considerable de la evaluación T_1 a la evaluación T_2 en conflicto familiar general. De forma similar, los participantes desempleados de larga duración no presentan niveles más elevados de conflicto familiar que los participantes empleados, por el contrario, los niveles de conflicto son significativamente más bajos.

Referencias

- Åslund, C., Starrin, B., y Nilsson, K. W. (2014). Psychosomatic symptoms and low psychological well-being in relation to employment status: The influence of socialcapital in a large cross-sectional study in Sweden. *International Journal for Equity in Health*, 13, 22. doi: 10.1186/1475-9276-13-22.
- Backhans, M. C., y Hemmingsson, T. (2011). Unemployment and mental health—Who is (not) affected? *European Journal of Public Health*, 22(3), 429–433. doi: <http://dx.doi.org/10.1093/eurpub/ckr059>.
- Barling, J., Dupre, K., y Hepburn, C. (1998). Effects of parents' job insecurity on children's work beliefs and attitudes. *Journal of Applied Psychology*, 83, 112-118.
- Becker, G.S., y Thomes, N. (1986). Human capital and rise and fall families. *Journal of Labor Economics*, 4, S1-S139.
- Broman, C. L., Hamilton, V. L., y Hoffman, W. (1990). Unemployment and Its Effects on Families: Evidence from a Plant Closing Study. *American Journal of Community Psychology*, 18(5), 643-659.
- Caritas (2013). VIII Informe del Observatorio de la Realidad social. https://www.caritas.es/memoria2013/pdf/MEMORIA_CARITAS_2013.pdf
- Catalano, R., Dooley, D., y Rook, K. (1987). A test of reciprocal risk between undesirable economic and noneconomic life events. *American Journal of Community Psychology*, 15, 633-651.
- Charles, K., y Stephens, M. (2004). Job displacement, disability, and divorce. *Journal of Labor Economics*, 22, 489-522.
- Conger, R., y Elder, G. (1987). *Families in troubled times*. New York: Aldine de Gruyter.
- Conger, R. D., y Elder, G. H. (1994). *Families in troubled times: adapting to change in rural America*. New York: Aldine de Gruyter.

- Conger, R., Ge, X., Elder, G., Lorenz, F., y Simons, R. (1994). Economic stress, coercive family process, and developmental problems of adolescents. *Child Development*, 65, 541-561.
- Creed, P. A., y Bartrum, D. (2006). Explanations for deteriorating wellbeing in unemployed people: specific unemployment theories and beyond. En T. Kieselbach, A. H Winefield, C. Boyd y S. Anderson (Eds.), *Unemployment and Health International and Interdisciplinary Perspectives*, (pp. 1-20). Bowen Hill, Australia: Australian Acad.
- Cummings, E. M., y Keller, P. S. (2007). How interparental conflict affects children. *Directions in Mental Health Counseling*, 17, 85-96.
- Dávila, C. D., y González, B. (2009). Crisis económica y salud. *Gaceta Sanitaria*, 23(4), 261-265.
- Dooley, D., y Catalano, R. (1980). Economic changes as a cause of behavioral disorder. *Psychological Bulletin*, 87, 450-468.
- Duncan, G., y Brooks-Gunn, J. (1997). *Consequences of growing up poor*. New York: Russell Sage Foundation.
- Elder, G. H., Nguyen, T., y Caspi, A. (1985). Linking family hardship to children's lives. *Child Development*, 56, 361-375.
- Farber, H. S. (1993). The incidence and cost of job loss: 1982-91. *Brooking Papers on Economic Activity*, 1, 73- 132.
- Feather, N. T. (1989). Reported changes in behaviour after job loss in a sample of older unemployed men. *Australian Journal of Psychology*, 41, 175-185.
- Galambos, N., y Silbereisen, R. (1987). Incomes change, parental life outlook, and adolescent expecatations for job success. *Journal of Marriage and the Family*, 49, 141-149.

- Hanisch, K. A. (1999). Job loss and unemployment research from 1994 to 1998: A review and recommendations for research and intervention. *Journal of Vocational Behavior*, 55, 188-220.
- Hobfoll, S., Freedy, J., Green, B., y Solomon, S. (1996). Coping in reaction to extreme stress: The roles of resource loss and resource availability. En M. Zeidner y N. Endler (Eds.), *Handbook of coping: Theory, research, applications* (pp. 322-349). New York: Wiley.
- Instituto Nacional de Estadística (2015). Encuesta de Población Activa, junio 2015. <http://www.ine.es/daco/daco42/daco4211/epa0215.pdf>
- Jacobson, L., LaLonde, R., y Sullivan, D. (1993). Earning losses of displaced workers. *American Economic Review*, 83, 685-709.
- Jin, R. L., Shah, C. P., y Svoboda, T. J. (1995). The impact of unemployment on health: A review of the evidence. *Canadian Medical Association Journal*, 153, 529-540.
- Kalil, A., y Wightman, P. (2009). *Parental job loss and children's educational attainment in black and white middle class families*. (National Poverty Center Working Paper Series No. 09-02). Ann Arbor, MI: National Poverty Center, University of Michigan.
- Kentikelenis, A., Karanikolos, M., Reeves, A., McKee, M., y Stuckler, D. (2014). Greece's health crisis: From austerity to denialism. *Lancet*, 383, 748–753. doi: 10.1016/S0140-6736(14)60742-X
- Kessler, R. C., Turner, J. B., y House, J. S. (1989). Unemployment, reemployment, and emotional functioning in a community sample. *American Sociological Review*, 54, 648-657.
- Kulik, L. (2001). Impact of length of unemployment and age on jobless men and women: A comparative analysis. *Journal of Employment Counseling*, 38, 15–27. doi: 10.1002/j.2161-1920.2001.tb00489.x.

- Latack, J. C., Kinicki, A. J., y Prussia, G. E. (1995). An integrative process model of coping with job loss. *Academy of Management Review*, 20, 311-342.
- Leana, C. R., y Feldman, D. C. (1994). *The psychology of job loss*. New York: Lexington Books.
- Mazumder, B. (2008). *Upward intergenerational mobility in the United States*. Washington, DC: Economic Mobility Project. Retrieved 10 June 2009, from: "www.economicmobility.org/assets/pdfs/PEW_EMP_MOBILITY_BHASH.pdf".
- McLoyd, V. (1998). Socioeconomic disadvantage and child development. *American Psychologist*, 53, 185-204.
- McLoyd, V., Jayaratne, T., Ceballo, R., y Bohórquez, J. (1994). Unemployment and work interruption among African American single mother: Effects on parenting and adolescent socioemotional functioning. *Child Development*, 65, 562-589.
- Michniewicz, K. S., Vandello, J. A., y Bosson, J. K. (2014). Men's (mis) perceptions of the gender threatening consequences of unemployment. *Sex Roles*, 70, 88–97. doi: 10.1007/s11199-013-0339-3.
- Morris, P., Duncan, G., y Rodríguez, C. (2004). *Does money really matter? Estimating impacts of family income on children's achievement with data from random-assignment experiments*. Paper presented at the Annual Meeting of the Population Association of America.
- Rege, M., Telle, K., y Votruba, M. (2007). *Plant closure and marital dissolution* (Discussion Papers No. 514). Oslo: Reserch Department of Statistics Norway.
- Simons, R., Lin, K., Gordon, L., Conger, R., y Lorenz F. (1999). Explaining the higher incidence of adjustment problems among children of divorce compared with those in two-parent families. *Journal of Marriage and the Family*, 61, 1020-1033.

- Stevens, A. (1997). Persistent effects of job displacement: The importance of multiple job loss. *Journal of Labor Economics*, *15*, 165-188.
- Stephens Jr., M. (2001). The long-run consumption effects of earning shocks. *Review of Economics and Statistics*, *83*, 28-36.
- Ullah, P. (1990). The association between income, financial strain and psychological well-being among unemployed youths. *Journal of Occupational Psychology*, *63*, 317-330.
- Urbanos-Garrido, R. M., y Lopez-Valcarcel, B. G (2014) The influence of the economic crisis on the association between unemployment and health: an empirical analysis for Spain. *European Journal Health Economy*, *16*(2), 175-84. doi: 10.1007 / s10198-014-0563-y
- Van der Meer, P. H. (2014). Gender, unemployment and subjective well-being: Why being unemployed is worse for men than for women. *Social Indicators Research*, *115*, 23–44. doi: 10.1007/s11205-012-0207-5.
- Vinokur, A., Price, R., y Caplan, R. (1996). Hard times and hurtful partners: How financial strain affects depression and relationship satisfaction of unemployed persons and their spouses. *Journal of Personality and Social Psychology*, *71*, 166-179.
- Wanberg, C. R., Kammeyer-Mueller, J. D., y Shi, K. (2001). Job loss and the experience of unemployment: International research and perspective. En N. Anderson, D.S. Ones, H.K. Sinangil, y C. Viswesvaran (Eds.), *International handbook of work and organizational psychology* (Vol. 2, pp. 253-269). London, United Kingdom: Sage.
- Warr, P., y Jackson, P. (1984). Men without jobs: Some correlates of age and length of unemployment. *Journal of Occupational Psychology*, *57*, 77–85.
- Winefield, A. (1995). Unemployment: Its Psychological cost. En C. L. Cooper y I.T. Robertson (Eds.), *International review of industrial and organizational psychology* (Vol. 10, pp. 169-211). Chichester, England: Wiley.

- Winefield, A. H., Tiggemann, M., y Winefield, H. R. (1991). The psychological impact of unemployment and unsatisfactory employment in young men and women: Longitudinal and cross-sectional data. *British Journal of Psychology*, 82, 473–486.
- Yeung, W., y Hofferth, S. (1998). Family adaptations to income and job loss in the U.S. *Journal of Family and Economic Issues*, 19, 255-283.
- Yeung, W., Linver, M., y Brooks-Gunn, J. (2002). How money matters for young children's development: Parental investment and family processes. *Child Development*, 73, 1861-1879.



**Conclusiones
limitaciones y
prospectiva**

Conclusiones Generales, limitaciones y prospectiva

Después de analizar los datos podemos comprobar que la población participante, tanto empleados como desempleados, se caracterizan por tener un alto nivel educativo (estudios universitarios). Por otra parte, en relación al sexo, las mujeres muestran un nivel académico significativamente más alto que los hombres.

El nivel de ingresos de los sujetos desempleados fue mayoritariamente menor de 1.000 euros, al tiempo que aparecen un número elevado de familias sin ningún tipo de ingresos. Igualmente, los datos reflejan un nivel de ahorro muy bajo, inferior a 3.000 euros en la mayoría de los casos.

En relación con las deudas, los resultados muestran que un 43% de los desempleados tenían deudas que cubrir, frente a un 36.6% de los trabajadores. Quizás en este punto habría que hacer referencia a un tema que puede ser delicado, la economía sumergida como un factor moderador de la actual situación de muchas familias. Según los datos recogidos por los técnicos del Ministerio de Hacienda, este tipo de economía alcanzaría alrededor del 24.6% del PIB del país, lo que supone un porcentaje muy elevado.

No obstante, estos datos generales encontrados en el primer estudio de investigación se deben tratar con mucha cautela ya que el muestreo realizado no asegura la representatividad de la población. Por otro lado, en la población participante, un alto porcentaje tienen estudios superiores y se sitúan entre los 16 y los 30 años, lo que puede hacer que los resultados estén bastante sesgados. En esta línea, hubiese sido importante realizar un muestreo más probabilístico, lo que conllevaría una mayor validez en la investigación obteniendo una representación más igualada entre diferentes edades y nivel de estudios.

Los resultados del estudio sobre el conflicto familiar evidencian una relación muy elevada entre las diferentes variables de conflicto analizadas. En este sentido, aquellas familias en las que se producen frecuentes discusiones entre la pareja obtienen igualmente altos niveles de conflicto con los hijos, lo que también conlleva problemas en los hijos de tipo comportamental o de salud física. Independientemente de que estos conflictos se deban a la situación laboral de las familias, parece evidente la necesidad de realizar programas de educación familiar que puedan enseñar a las familias a resolver sus conflictos de manera más adecuada. Este tipo de programas beneficiarán no solo a la pareja sino que tendrán una repercusión directa en el comportamiento y el desarrollo de sus hijos, mejorando sensiblemente el clima social familiar.

Por otra parte, los resultados encontrados en el presente estudio no muestran que la situación de desempleo tenga efectos significativos en el nivel de conflicto familiar. Tampoco se observan diferencias en el conflicto familiar en función del sexo, no obstante, aún sin ser significativas, aparece que las mujeres desempleadas muestran menor conflicto familiar que las mujeres trabajadoras, mientras que la tendencia es al contrario en los hombres desempleados. Sin embargo, debemos tener en cuenta que una de las mayores limitaciones del estudio es la desproporción entre el número de desempleados y empleados que participaron. El número de empleados fue muy reducido y al tomar en consideración únicamente a los que convivían con la pareja y los hijos, la muestra se redujo considerablemente. Los resultados encontrados que no van en la línea de la mayoría de las investigaciones realizadas sobre la temática, pueden estar matizados por esta circunstancia.

Esta limitación, puede estar igualmente en la base de los resultados encontrados sobre el papel moderador de las variables económicas sobre el nivel de conflicto familiar de los sujetos desempleados. Aunque un número elevado de deudas se relaciona de manera significativa con el conflicto de la pareja y los problemas que tiene la pareja, esta relación es

independiente de la situación laboral de las familias. Es decir, cuando las familias tienen muchas deudas, la relación de pareja se puede ver resentida. No obstante, ocurre por igual en personas empleadas como desempleadas. En este sentido, en el presente estudio, al contrario de lo que se ha encontrado en investigaciones previas, variables como el nivel de ahorros, el número de las deudas o los recortes en la economía doméstica, no establecen diferencias en el conflicto familiar cuando los miembros de la familia están desempleados.

Por otra parte, parece importante resaltar las diferencias encontradas en algunas variables económicas en función del sexo de los participantes. En este sentido, las mujeres tienen sensiblemente un mayor número de deudas cuando están desempleadas que cuando tienen un contrato. Sin embargo, en el caso de los hombres el nivel de deudas es similar en ambas situaciones laborales. Este dato puede reflejar el hecho de que las mujeres son más sensibles a las demandas de sus familias lo que puede hacer que, a pesar de estar desempleadas, intenten cubrir todas las necesidades de éstas, favoreciendo un mayor endeudamiento.

Los resultados muestran que el nivel educativo de los participantes no influye en el conflicto familiar, sin embargo, se observa que el nivel de deudas es menor a medida que aumenta el nivel de estudios, mientras que el nivel de ahorros es mayor en los participantes con estudios universitarios. No obstante, estos datos se deben tomar con precaución ya que muchos de los participantes más jóvenes vivían con sus padres y tenían estudios universitarios, lo que puede favorecer que tengan menores gastos y más posibilidad de ahorrar.

En lo que respecta a la salud percibida, los resultados muestran que los sujetos en situación de desempleo indican tener más problemas de salud que los sujetos con trabajo, reflejándose en mayor medida los problemas de sueño, de tipo muscular, nerviosos y digestivos. No aparecen diferencias en salud percibida ligadas al sexo. Por otra parte, los

datos muestran que existen determinados factores de tipo económico relacionados con la salud percibida, por ejemplo, existen diferencias significativas en la salud percibida en los desempleados en función del nivel de ahorros que tienen. Los sujetos con bajo nivel de ahorros manifiestan tener una peor salud frente a aquellos con ahorros medios y altos. Por el contrario, el tener deudas (hipotecas, créditos) no marcan diferencias en la salud percibida. Sin embargo, los datos no establecen relación entre conflicto familiar y problemas de salud, algo que no están en la línea de estudios previos en los que se demuestra que los problemas familiares afectan a la salud física y psicológica de sus miembros.

En cuanto al efecto a largo plazo del desempleo, los resultados muestran que un 35% de la muestra continuaba desempleada después de 36 meses. No aparecen diferencias a este respecto en función del sexo. Se detectó en la entrevista del segundo momento de evaluación, que un gran número de estas personas desempleadas no habían tenido ninguna oferta de empleo, detectándose un alto nivel de desesperanza y desánimo.

Igualmente, los resultados muestran que en los desempleados de larga duración empeoran la percepción de su salud, destacan los problemas de tipo nervioso, necesitando medicación en varios casos para solventar estos problemas. Sin embargo, el estudio muestra que el nivel de ahorros o las deudas, no afectan a la percepción de la salud. A este respecto hay que señalar que un alto porcentaje de los sujetos desempleados ha recibido algún tipo de prestación del estado o algún tipo de ayuda familiar que les permite cubrir sus necesidades básicas. Hubiese sido interesante realizar el estudio teniendo en cuenta el nivel de ayuda tanto institucional como de familiares y amigos para analizar el efecto de estas variables económicas sobre la salud, así como el papel moderador que el apoyo social está teniendo en la reducción de muchos de los efectos del desempleo.

Con relación a la edad, los resultados sugieren que los sujetos más jóvenes manifiestan tener una peor salud (física y/o psicológica). Respecto al sexo, tanto hombres como mujeres manifiestan niveles similares de salud percibida.

En lo que se refiere a la familia, los datos del estudio no sugieren que el desempleo de larga duración suponga un deterioro significativo de las relaciones de pareja, ni con los hijos, ya que no aparece un aumento del conflicto familiar. Es cierto que aparece un porcentaje elevado de discusiones con la pareja y con los hijos, sin embargo, no parece influir en el rendimiento académico de los éstos. No obstante, estos datos hay que tomarlos con cierta precaución ya que, tal y como se ha comentado previamente, hay que tener en cuenta el número reducido de entrevistados que convive con sus hijos.



Anexos

Anexo I

POR FAVOR, MARQUE LA ALTERNATIVA QUE MEJOR REFLEJE SU SITUACIÓN ACTUAL EN LAS SIGUIENTES PREGUNTAS.

Edad (años): 16-25 26-39 40-54 55 o más **Sexo:** Hombre Mujer

Nacionalidad:

- Española
- Europea UE
- Europea no UE o USA.
- Magreb
- Africana Central y Sur
- Latino Americana
- Asiática

Nivel Educativo:

- Sin estudios
- Primaria
- Secundaria Obligatoria
- Bachiller
- Formación Profesional
- Universitarios

¿Cuál es su situación?

- Soltero/a o viudo/a
- Casado/a o viviendo en pareja
- Separado/a o divorciado/a

Personas que viven o dependen económicamente de usted:

- Su pareja: si no
Hijos menores 18 años. n° ____
Hijos mayores 18 años. n° ____
Otros. n° ____

Ingresos medios al mes durante el pasado año:

- Ninguno
- Hasta 999 €
- 1.000-1.599 €
- 1.600-2.500 €
- más de 2.500 €

Otros ingresos medios al mes en su hogar (procedentes de pareja, padres, hijos...):

- Ninguno
- Hasta 999 €
- 1.000-1.599 €
- 1.600-2.500 €
- más de 2.500 €

¿Dispone usted de ahorros?

- Menos de 1.000 €
- Entre 1.000-3.000 €
- Entre 3.000-6.000 €
- Entre 6.000-12.000 €
- Entre 12.000-30.000 €
- Más de 30.000 €

Antigüedad en su empleo actual:

- Menos de 1 año
- Menos de 2 años
- Menos de 3 años
- Menos de 4 años
- Menos de 5 años
- Menos de 6 años
- Más de 6 años

¿Con motivo de la crisis, ha recortado algunos gastos en su hogar? (Marque las que procedan)

- Alimentación
- Ropa, zapatos
- Viajes
- Tabaco
- Salir con amigos
- Aficiones
- Teléfono, combustible
- Envíos de dinero

¿Tiene pendiente algún pago?

- Hipoteca
- Préstamo personal
- Tarjetas
- Otros _____
- No tengo pagos pendientes

¿En alguna ocasión ha tenido alguno/s de estos problemas de salud, indíquenos cuando aparecieron? (marque las que procedan)

Nervios

- nunca
- menos de 1 mes
- menos de 1 año
- más de 1 año

Huesos

- nunca
- menos de 1 mes
- menos de 1 año
- más de 1 año

Digestivos

- nunca
- menos de 1 mes
- menos de 1 año
- más de 1 año

Musculares

- nunca
- menos de 1 mes
- menos de 1 año
- más de 1 año

De la piel

- nunca
- menos de 1 mes
- menos de 1 año
- más de 1 año

Alimenticios

- nunca
- menos de 1 mes
- menos de 1 año
- más de 1 año

Circulatorios

- nunca
- menos de 1 mes
- menos de 1 año
- más de 1 año

De sueño

- nunca
- menos de 1 mes
- menos de 1 año
- más de 1 año

Otros

- nunca
- menos de 1 mes
- menos de 1 año
- más de 1 año

LEA CON ATENCIÓN LAS FRASES QUE VIENEN A CONTINUACIÓN Y MARQUE LA ALTERNATIVA QUE MEJOR REFLEJE SU FORMA DE PENSAR O ACTUAR.

En la mayoría de las parejas y de las familias, algunas veces surgen desacuerdos y discusiones. Piense en el último mes ¿Con qué frecuencia le ha ocurrido lo siguiente? Señale:

- 0 = No procede, sin pareja o hijos**
- 1 = nunca**
- 2 = 1 ó 2 veces al mes**
- 3 = 1 vez a la semana**
- 4 = Varias veces a la semana**

	0	1	2	3	4
Discutió con su pareja					
Han habido gritos o insultos al discutir con su pareja					
Ha llegado a perder el control al discutir con su pareja					
Se han producido discusiones “fuertes” con sus hijos					
Usted o su pareja han perdido el control al tratar con sus hijos					
Usted o su pareja han tenido problemas con familiares, vecinos, etc.					
Su pareja ha experimentado menos interés por tareas cotidianas/diarias					
Su pareja ha experimentado problemas de salud (sueño, digestivos, nervios...)					
Sus hijos han bajado el rendimiento académico (notas, trabajos de clase, etc.)					
Sus hijos han tenido problemas de comportamiento (peleas, insultos...) con compañeros, amigos u otros.					
Sus hijos han tenido problemas de salud (sueño, digestivos, fiebre, etc.)					

A CONTINUACIÓN SE LE PRESENTAN OTRA SERIE DE FRASES, LÉALAS ATENTAMENTE Y MARQUE LA QUE MEJOR REFLEJE SU FORMA HABITUAL DE PENSAR O ACTUAR. SEÑALE:

- 1 = No me identifico en absoluto con ella.**
- 2 = Aunque alguna vez me ocurre, no me identifico del todo con ella.**
- 3 = Me describe bastante bien, aunque no siempre actúe o me sienta así.**
- 4 = Muy de acuerdo, me sentiría o actuaría así en la mayoría de los casos.**

	1	2	3	4
1. A veces evito hacer preguntas por miedo a parecer estúpido/a.				
2. Me cuesta telefonar a tiendas, oficinas, etc.				
3. A veces me resulta difícil pedir que me devuelvan algo que dejé prestado.				
4. Si en un restaurante no me traen la comida como la había pedido, llamo al camarero y pido que me la hagan de nuevo.				
5. A veces evito ciertas reuniones sociales por miedo a hacer o decir alguna tontería.				
6. Si estoy en el cine y alguien me molesta con su conversación, me da mucho apuro pedirle que se calle.				
7. Cuando algún amigo expresa una opinión con la que estoy muy en desacuerdo, prefiero callarme a manifestar abiertamente lo que pienso.				
8. Si salgo de una tienda y me doy cuenta de que me han dado mal la vuelta, regreso allí a pedir el cambio correcto.				
9. Me cuesta expresar mis sentimientos a los demás.				
10. Si tuviera que buscar trabajo, prefería escribir cartas a tener que pasar por entrevistas personales.				
11. Cuando un familiar cercano me molesta, prefiero ocultar mis sentimientos antes que expresar mi enfado.				
12. Si un amigo al que he prestado cierta cantidad de dinero parece haberlo olvidado, se lo recuerdo.				
13. Me suele costar mucho pedir a un amigo que me haga un favor.				
14. Me siento turbado o violento cuando alguien del sexo opuesto me dice que le gusta algo de mi físico.				
15. Me cuesta expresar mi opinión en grupos (clase, reuniones, etc.).				
16. Me cuesta mucho expresar agresividad o enfado hacia el otro sexo aunque tenga motivos justificados.				
17. Muchas veces prefiero ceder, callarme o “quitarme de en medio” para evitar problemas con otras personas.				

Anexo II

CUESTIONARIO TELEFÓNICO

Nº _____ Nombre y apellidos _____ Nº telf. _____

Si recuerda Vd, hace dos años rellenó un cuestionario sobre su situación laboral en una oficina del INEM o en el curso del CAP, en el que nos facilitó su número de teléfono ¿Le importa que le hagamos unas preguntas para saber si ha cambiado en algo su situación personal y familiar:

- 1.Cuál es su situación actual, trabaja o esta desempleada? Trabaja Desempleado
2. Cuánto tiempo lleva en situación de desempleo ? Años _____ Meses _____
- 3 Cuándo terminó su contrato:
 - a. Le avisaron con antelación del despido: Si No
 - b. Le explicaron los motivos: Si No
 - c. Le han ofrecido la posibilidad de volver a la empresa cuando las condiciones cambien: Si No
4. ¿En los dos últimos años ha tenido algún trabajo u oferta de empleo? Si (Nº____) No
5. ¿Cree que el INEM le va a llamar para ofrecerle un puesto de trabajo? SI No
6. ¿Tiene esperanzas de encontrar un puesto de trabajo en los próximos 6 meses? Si NO
7. ¿Ha cobrado algún tipo de prestación o ayuda económica del estado? Si No
8. ¿Actualmente está cobrando algún tipo de prestación? Si (_____ €) No
9. ¿Durante estos 2 últimos años, ha recibido ayuda económica externa, para mantener su casa y a su familia? Si No
10. ¿Ha realizado, en este tiempo, algún tipo de curso de formación o actualización?
 No Si, ¿Cuántos? _____, Horas en total _____
11. ¿Le han parecido interesantes y prácticos de cara a la búsqueda de empleo? SI No
12. ¿Dispone de algunos ahorros? Si (Cantidad aproximada: _____) No
13. ¿Tiene alguna deuda pendiente? (tipo hipoteca, coche...) Si No
14. ¿Ha recortado en sus gastos domésticos y familiares? Si No
15. En su núcleo familiar (las personas q viven en su casa):
 - a. ¿Hay alguna otra persona en situación de desempleo? Si NO
 - b. ¿Cobran prestación o ayuda estas personas? Si No
 - c. ¿Hay alguna persona trabajando? Si (Nº _____) No
16. ¿De salud, cómo se encuentra? ¿Tiene algún problema reciente de tipo digestivo, de huesos, musculares, de la piel, de sueño, de tipo circulatorio, , de nervios, ideas de suicidio o algún otro tipo por el que se esté medicando o tratando?
 Digest Huesos Muscular Piel Sueño Circulator. nervios suicid. otros.
17. Cuando piensa en su situación de desempleo, ¿Cómo se siente?
 Normal Bien Mal

18. ¿Le ha llamado algún organismo (INEM, la Consejería de Empleo...) para interesarse por su situación personal y familiar? Si No
19. ¿La empresa, los sindicatos, o la oficina de empleo le han facilitado algún tipo de apoyo psicológico, emocional para afrontar la situación de desempleo? Si No
20. ¿Cree que sería necesario que lo hiciesen? Si No
21. ¿Quién debería hacerlo? Inem Empresa Sindicatos Otros.
22. ¿Si le surge una oferta de empleo en el extranjero (Francia, Alemania...) la aceptaría?
Si No
23. ¿Qué condiciones exigiría?
Llevarse a la familia
Un buen sueldo
Que le proporcionen alojamiento
Otros _____
24. Ha habido, en su núcleo familiar, durante este tiempo algún problema:
 Problemas de pareja:
 discusiones habituales con su pareja.
 gritos o insultos
 separación o divorcio
 Problemas con los hijos
 discusiones frecuentes con los hijos
 mal comportamiento,
 bajo rendimiento escolar, abandono de los estudios.
25. ¿Ha tenido que cambiar de vivienda?
 No
 Si
 Otra vivienda más económica
 A casa de sus padres/suegros
 Otros

Disculpe las molestias y muchas gracias por su colaboración

